

Revista de la Liberación

EN ESTE NUMERO:

DOMINGO ARRANZ Argentina en la crisis del capitalismo

CARLOS ASTRADA Penetración imperialista y cambio social

ABELARDO CASTILLO La voluntad de nacer

CARLOS FAVOL Significado del capital accionario

LUIS FRANCO Espartaco en Cuba

LA DIALECTICA EN CUESTION:

GARAUDY POLEMIZA CON SARTRE

UN TRABAJO DE GEORGY LUKACS INEDITO EN CASTELLANO:

INTRODUCCION AL ENSAYO SOBRE REALISMO

Un reportaje a Andrés Framini

ALFREDO LLANOS Próceres y vasallaje en la historia argentina

JOSE SPERONI Cuba y la coexistencia

Revista de la Liberación

REVISTA TRIMESTRAL

Director: JOSE SPERONI

Secretario de Redacción: RICARDO PIGLIA

SUMARIO:

Penetración imperialista y cambio social, por Carlos Astrada	2
Argentina en la crisis del capitalismo, por Domingo Arranz	4
La dialéctica en cuestión: Garaudy polemiza con Sartre; Nota Previa de Jorge Sasbón	8
Próceres y vasallaje en la historia argentina, por Alfredo Llanos	13
Cuba y la coexistencia pacífica, por José Speroni	17
Espartaco en Cuba, por Luis Franco	19
Reportaje a Andrés Framini	23
La voluntad de nacer, por Abelardo Castillo	24
Algunas ideas sobre el significado del capital accionario, por Carlos Favol	26
Los libros: Carlos Astrada, La doble faz de la dialéctica	29
Las "ideas" del "Club de la Libertad"	30
Introducción al ensayo sobre realismo, por Georgy Lukacs	32

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual: (en trámite).

Primer trimestre de 1963. - Año 1 - Nº 1

Correspondencia a:

C. C. 66 - Suc. 34 (B) - Buenos Aires

REVISTA DE LA LIBERACION auspicia la formación de una editorial que publicará los libros que sirvan a la formación de una conciencia revolucionaria en el país. Con tal fin, pondrá a la venta bonos de contribución que servirán para integrar el capital inicial de dicha empresa, Adquiéralos.

I. CONCEPTOS FUNDAMENTALES

El análisis de los factores del proceso de cambio social, como consecuencia de la dinámica de la empresa y el desarrollo económico en Latinoamérica con el correlativo instrumental técnico, exige la previa dilucidación del alcance sociológico de los conceptos de "cambio social", "industrialización", "desarrollo económico", "tecnización", "sociedades subdesarrolladas", etc.

Si no se hacen las necesarias discriminaciones entre estos conceptos se cae en la confusión y en galimatías en que frecuentemente incurren los magos y "técnicos" nativos de la economía, es decir de los mandaderos y agentes del capital monopolista, asistidos por ciertos institutos universitarios y sus lenguaraces de la sociología hechológica, estadística y empírica (encargados o gerentes de "Fundaciones" extranjeras con disfraz de "ayuda cultural", pero, en realidad, inversora).

II. EL CAMBIO SOCIAL

Hay que destacar, ante todo, que el concepto de "cambio social" no supone que el proceso por el cual se opera posea una determinada dirección. No podemos, por el contrario, hablar sociológicamente de desarrollo social o de progreso social sin asignarle a éstos una determinada dirección, la de una marcha progresista que tiende a un resultado positivo y previsible. Incluso esto supone una valoración acerca del desarrollo mismo y del estado de cosas —situación económica, estado científico y técnico, nivel de industrialización, etc.— que tal proceso tiende a modificar. El desenvolvimiento cultural de un pueblo que incluye todos estos factores es siempre un plexo unitario

El cambio social reside en el hecho de que una sociedad en general, o en una determinada sociedad, operan, en virtud de aquél, modificaciones estructurales que conducen, (aunque sólo sea en un sector de la sociedad) a tensiones rupturas o a procesos de adaptación. No cabe ahora afirmar que

el cambio social mismo obedezca, como se creía antes, a leyes generales que regirían el movimiento que con él se origina. En lo que respecta a las sociedades industriales, se acepta por otra parte, que en éstas haya leyes de desarrollo que dan cuenta de sus modificaciones estructurales. Las sociedades industriales, o en proceso de industrialización, se diferencian de las sociedades infradesarrolladas en que el tipo y la situación de las primeras es el resultado de un normal —a veces lento, a veces rápido como en la URSS— progreso técnico. Este progreso es en ellas la consecuencia del desarrollo de la tecnología y correlativamente del avance de la industrialización y de la diversificación de la producción sobre la base del aprovechamiento de sus riquezas actuales y potenciales. En este caso, y bajo estas condiciones, el cambio social puede resolverse en un acelerado proceso de adaptación, cuyo factor determinante es la técnica y su asimilación por este tipo de sociedades. La técnica, con relación a tal proceso, no puede ser considerada como una variante independiente, sobre todo en las sociedades que están en el camino de su desarrollo industrial, o que han quemado etapas en él.

III. SOCIEDADES INFRADESARROLLADAS

Se emplea principalmente esta expresión para designar el estado de desarrollo económico y técnico de una sociedad, la que con el empleo de medios adecuados y a su disposición podría elevar considerablemente su bienestar. Estos medios se refieren a los dispositivos técnicos que permiten explotar racionalmente las riquezas potenciales del suelo en que tal sociedad está asentada, desarrollando las industrias que ella necesita para subvenir a sus necesidades y elevar el nivel de vida de la población que la integra. Teniendo en vista los acusados cambios que ofrece una nación dentro de sus límites geográficos, el conteo con otros países suele suministrar el índice de su grado de desarrollo.

PENETRACION IMPERIALISTA Y CAMBIO SOCIAL

Por lo demás, el concepto de sociedad infradesarrollada es muy relativo y muchas veces depende del juicio valorativo impuesto por los criterios que informan toda penetración de capital y empresas monopolistas en el territorio de países cuyas riquezas están inexploradas o son explotadas de modo deficiente para las necesidades propias. En el área de Latinoamérica, es de tener muy en cuenta que hasta hace poco, naciones como Argentina y Uruguay fueron consideradas como normalmente desarrolladas en atención a los recursos de su suelo y al grado de explotación, relativos ambos a su densidad demográfica y al nivel de vida término medio de su población.

IV. LA EMPRESA Y EL CAMBIO SOCIAL EN LATINOAMERICA

El proceso de cambio social en Latinoamérica, como resultado del desarrollo económico, está, sin duda, directamente determinado por la estructura y dinámica de la empresa; pero hay que distinguir y sopesar los factores que condicionan tal proceso, imprimiéndole su ritmo y tendencia.

A estos factores debemos clasificarlos en endógenos y exógenos. Además, hay que considerar a la técnica y al progreso tecnológico como un factor capital en el proceso de cambio social, puesto que ellos aparecen como el motor del mismo, no sólo en su aspecto económico, sino incluso en el cultural. El cambio social entraña las variaciones que en un determinado período de tiempo se producen, como efecto de desarrollo económico y la industrialización, en las es-

trutura interna de una sociedad. Las modificaciones acarreadas por la técnica y la tecnización producen, en las sociedades en las que la empresa industrial hace de punta de lanza de la penetración económica, graves tensiones, a las que deben seguirse procesos de adaptación a las nuevas condiciones creadas. Estos últimos, empero, no siempre pueden influir positivamente en la estructura social, y aquellos de tensión y ruptura interfieren el desarrollo normal de las sociedades en que penetra la empresa industrial aliada con los intereses del capital financiero internacional.

El peligro que implica para las naciones de cualquier área geográfica la industrialización y una explotación de los recursos de su suelo impuestos en función de intereses foráneos está a la vista en lo que acontece en Latinoamérica. En ésta, por la tendencia hegemónica que caracteriza a la penetración económica de las naciones inversoras de capital altamente desarrolladas industrial y económicamente, el resultado ha sido el sometimiento económico y el estado de coloniaje de sus naciones, bajo la apariencia de la soberanía política.

V. DESARROLLO ECONOMICO Y CAMBIO SOCIAL

Aceptando, con reservas, el estado de infradesarrollo que se asigna a la mayoría de las naciones latinoamericanas, cabe acentuar que el desarrollo económico y la industrialización de estas (incluyendo como necesidad primordial la industria pesada), si ellas no pueden, por la situación técnica atrasada o deficitaria, realizarse

en virtud de un natural proceso endógeno, y se requiere apelar, estimulándolos, a la penetración de la empresa y el capital forasteros, esto último debe hacerse con suma cautela, de modo de no violentar las estructuras sociales de nuestros pueblos, impulsándolos a un desarrollo que tendría un resultado negativo puesto que los reduciría económica, cultural y políticamente a una situación de dependencia colonial por tiempo indefinido.

Por lo demás, cuando el proceso de industrialización y desenvolvimiento de la economía de una nación se realiza en circunstancias normales (aunque él se opere en forma intensiva y acelerada), el desarrollo económico siempre está y se mantiene en una reacción funcional con sus cambios en la estructura social. Pero, en este caso, para que el desarrollo económico sea operante requiere como condición básica una reforma agraria de fondo y una efectiva y general democratización de la estructura política, a la cual siempre se opondrán, para mantener su poderío social, político y económico, las clases dominantes.

VI. CAMBIO SOCIAL, TECNOLOGIA Y CULTURAS NACIONALES

Cuando el progreso técnico o industrial se cumple de modo continuo y acelerado por la presión de los factores exógenos es muy difícil que el proceso de adaptación a que aboca el cambio social logre los fines siempre hipotéticos— que se le han asignado. En este caso se producen tensiones que llevan a un desequilibrio en el desarrollo económico y todo progreso social están culturalmente condicionadas.

Bancarrota y alternativa del país

ARGENTINA EN LA CRISIS DEL CAPITALISMO

HE AQUÍ LA CRISIS

NUESTRO país está enfrentado a una difícil problemática política, económica y social que requiere un enfoque global y la proposición de soluciones que tengan en cuenta esos tres aspectos que se hallan íntimamente ligados. Desde hace algunos años se venía penetrando en un proceso de crisis aunque aparentemente controlado; de pronto todo entró en un tirabuzón infernal que no ha tocado fondo todavía y que, por otra parte, se ignora exactamente a qué profundidad se halla. Tal ignorancia, de la que participan los estrategos de café, es compartida por quienes tienen la dirección del país en sus manos y por todos los sectores de la clase dirigente.

En tal emergencia cada uno propone su propia solución y lo máximo que han logrado algunos sectores es unificar un planteo que responda a sus intereses de círculo. Este hecho puede ser constatado por cualquiera que haya seguido de cerca las declaraciones y posturas de las diferentes cámaras y federaciones patronales y de los partidos políticos. La Convención Económica convocada por el ministerio de Economía fue una buena demostración de ello: las representaciones empresarias en un principio no lograron ponerse de acuerdo más que en un punto, que es la necesidad de modificar total o parcialmente la política económica del gobierno, en tanto perjudica sus intereses específicos de sector. Ello no quiere decir que la burguesía allí representada a través de sus organismos gremiales, sea capaz de establecer un plan coherente que contemple sus intereses totales de clase. Sin que esto signifique, por supuesto, que cada representación atente, por defender sus privilegios particulares, contra los intereses de su clase.

Pocos meses han sido suficientes para que la situación llegara a los márgenes actuales. Hasta el 18 de marzo no se preveía que los hechos ocurrieran a tal velocidad. Los datos de la crisis, sin embargo, estaban dados de antemano y fue suficiente el triunfo del peronismo en algunas provincias para que el gobierno de Frondizi se convirtiera en blanco del fuego graneado proveniente de múltiples lugares; en esa ocasión no pudo salvar el escollo ni siquiera a costa de invalidar las elecciones, recurso ensayado simultáneamente con el cambio de ministros, sin resultado alguno. La capacidad de maniobra del gobierno de Frondizi estaba liquidada; no podía salvar obstáculos como hasta entonces, en otros ejemplos de crisis militares. Estaba muy cercana la vengonzante retractación de lo actuado en la Conferencia de Punta del Este.

El grado de servilismo que significó la ruptura de relaciones con Cuba era demasiado pronunciado como para que el pobre señor Arturo Frondizi pudiera resistir con éxito.

Desde el 19 de marzo hasta ahora se han producido cambios ministeriales, varios movimientos militares (entre golpes y contragolpes), barcos de la armada nacional patrullan el Caribe en sociedad con barcos dominicanos por cuenta y orden de EE.UU., hay más medio millón de desocupados efectivos y nadie sabe a ciencia cierta cuántos son los afectados por la disminución de la jornada de trabajo y las suspensiones. Además, nadie paga a nadie, las deudas comerciales se han vuelto una interminable cadena de pagarés y cheques sin fondo, en poco más de seis meses el peso argentino ha registrado una caída que oscila entre el 78 % y el 85 % sin que se haya producido paralelamente un incremento de los sueldos y salarios, de manera tal que todo el peso de la crisis es soportado por los estratos más pauperizados de la población.

En pocas palabras; en el transcurso de breves meses nos encontramos sumergidos en un proceso de crisis que tiene diversas explicaciones e interpretaciones, según la fuente de la que provienen.

ARGENTINA TAMBIÉN ES LATINOAMÉRICA

NUESTRA crisis no es financiera, como pretenden algunos, ni tampoco es de confianza como intentan sostener otros. En el mejor de los casos, ambos términos son manifestaciones exteriores de un proceso más profundo. Nuestra crisis es económica. Es la crisis del sistema capitalista en un país semicolonial. Es la crisis resultante de la estructura económica del país que ya no puede desarrollarse más sin romperse. Y, además, sometida a la intromisión imperialista que ha ganado terreno hasta condicionar prácticamente toda la economía nacional y buena parte de la política.

No podemos hacer un análisis de la situación económica del país y sus consecuencias sin tener siempre presente el carácter dependiente de nuestra Nación. Tampoco podemos abstraernos de la realidad de vivir en un país que forma parte de América Latina, es decir, de un conglomerado de países que, con la sola excepción de Cuba, participan del dispositivo militar y económico de los EE.UU. Los países latinoamericanos, de cuyo carácter semicolonial forma parte la Argentina, sufren las consecuencias de la explotación imperialista y de la propia burguesía nativa.

El genio de las culturas nacionales de Latinoamérica no puede ser suplantado por un tipo de civilización exclusivamente tecnológico con vistas al sometimiento de sus pueblos a los intereses de capitalismo financiero y de la penetración del imperialismo económico. Latinoamérica necesita, sin duda,

desarrollar y aumentar sus posibilidades de vida económica y de bienestar social, pero en virtud de un proceso endógeno de cambio, resultante del ritmo natural de su industrialización y de su desarrollo económico acorde con el movimiento demográfico de sus países. Por lo tanto debe prevenirse de los

efectos dislocadores que la inevitable penetración tecnológica puede acarrearle. Tiene, pues, que asimilar la técnica e incrementar su industrialización, promoviendo desde dentro de su estructura los cambios sociales que necesariamente deben acompañar a su desarrollo social y económico.

La Argentina ha mantenido durante muchos años una identidad geográfica con los países hermanos pero importantes diferencias en cuanto a una serie de características. Nuestro país estaba incluido entre los llamados atrasados, aun cuando este grado de atraso no era igual al de Bolivia, Paraguay o Chile, por ejemplo, sino en relación con países adelantados de Europa.

A partir de la guerra 1939-45, la habitual dominación inglesa ejercida en nuestro país, es suplantada paulatinamente por EE.UU. a través de una lucha permanente que es coronada por el éxito para esta última potencia a raíz del debilitamiento de la posición inglesa en el mundo. Desde entonces la Argentina entró en el dispositivo de defensa norteamericano y la penetración económica se hizo más visible. El empobrecimiento de nuestra economía motivada por la desacertada política del gobierno peronista primero y la entrega lisa y llana de los gobiernos que se sucedieron después del 16 de setiembre de 1955 ha entrado en una espiral desenfrenada. La relación adversa para nuestras exportaciones por la permanente caída de los precios de las materias primas y el aumento de los que corresponden a los productos de importación provoca un desequilibrio constante en la balanza comercial que es cargado sobre las espaldas de los más.

En la actualidad, nuestro país tiene semejanzas más profundas con el resto de los países latinoamericanos. Las diferencias que otrora existieron se van borrando y todos entramos en la categoría colonial que nos impone EE.UU. Esta es una de las razones por la que el problema de la liberación nacional se hace más accesible al común de las gentes y ya no aparece como una postulación incomprensible formulada por una minoría teorizante al margen de la realidad diaria. La revolución cubana, que fuera recibida con grandes demostraciones de ~~alborozo~~ por los burgueses y pequeños burgueses liberales no contó, por lo menos en nuestro país, con las simpatías de los trabajadores. Precisamente por la adhesión de quienes habían celebrado el advenimiento de la "revolución libertadora". La evolución rápida del régimen castrista con su enfrentamiento al imperialismo y la realización de la reforma agraria se convirtió en un alerta para los elementos más esclarecidos del proletariado. Paulatinamente, la revolución cubana se convierte en un fenómeno comprensible para todos. Es una experiencia americana que despierta la admiración de los explotados. El deterioro de las condiciones de vida de las clases pobres de nuestro país y la circunstancia que ni los políticos ni los militares den solución al problema sino, por el contrario, lo compliquen, facilita la comprensión del problema cubano en nuestro país.

En este sentido, la revolución cubana ha sido más afortunada que la boliviana que, no obstante la pujanza de quienes la llevaron a cabo, no encontró el eco necesario en los más importantes países de América Latina.

La penetración yanqui en la Argentina, los compromisos a que se ha sujetado nuestro país en el plano militar participando del dispositivo guerrero del Pentágono, las terribles dificultades económicas que afronta el pueblo, ponen nuestro destino ligado al de las otras naciones latinoamericanas, porque la identidad de intereses se ha hecho ahora visible y tangible para cualquiera.

La Argentina pertenece a este sector del continente americano que está viviendo el proceso de la revolución cubana y la convulsión creciente en materia social está a la orden del día como lo constatamos con la simple lectura de los periódicos.

CAMINO DE COLONIA YANQUI

HEMOS sido durante mucho tiempo un país latinoamericano sólo en un sentido geográfico. La naturaleza semicolonial de las naciones del sur del río Grande era un factor de nivelación. Pero las diferencias eran apreciables con respecto, por lo menos, a la Argentina. Por otra parte, la producción de nuestro país es más diversificada que la de la mayoría de los otros cuya monocultura constituye una traba permanente a su desarrollo.

En la actualidad, por las razones apuntadas más arriba, estas diferencias se han ido esfumando. El rápido empobrecimiento de la economía y los innumerables problemas que todo ello trae aparejados contribuyen en alto grado a determinar la similitud. Por otra parte, nuestro país, tradicionalmente ligado al imperialismo inglés ha cambiado de mano. No obstante su participación en conferencias americanas, la burguesía argentina se resistió a adoptar compromisos con el imperialismo yanqui durante mucho tiempo. La firma del Acta de Chapultepec por parte del gobierno de Perón dió el primer paso, aunque incipiente y luego motivo de contra-

marchas. Porque, a pesar de ello, los posteriores actos del gobierno peronista estuvieron dirigidos en el mismo sentido de resistencia que señalamos y ni siquiera la firma de la Carta de la O.E.A. tuvo la ratificación del Congreso, que era un paso necesario para que tuvieran vigencia para nuestro país los compromisos emanados de dicha Carta.

La "libertadora" procedió a la ratificación de la Carta de la O.E.A. y a la firma del pacto del Atlántico Sur, actitudes que definen mucho mejor que toda declaración la verdadera filiación del movimiento que derrocó al gobierno de Perón. A partir de entonces, la penetración yanqui, que ya tuvo comienzos lentos en los últimos años de la década del 30 y cuyo avance fuera frustrado por el golpe del 4 de junio y su continuación peronista, encontró el apoyo necesario en el frente interno: el trampolín político y el terreno abonado.

Los vergonzosos pactos militares, los escandalosos convenios económicos (petróleo, automotriz, inversiones) en condiciones totalmente desventajosas para nuestra economía, se sucedieron de la "libertadora" a Frondizi y su continuación actual. Se ha llegado ya a la pérdida prácticamente total de la independencia y la soberanía: el F.M.I. controla el presupuesto nacional y decide si se aprueba o se rechaza, se envían tropas nacionales al Caribe en un acto de servilismo pocas veces visto, se someten las bases militares a la inspección de los jefes norteamericanos como si la Argentina fuera de hecho y de derecho una posesión estadounidense, etc. La presencia de la embajada norteamericana es constante en la política nacional como se desprende de los contactos oficiales y oficiosos de esa representación diplomática con dirigentes políticos y, además, no ha habido en los últimos años movimiento militar o político que no haya tenido en cuenta la opinión del embajador de Washington.

En este estado de sujeción de nuestra política y economía a los mandatos del imperialismo se produce la crisis que actualmente está atravesando el país.

La introducción del imperialismo norteamericano en la vida nacional ha trastocado las relaciones existentes entre las clases y las de los diferentes sectores de cada clase. Ello explica la atomización de los partidos políticos y, al mismo tiempo, la profunda división que, a cada paso, se produce en las fuerzas armadas, económicas, etc. La penetración imperialista adquiere cada vez más un carácter rígido y su influencia se proyecta sobre las más variadas expresiones de la vida nacional: educación, ciencia, arte, política, fuerzas armadas.

Todo ello hace que esta simultaneidad de crisis del sistema y penetración de una potencia dominadora convierta los problemas que actualmente afronta el país en poco menos que insolubles, como se deduce de los continuos cambios que se producen en el gobierno.

BURGUESIA INDUSTRIAL Y OLIGARQUIA

ES frecuente escuchar de boca de muchos dirigentes políticos y sindicales afirmaciones referidas a la necesidad de modificar las estructuras del país. Al mismo tiempo se oye protestar por el atentado que determinada política económica perpetra contra la industria, lo que haría suponer que la industrialización puede, por sí misma, significar algún grado de independencia económica para la Nación. Vayamos por partes.

Nuestro país es, tradicionalmente, exportador de materias primas, fundamentalmente de productos y subproductos del agro. Todavía, más del 95 % de nuestras exportaciones son de aquel origen. Es decir, que la mayor fuente de ingresos de divisas la proporciona el campo. El proceso de industrialización argentino comienza precisamente con la manufactura de productos del agro y continúa, a partir de la primera guerra mundial, con la fabricación de una cantidad de artículos que no se pueden importar en razón de la conflagración y que se destinan a sustituirlos. A partir de la década del 30 este proceso se acelera y el estallido de la segunda guerra mundial lleva el proceso industrial a niveles no alcanzados con anterioridad. La demanda de mano de obra crea un proletariado industrial numeroso y concentrado tanto en lo que se refiere a la multiplicación de grandes establecimientos como a la concentración en zonas, muy especialmente, el Gran Buenos Aires.

Pero, el crecimiento industrial se produce sólo en la industria liviana y, además, a costos elevados; por otra parte, como ya lo señalara Dorfman y otros investigadores del proceso industrial en la Argentina, nuestra industria está ligada por múltiples lazos ai-

imperialismo, llámense ellos inversiones, empresas subsidiarias, patentes, licencias, etc., así como por la dependencia a través de la importación de maquinaria y productos semielaborados. Por lo tanto, la famosa independencia de nuestra industria —o su potencial liberador— queda reducida a poca cosa, prácticamente a nada. En este sentido es bien ejemplificador el apoyo otorgado por la Unión Industrial Argentina a la candidatura proyanqui de Patrón Costas inmediatamente antes del 4 de junio de 1943 o el famoso cheque donado a la Unión Democrática.

En cuanto a la estructura de nuestro campo, será suficiente señalar que las mejores tierras se hallan en manos de conspicuos exponentes de la oligarquía y que la tendencia al minifundio desarrollada en los últimos años, especialmente en los alrededores de las más importantes ciudades, no va en desmedro de los latifundios. En este sentido será suficiente echar un vistazo a la página 155, Parte II, del estudio de la CEPAL publicado por las Naciones Unidas con el título de "El Desarrollo Económico de la Argentina". Allí encontramos lo siguiente:

"Considerando el país en conjunto, se advierte que en 1947
"cerca de 72 millones de hectáreas, o sea más del 40 por
"ciento de la superficie agrícola, correspondía a 5.542 fincas
"de superficies superiores a 5.000 hectáreas, número que ape-
"nas representaba poco más de la centésima parte del total
"de predios existentes".

En la región pampeana, es decir, la del cereal y la carne, el grado de concentración de la tierra es elevado. El estudio antes mencionado revela que

"18 millones de hectáreas, es decir, poco menos de un tercio
"de las tierras disponibles, correspondían en 1947 a 1.642
"explotaciones de más de 5.000 hectáreas cada una, número
"que equivalía al 0,5 por ciento del total de las explotaciones
"de esa región".

No se trata solamente de señalar la cantidad de explotaciones de gran extensión sino que, como explica dicho estudio, existen propietarios que son dueños de varios grandes predios y que

"... investigaciones realizadas en 1940-42 hayan comprobado
"que en la provincia de Buenos Aires existen 272 grandes pro-
"pietarios de 746 fincas con una superficie total de 5.045.000
"hectáreas, lo que equivale aproximadamente a la sexta parte
"de las tierras agrícolas de la provincia".

La importancia de esta minoría de latifundistas que poseen las mejores tierras del país y concentran en sus manos un gran poder económico; su influencia en la política nacional, está de más señalarla aquí. Se ha escrito bastante acerca de ello y, por otra parte, el término "oligarquía", con el que se la calificaba, se ha popularizado por obra del peronismo haciéndolo extensivo a toda la burguesía. Corresponde recordar, no obstante, que esta oligarquía no está en condiciones de gobernar por medios legales y que cada vez que lo ha hecho fue mediante la fuerza o el fraude. Su poderío económico, sin embargo, sigue siendo inmenso y pesa fuertemente en la vida política del país.

Los distintos sectores de la burguesía no pueden ser divididos en compartimentos estancos ya que los mismos se hallan interrelacionados a través de un proceso de crecimiento y, seguramente, en estos momentos de crisis esos lazos se estarán estrechando cada vez más por la vía de los bancos y empresas financieras. Pero los acuerdos que se establecen entre ellos no están exentos de luchas previas, muchas veces de carácter áspero. Ni se eliminan definitivamente las luchas continuas ni las contradicciones que pueden terminar con la desaparición de los más débiles.

La referencia a los cambios de estructura en nuestro país no puede estar remitida sino a la liquidación de esta forma de la propiedad latifundista que ahoga nuestra economía; el incremento del número de tractores ha pasado de 45.286 en 1955, a 89.814 en 1959, (*) al mismo tiempo que la superficie cultivada por tractor se ha reducido de 419 hectáreas a 229 en el mismo período, (*) es decir, que mayor cantidad de tractores trabajan en la misma superficie. La mecanización del agro no ha servido para ganar nuevas tierras cultivables a las existentes. La caída de los precios de las materias primas en el mercado internacional debieran ser compensadas por una mayor exportación que nuestro país no está en condiciones de llevar a cabo dentro del régimen actual de propiedad y, por lo tanto, el quebranto que significa el deterioro

de los términos del intercambio es pagado por el pueblo que consume la carne y el pan a precios cada vez más elevados. De esta manera compensa las probables pérdidas de la oligarquía terrateniente y ganadera y las de los truts cerealeros y los frigoríficos.

La destrucción del régimen existente de propiedad en el campo es indispensable para quebrar las vallas que la oligarquía impone al desarrollo del país. Sin embargo no termina en eso la tarea de cambiar nuestra estructura económica. La nacionalización del comercio exterior e interior es una medida consecuente con la anterior para evitar que los truts manejen a su antojo nuestra economía. En el mismo sentido habrá que operar con la industria y todo el sistema bancario por razones similares a las anteriores.

Lejos de todo ello, la situación actual puede sintetizarse en un breve panorama: la industria produce para el mercado interno, mientras el campo lo hace para la exportación. El continuo drenaje que significa el pago de los servicios y deudas de todo tipo que se han contraído en los últimos años con el exterior, así como la exportación de las ganancias de las empresas imperialistas, ha provocado la desvalorización de nuestra moneda y la pesada carga sobre los sectores más pobres de la población, hasta un punto en que el mercado interno se ha reducido sustancialmente. La industria es afectada profundamente por esta situación, como lo demuestran los cierres de establecimientos o la reducción de la jornada de trabajo y, por su parte, el comercio, en idéntica medida sufre las mismas consecuencias: las cifras de los quebrantos comerciales han alcanzado niveles impresionantes. Los exportadores hacen suculentas ganancias con la baja del peso argentino pero, los industriales que necesitan importar materia prima o maquinaria se ven perjudicados por la misma situación. La oligarquía terrateniente y ganadera insiste en mantener su provecho pero, a su vez, se provoca por la vía de la desocupación, la disminución de la jornada de trabajo, las suspensiones y el alza constante del costo de la vida una concatenación de situaciones que amenazan con el caos social y el consiguiente peligro para la propiedad burguesa. Los industriales reclaman su derecho a participar de las ganancias que la oligarquía entiende suyas; este reclamo se produce en nombre de la ocupación que dan sus fábricas a casi dos millones de obreros industriales y que garantiza, por la vía del empleo total, la paz social que está en peligro. A su vez, el imperialismo necesita de esta paz social pero se resiste a abandonar una parte de sus ganancias. En pocas palabras, la contradicción del sistema salta a la vista y es vivido ya día a día en carne propia por millones de habitantes de nuestro país.

Son precisamente los caminos cerrados a las soluciones capitalistas para resolver esa contradicción los que provocan las luchas y los roces continuos entre los sectores burgueses y los que desatan las constantes conmociones en las fuerzas armadas pero, al mismo tiempo, son las que promueven una tendencia obligada al acuerdo entre ellos como forma de autodefensa.

ESTADISTICA DE LA MISERIA

QUIEN tenga oportunidad de observar la distribución del ingreso neto interno podrá comprobar que desde 1948 hasta 1958 inclusive correspondió al sector llamado "remuneración del trabajo" una participación superior al 50 % mientras la columna correspondiente a ingresos netos de empresarios, propietarios, profesionales, intereses, etc., arroja porcentajes inferiores. La mayor distancia entre ambos se registró en 1952, cuando el primer sector se adjudicó el 61 % y el segundo el 39 %. Pero a partir de 1959 los términos se invierten violentamente. En dicho año la remuneración del trabajo participa con el 48,7 % y los ingresos netos de empresarios, etc. con el 51,3 % (en 1958: 57 % y 43 % respectivamente) *.

Las estadísticas señalan que en los años más recientes dicha tendencia se ha mantenido de manera cada vez más desfavorable para los sectores del trabajo.

Por otra parte, el salario real (relación entre el salario nominal y el costo de la vida) desciende sustancialmente en los últimos años. Excepción hecha de 1958, en que el decreto por el cual se otorgó un aumento masivo del 60 % eleva una curva que era descendente, a partir de 1959, luego de los acuerdos petroleros,

(*) Fuente: "ARGENTINA, Síntesis Económica y Financiera N° 1", de la Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional de FIAT Someca Concord, Diciembre 1960.

(*) Fuente: ob. cit.

F.M.I., etc., el salario real se desliza como por un tobogán. En 1961 (primeros meses) se encontraba más de un 15 % por debajo del correspondiente al año 1943 y, si bien se han firmado convenios colectivos de trabajo con posterioridad, los aumentos de salarios logrados en los mismos no son tan sustanciales como para determinar un cambio de esta tendencia; por lo demás, el fuerte incremento registrado en curso de los últimos doce meses por el costo de la vida, permite deducir que el salario real está bastante más abajo que en 1943.

Si el panorama salarial le yuxtaponemos el correspondiente a la ocupación tendremos el cuadro completo de la incidencia del proceso económico en el proletariado. Los cálculos más optimistas hacen ascender a más de medio millón el número de desocupados. Esta cifra aumenta notablemente si se le agregan las personas que están sufriendo reducciones de las jornadas de trabajo. La privatización de empresas nacionales, provinciales y municipales, que se ha lanzado por imperativo del F.M.I. con el objeto de reducir el déficit presupuestario, agrava aún más la situación ya que el crecimiento del personal afectado al rubro servicios públicos ha contribuido sobremedida a mantener la plena ocupación que ha distinguido a nuestro país en los últimos dos decenios. La inexistencia durante ese período de un ejército de reserva ha servido para mantener mejores niveles salariales pero el actual índice de desocupación presiona sobre los salarios en un sentido negativo por la abundancia de mano de obra.

Pero no sólo el proletariado es la víctima propicia de la política nefasta del imperialismo y la burguesía nacional. Las capas más bajas de la pequeña burguesía sufren efectos similares. A este respecto es oportuno señalar como síntoma que la enseñanza media y superior se va alejando nuevamente de las posibilidades de los trabajadores y los sectores bajos de la clase media en la misma medida que se deteriora la situación económica. Las posibilidades vuelven a ser ficticias, no adecuadas a la realidad; los centros de instrucción están vedados a los hijos de los trabajadores por imperio de una angustiosa situación económica que les obliga a contribuir con el aporte su trabajo a la economía del hogar. Los postulantes para el ingreso a la enseñanza secundaria del curso 1962 no alcanzaron a cubrir las vacantes. Todo indica que los inscriptos para el curso del año 63 serán menos aún.

La clase media no da ninguna solución a este tipo de problemas que en cierto modo le afectan muy directamente. No obstante ello conviene subrayar que existe un pronunciado grado de polarización en esta clase y que corresponde a los trabajadores la orientación de los sectores que le son más afines para impedir que la pequeña burguesía que es una clase siempre fluctuante, derive en masa hacia planteos antiobreros y antinacionales.

CRISIS DE DIRECCION

NUESTRO país está sufriendo la crisis propia del sistema capitalista, con el agravante de encontrarnos en una semicolonía, bajo la férula del imperialismo yanqui que intenta la colonización

de todo América Latina, impulsado por las necesidades de sus propias contradicciones, con un carácter cada vez más agresivo. No existen perspectivas ciertas de salir de esta crisis si no es mediante el cambio de las actuales estructuras. Y no será la burguesía nativa, ligada por múltiples lazos al imperialismo, la encargada de llevar a cabo esa tarea, toda vez que la misma implica su propia liquidación. La inestabilidad política y social que se viene arrastrando prácticamente desde la "revolución libertadora" hasta la fecha —bien que con altibajos— no podrá ser superada en forma definitiva sino mediante el aplastamiento de la clase trabajadora que es la única consecuentemente antiimperialista y la única capaz de llevar a cabo las tareas antes referidas porque no tiene compromisos con nadie.

Estos enunciados, a manera de síntesis, pretenden exponer los problemas cruciales que, en cuanto a disyuntivas y soluciones, tiene la Argentina ante sí. Significa que la pretendida política de mantenimiento de la legalidad que desarrolla el actual gobierno está altamente condicionada por múltiples factores internos y externos y, además, con márgenes muy reducidos. A tal punto que en realidad todo es una ficción de legalidad, una mala imitación. Por su parte, la clase trabajadora ha logrado mantener su homogeneidad a pesar de la desastrosa conducción de sus dirigentes que no han estado en ningún momento a la altura de las necesidades sino, por el contrario, ni orientaron ni dirigieron y en reiteradas ocasiones han adoptado posiciones que significan un freno a la actividad de sus representados.

A pesar de todo, repetimos, los trabajadores mantienen su unidad y cohesión ante la lucha interburguesa que en más de una ocasión ha tomado la forma de enfrentamiento armado. Esta circunstancia permite presumir que el imperialismo y la burguesía chocarán constantemente con la resistencia del proletariado que ha llegado ya al límite de lo aceptable en su retroceso y que está demostrado en muchos frentes aislados que está dispuesto a luchar y a enfrentar a la reacción. El drama de esta hora reside en la ausencia de una dirección capaz de conducirlo en las tareas de liberar al país del imperialismo y de transformar las actuales estructuras de propiedad.

La caducidad de la actual dirección está comprobada a través de sus fracasos. Por otra parte, tampoco hay a la vista nuevas direcciones. Las alternativas no son tantas como para seguir perdiendo el tiempo en pruebas dilatorias. Es lamentable la repetición de discursos y la formulación de ampulosos planes que no se practican con total olvido de que la lucha implica acción y sólo a través de ella se impulsan las formulaciones y toman cuerpo las teorías. La disyuntiva es clara: o permitimos la colonización completa de nuestro país y el aplastamiento de los sectores más pobres de la población o se resuelve la alternativa a favor de la independencia y la soberanía nacionales con el triunfo de la clase trabajadora. Repitiendo una frase conocida digamos que este último es el único camino para pasar del reino de la necesidad al de la libertad.

REVISTA DE LA LIBERACION sale a la calle en momentos difíciles para la vida del país. La entrega de la economía nacional al imperialismo es un hecho consumado. Los atropellos, la burla a la voluntad popular, los negociados, el envilecimiento de las instituciones nacionales son hechos de todos los días que nos ponen de manifiesto la corrupción, la ineptitud, y la descomposición

de las clases gobernantes y de sus hombres políticos.

REVISTA DE LA LIBERACION sale para combatir ese régimen oprobioso, cumpliendo una función esclarecedora en todos los órdenes, político, económico-social, cultural.

REVISTA DE LA LIBERACION invita a colaborar en sus páginas a intelectuales y militantes políticos de la izquierda y de

los sectores de la lucha nacional que puedan contribuir a esa función de esclarecimiento, permitiendo, incluso, la polémica cuando se haga en un nivel fraternal.

REVISTA DE LA LIBERACION aclara que no es propiedad de ninguna organización política, que la dirección expresará su posición a través de sus editoriales, y que los demás artículos reflejarán las posiciones de quienes los firmen.

LA DIALECTICA EN CUESTION:

(Nota Previa y Versión Castellana de José Sasbón)

NOTA PREVIA

DESDE los años de la Resistencia contra el fascismo, que concretara una provisional alianza de los intelectuales con el pueblo y sus organizaciones políticas militantes, un grupo importante de dichos intelectuales, cuya ideología burguesa y sus resultantes sociales habían sido duramente cuestionados por la guerra, se volcaron con sincero espíritu de comprensión al examen de la realidad social y política. Esta situación fue particularmente notoria en Francia. La lucha contra el ocupante nazi y sus cómplices locales había abarcado varios planos de incidencia. Malraux, Camus, Sartre, Mauriac, habían rechazado una insidiosa comodidad —en definitiva: complicidad— o acuerdo con la intelectualidad “colaboracionista”, dedicando lo mejor de su esfuerzo a un trabajo oscuro, riesgoso y eficaz: la organización de la prensa clandestina. La Liberación encontró a esos hombres otra vez en el punto de partida; derrotado el fascismo, restaurada la ambigua democracia liberal, su clase los llamaba, con insistencia, a ocupar sus viejos puestos. La Cultura debía continuar destilando los valiosos productos de invernadero; finalizadas las forzosas vacaciones, la Cultura volvía a exigir sus funcionarios: la tarea debía continuar, volvía a nacer el cielo del mejor de los mundos posibles.

Frente a esos requerimientos, por medio de los cuales la burguesía tornaba a cerrar filas contra la ofensiva de la ideología revolucionaria, el grupo de intelectuales que habían probado la experiencia de una alianza popular sin ambigüedad, se atomizó, acusando el impacto de los nuevos mitos, y sus fantasmas: el anticomunismo, la defensa de la metrópoli frente a las insurrecciones coloniales, la guerra fría. Pero se fortaleció al mismo tiempo un movimiento peculiar, nacido en parte de las condiciones en que el desarrollo de las ideas se daba entre la intelectualidad francesa, en ese momento. Se trataba de la conformación de una filosofía que centraba su interés en la adecuación ética del hombre, en medio de un universo carente de significaciones apriorísticas, eternas, o decididas de antemano. Dicho movimiento

pretendía mantenerse equidistante de la hipócrita moral del catolicismo, que convalidaba la explotación del hombre por el hombre ofreciéndole cebos de una salvación trascendente, y por el otro lado, de un supuesto dogmatismo voluntarista, por el que el marxismo se regiría, al luchar por una sociedad sin clases imaginada con cierto tipo de necesidad histórica que prescindiría de una correcta valoración de los momentos subjetivos de esa lucha, y en consecuencia, ejerciendo también violencia sobre el hombre. Fueron los años en que M. Merleau-Ponty publicó “Humanismo y terror”, donde optaba por la concepción marxista del mundo, con reservas importantes que tendían a acentuar esa elección como la imposición histórica ineludible que se planteaba a los intelectuales, quienes debían guiarse con cautela en esa adhesión, para salvar la especificidad de una decisión humana incrustada en el centro de fuerzas sociales impetuosas que la trascendían.

Muchos de los hombres de pensamiento que arriesgaron su vida en la Resistencia, se encaminaron a una defección ambicionada ansiosamente por la burguesía. Mauriac, consecuente, reingresó a la militancia católica, dedicándose a la elaboración de chirles engendros periodísticos, con los cuales divinizó en los últimos años al Salvador De Gaulle. Malraux, traidor en toda la línea, llegó a ocupar oficialmente, cerca de De Gaulle, la defensa de una Cultura que violentaba a argelinos y franceses, en el contingente y en la colonia; también Merleau-Ponty renegó de su prudencia del 45 y avaló al gaullismo; Camus intentó curiosos equilibrios entre la revolución argelina y la desesperada autoconservación de la burguesía francesa: en esa indecisión lo quebró la muerte.

La cabeza visible del movimiento más coherente y consecuente de los desprendidos de los años de la Resistencia es Jean-Paul Sartre y su filosofía, el existencialismo. Carente de las ilusiones de la pre-guerra, que adormecieran su conciencia social, las encrucijadas de la postguerra lo arrojaron al descubrimiento de sí mismo, como intelectual inmerso en las complicadas ficciones de la política. Había, entonces, que develar esas ficciones y hallar un hilo conductor que

permitiera guiarse a través del acontecimiento cotidiano, y colaborar, desde su lugar, en un mundo que había dejado de ser analíticamente interpretable, para convertirse en sujeto de cambio y transformación. No interpretarlo, sino transformarlo. O mejor interpretarlo desde la voluntad de transformación. No por una inclinación de la voluntad individual guiada por prolijos postulados racionalistas. No, porque uno de los condicionantes de la situación europea y mundial era justamente la participación activa de una fuerza social —el proletariado— que ya estaba transformando el mundo. Esta transformación tenía un sentido: el socialismo. Y la responsabilidad del intelectual se verificaría entonces en el discernimiento de la contradictoria sociedad burguesa, que por un lado lo mantenía y por el otro, lo rechazaba. Este rechazo se computaba en la limitación previa de su ámbito de receptividad. La gran parte de sus lectores son burgueses y esa restricción constituye una parcialidad en la asimilación de los significados. Se escribe para burgueses, en un lenguaje burgués, y dicha parcialidad integra una parcialidad mayor: la cultura burguesa, basada en la opresión económica, impide a unos y otros —clase obrera e intelectuales— ser libres. Para que el intelectual universalice su lenguaje y la dirección de su actividad, es preciso la liquidación de la explotación. El fin es, pues, la sociedad sin clases.

Desde la fundación de “Temps Modernes” en octubre de 1945 hasta el momento, la actuación intelectual y política de Sartre tiende a la clarificación de los instrumentos, de las mediaciones, para resolver la sociedad burguesa en una sociedad libre. Desde la posición inicial del existencialismo, que ve al hombre como un ser establecido sin signos en el mundo, y constreñido a construir por sí mismo su propia justificación, esa filosofía, en la corriente orientada por Sartre, ha intentado una aproximación cada vez mayor, a los puntos de vista del marxismo. El diálogo de Sartre con filósofos marxistas, data de los años posteriores a la Liberación; la cordialidad estuvo ausente durante largos periodos, pero los objetivos de Sartre fueron invariables: interpretar los fines políticos de la clase obrera, co-

GARAUDY POLEMIZA CON SARTRE

laborar con ellos, construir la teoría que comprenda esa praxis, y, sobre todo, fundar un pensamiento que totalice al hombre y lo explique en todos los niveles de su inclusión en lo social. Se ve cómo arrancando de una postura ética, y comprendiendo luego la limitación de ésta, Sartre, insatisfecho con las inconsecuencias que se derivan del desconocimiento de los condicionantes de esa postura ética, desconociendo entonces de dicha unilateralidad, se dirige a un análisis circunstanciado del medio humano, de la sociedad. Nacen, pues, consideraciones antropológicas, sociológicas, políticas, que al lado de las psicológicas y éticas, buscan conformar una totalidad actuante, que se explique como unidad del proyecto humano. Así, la insistencia de Sartre tomará su fuerza de la famosa frase de Marx: "Los hombres hacen la historia, pero en condiciones determinadas." Es decir: la relación entre las clases en un determinado momento histórico, no son determinantes de la conducta humana, sino condicionantes de ésta, y la gravitación de la infancia, de las pautas sociales, etc., hallarán su marco explicativo en el contexto mayor de la "lucha de clases", utilizada como hipótesis de trabajo.

Sartre supone tres grandes "momentos" en la filosofía moderna y contemporánea: el de Descartes y Locke, el de Kant y Hegel, y por último, el de Marx. Esos momentos formaron respectivamente, el clima ideológico por medio del cual, las clases en ascenso tomaron conciencia de sí. El "momento" de Marx todavía dura y tendrá vigencia en tanto los problemas planteados por la lucha de clases y el socialismo universal, no sean resueltos definitivamente. Recalca, por otro lado, Sartre, que lejos de ser una filosofía cerrada y terminada, el marxismo ha dejado "tareas por cumplir". Incumbe a los filósofos de la época actual llenar esas tareas sin prejuicios esterilizantes y colmar los vacíos que un pensamiento tan vasto como el de Marx no pudo colmar. El marxismo sigue siendo la insuperable filosofía de nuestros días, la única que explica al mundo y a los hombres; ha encontrado su fuerza en toda una clase revolucionaria que la toma como instrumento de

liberación, que es al mismo tiempo la instauración de una sociedad sin clases, y por lo tanto, la liberación de todos los hombres. No deben ser desechados los productos burgueses, que, en el seno de esa clase se convierten fácilmente en ideologías y, con frecuencia, en ideologías hostiles al marxismo. Por el contrario, deben ser estudiados cuidadosamente y conservados sus valores instrumentales eventuales para integrarlos a la única filosofía de nuestro tiempo, al marxismo. Ahora bien: ¿es Sartre marxista? Recientemente ha declarado: "Soy un marxista o por lo menos —aún si muchos afirman lo contrario— me creo tal; soy marxista porque el objeto de mi lucha —aunque no estoy inscripto en el partido— es el socialismo y el comunismo". Además, para Sartre la expresión "revisionismo" no tiene sentido. El marxismo no es una escolástica: es una filosofía en movimiento, que se constituye con los aportes parciales que se le efectúan y que deben efectuársele. Por otra parte Sartre restringe la vigencia de su pensamiento —al que llama "ideología parasitaria" en contraposición a la filosofía viviente, el marxismo— dentro de los límites que las lagunas del marxismo le imponen. Es decir, su pretensión es que la filosofía marxista incorpore los aspectos parciales de su metodología histórica y su antropología, originadas en su enfoque fenomenológico y existencialista. Una vez cumplido este ensamble, el existencialismo dejará de tener sentido, afirma.

En diciembre de 1961, se realizó en París la Semana del Pensamiento Marxista, que permitió reunir, en una mesa redonda, a filósofos y científicos marxistas y existencialistas. Bajo la presidencia del profesor Jean Orcel, conversaron, exponiendo sus puntos de vista frente a 6.000 jóvenes espectadores, los marxistas Garaudy y Vigier, los existencialistas Sartre y Hyppolite. El interés del auditorio se centró, fundamentalmente, en las exposiciones de Jean-Paul Sartre y Roger Garaudy. El tema central de la mesa redonda, como lo redefinió Orcel era: si la dialéctica es solamente una ley de la historia o si es también una ley de la naturaleza. Por la primera posición, estaba Sartre; por la segunda, Garaudy. J. P. Sartre había ya delineado en "Cues-

tiones de método", extenso artículo publicado inicialmente por una revista polaca y luego por "Temps Modernes", y sobre todo en el primer tomo (único aparecido) de la "Crítica de la Razón Dialéctica" su interpretación del problema, que Garaudy resume al comenzar su disertación.

Roger Garaudy, tal vez el más importante de los marxistas franceses, tiene cumplida una vasta labor en el campo filosófico: "Humanismo marxista", "Perspectivas del hombre", "Dios ha muerto (Estudios sobre Hegel)" y principalmente un voluminoso tratado sobre "La libertad", son algunas de sus obras. En esta disertación responde a las objeciones que Sartre presenta contra el llamado "materialismo dialéctico" que supone un movimiento dialéctico dado en el seno de la naturaleza, del cual emergería la sociedad humana, a su vez regida por las leyes dialécticas de la historia. Cuenta en su apoyo con los argumentos esgrimidos por el científico Jean-Pierre Vigier, firme partidario de la dialéctica de la naturaleza, que cita datos y experiencias del dominio de las ciencias.

El clima de la mesa redonda fue de mutua comprensión. Tanto Sartre como Garaudy han intentado acercar sus posiciones, disminuir los puntos de fricción, aproximar las perspectivas. Fue evidente la intención de entenderse en un plano en que, sin renegar de las respectivas posiciones, el cambio de ideas fuera fructífero para todos.

La base común de Sartre y de Garaudy fue el principio no cuestionado de que hoy día la filosofía es el movimiento originado en el pensamiento de Carlos Marx. Si a este nombre hay que agregar el de Engels, si la teoría del "reflejo" es válida, ya son puntos de discordia. Pero el sentido general del diálogo fue establecer un idioma común para el entendimiento.

Garaudy responde, pues, desde el "materialismo dialéctico" al existencialismo que acepta sólo el "materialismo histórico".

(El lector interesado en conocer la argumentación de Sartre, hallará el texto de su intervención en la revista SUR).

RESPUESTA DE GARAUDY A SARTRE

UNA respuesta completa a la exposición de Sartre y a las cuestiones que suscita, exigiría que se aborden varios problemas. Por ejemplo, convendría discutir vuestra concepción de la dialéctica histórica: la categoría de totalidad tiene ciertamente una importancia capital. No pienso, sin embargo, que ella baste para definir la dialéctica histórica.

En lo que concierne a vuestra concepción de la "inversión" marxista del hegelianismo, no creo que esta "inversión" se pueda definir solamente por la idea de que el saber deja de identificarse con el ser.

Yo haría también las reservas más expresas sobre la interpretación que usted da de ciertos textos de Engels, particularmente cuando usted le presta la idea de que existe una lista acabada e inmutable de las leyes de la dialéctica. Usted se apoya, para hacerlo, en un texto aislado de su contexto y extraídos, por otra parte, de manuscritos no destinados a la publicación (*La dialéctica de la naturaleza*).

No aceptaría tampoco la distinción que usted introduce entre las concepciones de Marx y las de Engels sobre la dialéctica de la naturaleza. Su correspondencia prueba que Marx seguía muy de cerca los trabajos de Engels sobre la dialéctica de la naturaleza, los aprobaba y aceptaba sus conclusiones.

Estas cuestiones no son secundarias, pero, para centrar el debate sobre lo esencial, quisiera examinar el argumento fundamental de Sartre que subtiende, creo, todas sus objeciones contra una dialéctica de la naturaleza.

—oOo—

1. El punto de partida de la argumentación de Sartre es su definición de la dialéctica: "La dialéctica es el tipo de inteligibilidad propia de los "todo" organizados" (p. 175, *Critique de la raison dialectique*).

El modelo de la inteligibilidad es pues lo que el hombre hace: la idea del todo precede allí a cada parte, el fin da un sentido a los medios, el porvenir como proyecto ordena el presente y el pasado. La categoría fundamental de la dialéctica es la totalidad. Todas las otras no tienen sentido sino en el interior de ésta.

3. Por el contrario, cuando se trata de la *naturaleza*, desde que estamos en presencia de *lo dado* no humano, ya no habría según usted, inteligibilidad propia, mente dicha, razón dialéctica, sino solamente un entendimiento positivista (no digo mecanicista) registrando hechos y leyes.

4. No se podría, según usted, hablar de la dialéctica de la naturaleza sino por metáfora, por analogía. Ella sería una suerte de proyección antropomórfica sobre la naturaleza, de modelos válidos solamente en el interior de la historia humana, del conocimiento, de la "praxis".

Aquí está, creo, vuestra objeción fundamental.

5. Para intentar responder a ella y no solamente en forma polémica, sino para avanzar juntos en la solución del problema, yo quisiera partir de lo que usted tiene por cierto, pues yo me pregunto si las razones que lo conducen no solamente a admitir una dialéctica

histórica sino a reclamarse partidario del materialismo histórico no lo conducen necesariamente a reconocer una dialéctica de la naturaleza.

6. En su *Crítica de la razón dialéctica* usted rechaza el idealismo en historia por dos razones:

a) Porque su concepción de lo "práctico-inerte", desarrollando algunos aspectos de la teoría de la alienación, lo lleva a considerar que los proyectos y los actos humanos se objetivan, se enfrentan, se neutralizan de tal suerte que "las relaciones humanas toman la apariencia de cosa", como decía Marx.

b) Usted rechaza el idealismo por una segunda razón, que se desprende de su concepción fenomenológica inicial: la conciencia es siempre conciencia de algo. Usted rechaza pues este pensamiento insular que se sorprende fuera del mundo, el *cogito* cartesiano. Para usted, como para Kant, la conciencia y la praxis están originariamente luchando con *lo en sí*, lo otro que el hombre, lo que está ya ahí, en una palabra, con cosas que no hemos constituido, que nuestra necesidad apunta y sobre las cuales se ejerce nuestra acción. Sin ellas la necesidad, la conciencia, la praxis no tendrían ni existencia ni significación, ya que su estructura misma implica su falta y su exigencia.

Esta doble exterioridad —la de lo práctico-inerte y la de originario— de lo prehumano lo conduce a aceptar el materialismo histórico.

7. Esta concepción que exige, además de la materia obrada, la presencia de un ser bruto que no es mi obra, plantea el problema de la relación del hombre con lo que no es él de tal manera que excluye el idealismo, y no solamente en historia. "El monismo materialista, escribe usted, ha suprimido felizmente el dualismo del pensamiento y el ser, con provecho del ser total, tomado, pues, en su materialidad".

8. Usted plantea entonces este problema: ¿cómo, desde el interior de nuestra historia humana, puedo hablar del otro, del ser pre-humano?

En su *Crítica de la razón dialéctica* (p. 47 y sg.) usted responde en efecto a esta cuestión sin salir de la historia humana: lo otro que el hombre, lo otro que la historia humana, a partir de lo cual este hombre y esta historia se constituyen, no puede ser definido sino por una negación del acto humano: habla usted de la materialidad como negación de la invención, amenaza, resistencia, límite, exterioridad etc....

9. Pero no es ésta una negación cualquiera anónima, siempre idéntica a sí misma. Una respuesta, aún negativa, no toma sentido sino por la cuestión planteada. Aquí la cuestión planteada es la hipótesis científica. Ella es siempre específica, determinada. La respuesta no es nunca, pues, una negación abstracta.

"*Lo en sí*" responde *no* a tal hipótesis. Y a veces también *si*. Esta respuesta positiva tiene un carácter práctico. Es una suerte de consentimiento: la naturaleza obedece, se deja manejar. Obrando según esta hipótesis, tengo poder sobre ella.

Usted me dirá, y estoy de acuerdo, que esas hipótesis se destruyen y que ninguna de ellas puede entonces pretender darme la estructura real del ser, ni aún la hipótesis de estructura actualmente triunfante, ni aún la de mañana.

Pero cada hipótesis muerta, ya que ha vivido, aunque fuera una vida efímera, nos ha legado un poder nuevo sobre "lo otro", sobre lo "no humano". Este poder le ha sobrevivido, la hipótesis nueva es la heredera de la que reemplaza. Ella aporta entonces a la hipótesis que ha refutado, una justificación retrospectiva. Esos poderes se han acumulado y mis gestos actuales, usando esos poderes para manejar la naturaleza, dibujan en el vacío por lo menos un esbozo de su estructura, cada vez más finamente conocida.

No podemos contentarnos con afirmar la existencia desnuda de esta naturaleza originaria.

Si ella se manifiesta como resistencia, como límite, pero también como consentimiento y satisfacción, esto supone que tiene una estructura y que el conocimiento, a fuerza de hipótesis, ensayos, errores, modela sus contornos sobre las cosas de las cuales casa, bien o mal, el movimiento y el ritmo.

Si se admite que este *en sí*, este ser pre-humano, es concernido por la práctica humana, no hay más que dos vías posibles:

O bien el hombre no puede decir nada de lo que conciernen sus actos; es el agnosticismo radical, pero entonces la misma está totalmente ciega y se hunde;

O bien este "*en sí*" que nuestra práctica llega a manejar tiene una estructura que las ciencias nos develan, y de las cuales nos permiten hablar por hipótesis que la experiencia verifica o invalida, en un lenguaje cuya aproximación es siempre mayor.

10. Entonces surge la última cuestión: ¿es dialéctica esta estructura?

Aquí, es a la historia de las ciencias a quien debemos interrogar.

Ahora bien, para mantenernos en el período que comienza a fines del siglo XVIII, con la puesta en cuestión de la concepción mecanicista del mundo, se desprenden algunos rasgos, comunes a todas las ciencias:

a) Que toda inercia es relativa. Que todo se mueve.

b) Que este movimiento no es un simple reacomodamiento de elementos inmutables, sino que de nuevo aparece; que el simple braceaje conduce a otra cosa que a una simple adición: a síntesis donde el todo es otra cosa y más que la suma de los elementos que lo han constituido.

c) Que esta aparición de lo nuevo permite fechar las cosas y darles una edad: no solamente establecer una escala de los seres vivos, sino fijar la edad de las piedras o de las estrellas. La naturaleza tiene una historia, como lo subrayaba recién Ortel.

11. Usted plantea esta cuestión: ¿la dialéctica es una exigencia del objeto? Ahora bien, es un hecho que esas estructuras han hecho estallar y vuelto inutilizables los esquemas de la mecánica y de la antigua lógica. De la biología a la física, como escribe Bachelard, las ciencias de la naturaleza no han dejado de ejercer una presión creciente sobre nuestros viejos hábitos de pensamiento, hasta constreñirnos a abandonar, en un cierto nivel, la lógica tradicional.

Esto ha obligado a los investigadores a recurrir a otros modelos que los que obedecían a las leyes de la lógica tradicional y a los principios del mecanismo.

Ahora bien, si una hipótesis de estructura se verifica, si se revela eficaz, si nos da un dominio sobre las cosas ¿cómo concebir que no existe ninguna relación real entre esta estructura concebida y lo *en sí*?

12. Hablar de la dialéctica de la naturaleza no implica entonces ningún extrapolación arbitraria ningún desconocimiento de la especificidad de los planos. La dialéctica no está en la naturaleza como está en nuestro pensamiento. Afirmarlo sería una concepción teológica, por lo menos hegeliana, planteando la existencia de un espíritu absoluto en la naturaleza. Decir que existe una dialéctica de la naturaleza, es decir que la estructura y el movimiento de la realidad son tales que sólo un pensamiento dialéctico nos vuelve inteligibles y manejables los fenómenos. Resumamos: existe un *si* material (antes de nosotros y fuera de nosotros); hay (siempre antes de nosotros y fuera de nosotros) una estructura; las ciencias nos prueban que esta estructura es dialéctica.

13. Por otra parte usted no excluye por principio que ciertos sectores de la naturaleza tengan una estructura dialéctica. Escribe usted: "El organismo engendra lo negativo como lo que destruye su unidad: la desasimilación y la excreción son las formas aún opacas y biológicas de la negación en tanto ellas son un movimiento orientado de rechazo" (*Crítica de la razón dialéctica*, p. 170).

Si se reconoce una primera forma de la totalidad y de la negación en el organismo viviente —es decir en la naturaleza, en lo pre-humano o lo humano—, ¿cómo no reconocer otra forma menos compleja aún de la totalidad y de la negación en un núcleo atómico?

Si se reconoce en efecto la existencia de formas inferiores de la totalización y de la negación, sin el hombre, sin la consciencia, antes del hombre y consciencia si existe entre lo dialéctico y lo no dialéctico otra cortadura, otro umbral que el de la consciencia, será difícil acantonar la dialéctica en la biología y detenerse en mitad de camino.

Por otra parte, usted escribe: ¿Habría que negar la existencia de ligazones dialécticas en el seno de la naturaleza inanimada? De ningún modo. A decir verdad, *en el estado actual de nuestros conocimientos*, no veo que estemos en el caso de negarla o afirmarla" (p. 129).

14. Tampoco usted excluye por principio la posibilidad de una inteligibilidad dialéctica del pasaje de lo biológico a la consciente o aún de lo inorgánico a lo orgánico, de una forma inferior de totalidad a una forma superior.

Dice usted: "*Aún no conocemos...* la ciencia nos dirá tal vez *pronto...*".

En efecto, no descubrimos sino poco a poco eslabones siempre nuevos. Subsisten lagunas. Es incontable.

Pero si usted admite la posibilidad de este pasaje, entonces la dialéctica definida al nivel del proyecto humano no es más la forma única de la dialéctica; existen formas inferiores más simples a niveles inferiores.

Entonces la dialéctica no es ya la proyección antro-

pomórfica de esquemas humanos sobre lo pre-humano: ella es la prehistoria de la dialéctica humana, que será la emergencia, a un nivel cualitativamente diferente, del proyecto y de la praxis que caracterizan al nivel específicamente humano.

Me dirá usted: ¡no vayamos tan ligero! La ciencia no lo ha dicho aún, o por lo menos todavía no lo ha demostrado en un movimiento sin fisura. Es cierto. Pero esto ya no nos separa, pues aquí el materialismo no está en la solución del problema sino en la manera de plantearlo: usted ha dicho muy justamente que corresponde a los sabios responder. Lo propio del materialismo es precisamente el remitirnos a la ciencia para resolver este problema, es decir buscar en la naturaleza el origen de la conciencia y no en la conciencia el origen de la naturaleza.

15. Si usted no aparta en principio las estructuras dialécticas en biología ya hemos salido juntos de la historia humana. Hemos llegado a la naturaleza, y la extensión de la dialéctica en este dominio no es más una cuestión de principio, es una cuestión de hecho. La ciencia debe responder a la cuestión: ¿hay totalidades reales en la naturaleza? Podría pues detenerme aquí, pues Vigier le dará ejemplos de totalización real anterior a la biología, al nivel de la física.

Una palabra todavía a propósito del conocimiento como "reflejo".

Comprendo muy bien lo que le irrita en la "teoría del reflejo", en la idea de que el conocimiento es un "reflejo".

Primero, esta palabra "reflejo" si nos atenemos a la imagen que evoca, sugiere que el conocimiento es un fenómeno *pasivo* simple registro mecánico o reproducción, como lo concebía el materialismo de Epicuro o el empirismo de Locke.

Mientras que el conocimiento comporta un aspecto *activo* esencial: la hipótesis, la práctica, la experiencia, la verificación como lo subrayaba Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*.

Luego el reflejo, al sugerir la analogía del espejo parece implicar una *inmediatez* del conocimiento, que sería simple contacto o acogida inmediata, mientras que el conocimiento es esencialmente *histórico* y procede por aproximaciones sucesivas.

Sin embargo la noción de reflejo subraya el aspecto fundamental del conocimiento: no hay reflejo sin objeto reflejado mientras que puede muy bien existir un objeto sin nadie para reflejarlo.

Esta expresión, a condición de liberarse de la imagen simplista del espejo está pues perfectamente justificada para subrayar sin ninguna ambigüedad el carácter materialista de la doctrina: ella excluye toda concesión al idealismo, al positivismo, al agnosticismo.

Decir por el contrario que el conocimiento es "proyecto", abre la vía a todas las formas del idealismo, del positivismo, del agnosticismo.

La noción del *reflejo* si no define de ningún modo las leyes del conocimiento, define sin equívoco su naturaleza, que brota de la tesis fundamental e irrevocable del materialismo: la anterioridad de la materia sobre la conciencia.

Me resta solamente descartar cuatro confusiones

que permiten, creo, precisar la extensión de nuestro acuerdo y la naturaleza de nuestras divergencias.

Primo: Lo que usted rechaza, y lo que todo marxista rechaza con usted, es la pretensión de instalarse en el ser, dogmáticamente, "legislar, decir lo que es tal sector del ser". Nosotros no tenemos de ningún modo la pretensión de colocarnos del lado de la cosa (p. 125). Por supuesto esta dialéctica es una dialéctica del exterior: no veo cómo podríamos hablar de la naturaleza como si fuéramos "el espíritu absoluto" del Hegel. Este dogmatismo dialéctico sería propiamente teológico: nosotros seríamos los creadores de la naturaleza para quienes crearla y pensarla sería uno. "La historia humana, escribía Marx (*El Capital*, I, 336), se distingue de la historia de la naturaleza en que hemos hecho la una mientras que no hemos hecho la otra".

La dialéctica de la naturaleza no es una filosofía de la naturaleza (del tipo hegeliano por ejemplo). El marxismo es lo contrario de toda filosofía especulativa "que no adapta sus conceptos a las cosas, sino las cosas a sus conceptos", como decía muy bien Feuerbach. El modelo dialéctico, Engels lo subrayó en el *Anti-Düring* (p. 165), tiene un valor heurístico y no demostrativo. Ya se ha verificado en muchos dominios, vamos pues al encuentro de los fenómenos al tomar por hipótesis de trabajo modelos de estructura dialéctica. Por otra parte esto es cierto para la historia de la naturaleza.

Secundo: Usted no quiere que la libertad humana deba correr en un lecho que la naturaleza ya había cavado.

Le parece que el reconocimiento de las leyes dialécticas fuera de la historia humana nos inclina bajo un destino, no siendo la historia humana entonces, más que el apéndice de una más vasta historia natural. Ahora bien, para un marxista, la unidad del saber no excluye de ningún modo la irreductibilidad de los sectores, la especificidad de los niveles. A cada nivel chocamos con formas específicas del movimiento y la dialéctica toma una forma específica.

De la naturaleza al hombre, hay continuidad y discontinuidad a la vez.

Si no hay más que continuidad, nos encontramos con un materialismo mecanicista. Si no hay más que discontinuidad, nos encontramos con un espiritualismo. Para nosotros, marxistas, hay continuidad y discontinuidad. El hombre forma parte de la naturaleza. Pero la historia humana obedece a leyes *específicas*. El hombre no puede reducirse al conjunto de las condiciones de su existencia.

La reducción de lo superior a lo inferior no es sino la definición de un materialismo mecanicista. Lo propio de la dialéctica, es precisamente que el todo es diferente de la suma de los elementos que lo han constituido. Y esto es cierto a cada nivel.

Los marxistas no son los únicos en reconocerlo. Las "exigencias del objeto", como usted dice, llevan al sabio a tenerlas en cuenta. He aquí un ejemplo de ello, entre muchos otros. En un libro reciente, *Introducción to a submolecular biology* (New York 1960), A.

(Sigue página 14)

PROCERES Y VASALLAJE EN NUESTRA HISTORIA

(Las relaciones anglo argentinas en el siglo pasado según los archivos del F. Office)

EL profesor H. S. Ferns, de origen canadiense, decano de la Facultad de Comercio y Ciencias Políticas de la Universidad de Birmingham, es autor de un interesante libro sobre nuestro país. Editado por Clarendon Press, Oxford, 1960, con el título *Britain and Argentina in the Nineteenth Century* intenta ofrecernos, a través de quinientas ceñidas páginas, una interpretación de nuestra historia a la luz de la economía y la política, según él la ha visto, con la ayuda de la documentación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra. Dice bien Ferns, que "los papeles del Foreign Office constituyen un cuerpo de información registrada con continuidad y razonablemente uniforme que cubre el período total, desde las invasiones inglesas hasta el arreglo de la crisis de la casa Baring. Complementados por los informes extraídos de fuente privada, del Almirantazgo, del Ministerio de Guerra, del de Comercio, de la Oficina de Registros de Compañía, los archivos de la cancillería proveen los datos principales de este estudio. Ellos contienen una amplia y variada información de carácter económico, social y también político. Poseen, además, el mérito de convergir sobre los problemas más generales y críticos de las relaciones entre ambos países. En su mayor parte representan el esfuerzo de observadores cultivados y a menudo muy agudos."

La hábil utilización de tan importante material informativo, casi inédito para los argentinos, y el rigor metodológico de Ferns le permiten completar un trabajo de elevada categoría. Por otra parte, el autor no se limita a exponer fríamente el tema elegido. Con gran dominio del asunto y haciendo gala de un estilo literario persuasivo y a veces brillante, mantiene en todo momento la atención del lector. Sabe equilibrar eficazmente los diversos planos que se entrecruzan en el ordenamiento general de la obra. La fase económica se destaca siempre en el conjunto, pero la reflexión política o social y el retrato psicológico de los hombres que fueron actores del proceso que narra, acuden de continuo a apuntalar la fábrica en que se sustenta el edificio. A veces anticipa hipótesis audaces, que muchos no compartirán si bien ello se explica, puesto que Ferns acepta sin discutir los su-

puestos de la concepción y situaciones, mediante el auxilio de un lenguaje insinuante, lleno de matices e intenciones, que hace honor a los grandes prosistas ingleses.

Ferns, en la introducción de su libro, sitúa el problema de la independencia americana en una perspectiva distinta de la que la mayoría de los historiadores le conceden. Ella es, a sus ojos, una consecuencia de la lucha secular por el proceso a los nuevos mercados y fuentes de materia prima planteada entre el imperio inglés, en plena ascendencia, y el español, condenado a la ruina ya desde los tiempos de Felipe II. Sin embargo, este avance impetuoso presentaba también sus problemas para los comerciantes de Londres. "Del lado británico la política de intromisión a través del comercio clandestino llegaba a los límites de sus posibilidades. Ya hacia 1763 era evidente que la exportación de mercancía inglesa excedía la demanda del mercado. Crisis de este tipo constituían un fenómeno repetido el cual sugería que los obstáculos para la ulterior expansión comercial británica no residían tanto en las leyes de Indias, que no era difícil eludir, sino en las de la economía, que no podían serlo; pues la pobreza de los mercados coloniales españoles, el bajo nivel de productividad, el autoabastecimiento local, el carácter estático y jerárquico de las relaciones sociales, el profundo conservadismo y el espíritu de resignación fomentado por la Iglesia resultaban más potentes que las leyes para determinar la verdadera magnitud y elasticidad del mercado en favor de la manufactura inglesa. Esta situación estaba madurada ya, en las vísperas de la Revolución Francesa; la expansión comercial requería no el cambio de las leyes aduaneras españolas, sino la reforma de la sociedad."

Esta tesis no es una elaboración caprichosa del autor. Corresponde, sin duda, a los hechos que en el complejo mecanismo de la integración del imperio británico adquiría importancia cada vez mayor en la medida en que el nuevo mundo se presentaba como el centro de atracción para jugosas inversiones y ofrecía la fuente de materia prima indispensable para una industria que se orientaba hacia la pro-

ducción en gran escala. América significaba ya en los planes de los hombres de negocios de la City y de Liverpool el vasto escenario desde donde saldrían los recursos destinados a montar parte de la maquinaria financiera más extraordinaria e influyente que ha conocido el mundo.

"La idea admitida en Inglaterra de que los intereses locales de los habitantes de las colonias españolas los separaban de su gobierno, era muy antigua, puesto que databa de los de Hawkins, y tenía cierto peso. Empero, no fue sino después de la revolución americana del norte que se la tomó seriamente como fundamento de la política británica. Durante la tensión angloespañola de 1790 con respecto de los derechos de cada nación sobre la costa noroeste del Pacífico, resultó claro para Pitt que las colonias hispanas eran una mina ya "preparada" para estallar y a la cual él sólo debía aplicar una mecha en la forma de armas facilitadas a los revolucionarios. Pitt conferenció con Miranda, oficial español desertor y entusiasta de la revolución, en febrero de 1790 y lo colocó en la lista del servicio británico retribuido hasta que la crisis de Nootka Sound fue resuelta. Desde esta época en adelante los planes para provocar el levantamiento de los dominios españoles de ultramar fueron periódicamente considerados por los dirigentes políticos ingleses, pero mucha sangre y dinero se derrocharon y muchos desatinos se cometieron antes de que la clara y simple línea de Castlereagh y Canning fuera aceptada y se lograra la transición de la política imperialista del siglo dieciocho a la de apoyo liberal en favor de los cambios revolucionarios". No debe asombrar, entonces, que "cuando Carlos III reformó las instituciones del virreinato de Buenos Aires sus intendentes recibieran instrucciones con el fin de acentuar el desarrollo económico, pero todo lo que alcanzaron a hacer fue construir nuevos edificios públicos y ofrecer mejores servicios sociales... El imperio español, que necesitaba más capital que el británico para su evolución, recibía menos. Hay una distinción real y fundamental entre un organismo social dedicado en sus propósitos principales a la acumulación de capital y otro que persigue fines pre-capitalistas, y esta diferencia resultó esencial entre España y Gran Breta-

ña en el momento en que se derrumbaba el imperio español, caída a la que sutilmente ayudó Inglaterra.”

Entre los errores de la diplomacia inglesa en que Ferns se detiene, figuran las invasiones de 1806 y 1807. Mas éste es un desliz muy singular, porque explica de qué manera el invasor encontró la ecuación imperial que venía buscando desde hacía siglos y cómo nosotros perdimos la independencia económica en el instante que se nos aparecía como el de la libertad política. La repetida derrota a mano de los criollos, que motivó el proceso de Popham y la degradación de Whitelocke, no fue obstáculo para que los hábiles políticos ingleses sacasen las conclusiones necesarias que convirtieron el contraste de las armas en una victoria completa de su economía. Ferns admite estos hechos sin dejar de rendir el obligado tributo de admiración a la parte militarmente vencedora que quedaba, a la vez, sometida al yugo invisible del imperio. “Se ha expresado frecuentemente que uno de los supremos defectos del gobierno español de América consistió en la inexperiencia política a que condenaba al pueblo. Si ello es así, por lo menos algunos de los habitantes de Buenos Aires aprendieron sus lecciones políticas teóricas con asombrosa rapidez y demostraron superioridad de talento sobre Popham y Beresford en muy corto espacio de tiempo.”

Pero este homenaje, irónicamente británico, no puede ocultar los hechos. El astuto Castlereagh, al promediar el año 1807, pensaba que el gabinete de su majestad debía buscar “si algún principio de acción más de acuerdo con los sentimientos de los pueblos de Sud América podía ser adoptado, el

cual en tanto no nos envuelva en ningún sistema de medidas que, por motivos de moralidad política, debe ser evitado, sea capaz de librarnos de la desesperada tarea de conquistar estos extensos territorios contra el temperamento de sus habitantes”. Este es el descubrimiento de la ecuación política buscada por Inglaterra a través de fracasos y desazones, que la habilitarían para someter, por medio del comercio y las finanzas, a lejanas regiones del globo, que ninguna fuerza militar podrían mantener aherrojadas.

El pensamiento de Castlereagh resume la experiencia de siglos en la lucha por el afianzamiento del imperio. La conquista mediante las armas es contraproducente porque infiere ofensas gratuitas al sentimiento nacional de los pueblos, y en el Río de la Plata demostró su parcial ineficacia. Además, resulta inútilmente costosa si el país que las promueve tiene otros recursos más seguros y poderosos para imponer su hegemonía. Los políticos ingleses corrigieron la torpeza peculiar de almirantes y generales, con su cambio de estrategia sobre la marcha misma de los acontecimientos. Los intentos de dominación violenta se convirtieron así en una infiltración pacífica, que a partir de esa fecha consiguió dos objetivos definidos: la independencia política nominal americana de la corona española para los nativos y el usufructo del comercio del nuevo mundo como herencia magnífica para la nación que había entrado en la órbita de la gran producción industrial capitalista.

Del cambio de tácticas operado en la dirección de la política inglesa da una significativa muestra el aludido ministro cuando dice que “puede aún

dudarse si la silenciosa e imperceptible operación de nuestro intercambio comercial ilícito con aquella porción del mundo durante la guerra no sería más eficaz y beneficiosa si nos presentásemos sólo como comerciantes, ya que al aproximarnos como enemigos se ha dado un nuevo motivo de reacción al gobierno local, que puede probablemente habilitarlo mucho mejor para reforzar las medidas coercitivas contra nuestro comercio”.

Ferns sostiene, entonces, la tesis de que la Revolución de Mayo fue la consecuencia lejana del antagonismo entre Gran Bretaña y España, y el efecto inmediato de las invasiones inglesas. Sobre este particular se detiene largamente en diversos pasajes de su libro; ilustra su aserto con referencias profusas en cuanto a la gravitación de la escasa pero influyente colectividad inglesa radicada en Buenos Aires desde antes de los acontecimientos militares de 1806 y 1807. Los cambios económicos y políticos que en el mundo se venían produciendo y que precipitaron la crisis institucional del virreinato en 1810, le parecen al autor las verdaderas razones generadoras del pronunciamiento de Mayo. Pero detrás de ese escenario abigarrado hay una mente ordenadora que dirige los hilos y mueve a los personajes que aparentemente siguen los esquemas diseñados por la potencia que en ese instante representa la línea progresista. “Los cambios revolucionarios iniciados por el Triunvirato crearon las condiciones que hicieron posible, eventualmente, una vida más firme y segura para los intereses británicos. Los derechos de importación y exportación fueron reducidos y algunos abolidos.”

Si se juzga la teoría de Ferns por

(Viene de página 12)

Szent-Györgyi, Premio Nóbel, que se defiende de ser un materialista dialéctico, escribe: “Uno de los principios fundamentales de la vida es “la organización”, por la cual entendemos que si dos cosas están asociadas, algo nuevo nace, cuyas cualidades no están simplemente adicionadas y no pueden ser expresadas en función de las cualidades de los constituyentes. Esto es cierto en todos los dominios de la organización, para el conjunto de los electrones y del núcleo que forman los átomos, para la reunión de los átomos que forman las moléculas, para los ácidos animados en el seno de los péptidos, para los péptidos en el seno de las proteínas, para las proteínas y los ácidos nucleicos en el seno de las núcleo-proteínas, etc”...

Este reconocimiento, para un sabio no marxista, de la universalidad de las relaciones dialécticas en la naturaleza, es de gran significación.

Tertio: Lo que usted todavía rechaza es que la naturaleza forma una totalidad. Pero el materialismo dialéctico no lo postula de ningún modo. La dialéctica de la naturaleza no implica ninguna concepción teológica o dogmática de la totalidad. Lo que ella muestra es que existen totalidades, en la naturaleza.

Ocurre lo mismo, por otra parte, en historia. Cuando Marx dice: las relaciones de producción forman un todo, esto de ningún modo implica que la historia

sea una totalidad, sino que hay en ellas *totalidades*, cada una de las cuales constituye un todo pero que pueden estar separadas en el espacio o que pueden sucederse en el tiempo.

Quarto: Lo que usted rechaza, y que todo marxista rechaza con usted, es la idea de un esquema *a priori*, un sistema acabado de leyes dialécticas que se proyectaría sobre la naturaleza.

Decir que hay una dialéctica de la naturaleza, no es pretender conocer por adelantado y *ne varietur* las leyes fundamentales del desarrollo de la naturaleza; es, por el contrario, bajo el impulso irrecusable de los descubrimientos científicos, ver en la lógica aristotélica y en los principios de la mecánica, sólo un caso particular, en el interior de un pensamiento dialéctico mucho más general, que tenga en cuenta los aspectos nuevos de la naturaleza descubiertos por diversas ciencias.

No existe una lista cerrada, acabada, definitiva, de las leyes de la dialéctica. Las leyes actualmente conocidas constituyen un balance provisorio de nuestro saber. Únicamente la práctica social y la experiencia científica nos permiten enriquecerlo.

Y el resultado más positivo de confrontaciones como la de esta tarde, es crear las condiciones que permitan trabajar en común en este enriquecimiento.

las esperanzas, deseos e intereses de la clase burguesa del Río de la Plata, no cabe duda de que los argumentos del autor tienen mucho peso. La Revolución de Mayo es también, en buena parte, un proceso económico empujado desde afuera. Los individuos que se habían enriquecido en el comercio ilegal realizado particularmente por medio de los barcos de bandera inglesa, veían con necesaria simpatía una íntima unidad con la nación que les ayudaba a movilizar la riquezas yacentes en la pampa. Las relaciones comerciales, azarosamente anudadas desde comienzos del siglo XVIII a espaldas del gobierno colonial español —el cual, por lo demás, se mostró siempre ajeno a las exigencias de los nativos— debía producir afinidades ideológicas por cierto. Los conceptos de libertad de comercio, progreso técnico, promoción de la riqueza mediante inversiones de capital, hallaron en el litoral fluvial argentino resonancia inmediata y encontraron adeptos entusiastas. Las teorías políticas que los ingleses ponían en circulación por medio de Castlereagh y Canning estaban llamadas a ejercer mayor impacto que toda la literatura filosófica de la enciclopedia entre los estancieros y comerciantes de Buenos Aires. Y en el terreno práctico eran estos hombres los que podían decidir la orientación concreta de cualquier cambio de gobierno. Aconteció, entonces, lo que estaba preparado por el momento histórico. La revolución industrial inglesa hizo sentir su presión en todas las rincones de la tierra y liquidó las formas anquilosadas de producción e intercambio. Las ideas democráticas de gobierno que acompañaban como señuelo a la infiltración económica, no poseían otro valor que el que la propaganda comercial añade a sus productos. Las clases dirigentes que asumieron la dirección del país lo hicieron con la convicción íntima de que así echaban las bases de su fortuna personal y cimentaban los fundamentos de la burguesía cuyos intereses deberían reflejarse en la nación misma organizada según la concepción individualista de la sociedad. Esto era lógico y razonable en aquel instante, aunque no fuera justo. Esta es la consecuencia que se extrae del lúcido trabajo de Ferns. Por supuesto, él no pretende decir que todos estuvieran de acuerdo con los resultados que se mencionan o que no existieran núcleos minoritarios que con razones muy valederas pensarán que la independencia americana debía conducir a un destino diferente que el de depender, según la marea de la historia, de un imperialismo agonizante o de otro en ascenso. En la vida de los pueblos los hechos sucedidos tienen una explicación, y la que ofrece Ferns, descendiente del mejor empirismo inglés, presenta grandes méritos y dejaría muchas enseñanzas si todos pudieran meditarla serenamente.

Los años transcurridos desde las aventuras militares de principio de siglo hasta 1824, fueron de intensa actividad para la diplomacia inglesa. Los asuntos del Río de la Plata, que

hasta entonces habían sido problemas de comerciantes más o menos clandestinos, se convirtieron en cuestiones de primer plano para el gabinete de Londres. Es bien conocida la acción desplegada desde Río de Janeiro por lord Strangford. Sus relaciones epistolares con la Primera Junta, según las ha revelado Enrique Ruiz Guinazú en su biografía sobre el célebre diplomático, vienen también en ayuda de la tesis de Ferns.

Más no sólo el bando liberal ayudó a socavar el poder peninsular en América. Representantes del clero, los jesuitas en particular, después de su expulsión de las Misiones, parece que se anticiparon en esa tarea. Habrían sido, en efecto, los antecesores de quienes posteriormente aceptaron sueldos de la corona inglesa para colaborar en su lucha contra España. Guillermo Furlong, que niega la influencia de las ideas francesas en los sucesos iniciales del Río de la Plata, concuerda, en parte, con el autor que nos ocupa cuando dice en su libro *La Revolución de Mayo*, página 79: "Bastaría para hacer cautos a los incautos, que así han considerado nuestra emancipación, el hecho de que, ocho años antes de producirse la revolución francesa, entre mayo de 1781 y agosto de 1785, un sacerdote, que era a la vez jesuita, el argentino padre Juan José Godoy, habiéndose trasladado desde los Estados Pontificios a Londres, procuraba convencer a los políticos de la corte de Saint James para que el gobierno británico promoviera o, a lo menos, respaldara y apoyara el levantamiento y la independencia de las provincias ultramarinas hispanas, y de 1780, nueve años antes de la dicha revolución de 1789 es la primera redacción de la *Carta a los americanos españoles*, escrita por otro jesuita, el padre Juan Pablo Vizcaro, carta que fue la primera clarinada que sonó en la América hispana, y de la que tanto se valió a partir de 1790 don Francisco de Miranda".

El artífice de las relaciones anglo-argentinas, el que completó la ecuación buscada desde los tiempos más remotos, fue, sin duda, lord Canning, quien interpretó y dio forma definitiva a la visión difusa de Castlereagh. La obra maestra de este político es el tratado de 1825, negociado por intermedio de Woodbine Parish, Rivadavia y García finalmente. "La diplomacia de Canning —dice Ferns— expresada en el tratado angloargentino de amistad, comercio y navegación fue simple, madura y, en muchos aspectos, el primero y mejor ejemplo del nuevo liberalismo en economía y política. Representaba el esfuerzo para crear una relación de mercado libre entre una comunidad industrial y otra productora de materias primas. En este convenio el papel del Estado se reducía a garantizar el funcionamiento del mecanismo de un mercado automático. Los únicos vestigios del viejo mercantilismo en el tratado eran las estipulaciones en contra de su renacimiento. En ninguna de las dos comunidades resultaban enteramente aceptables los

supuestos del *laissez-faire* contenidos en el tratado, pero en ambas las clases de individuos que veían en el mercado libre la mejor garantía de sus posibilidades e intereses se hallaban en ascenso. Este era más bien el caso de Gran Bretaña que de la Argentina. En Inglaterra el viejo mercantilismo estaba siendo rápidamente dismantelado y el convenio debe ser considerado como un incidente en el proceso general. En la Argentina la primacía de los intereses de la exportación —los hacendados que producían artículos para el mercado internacional— existía sólo en la provincia de Buenos Aires, más el equilibrio de fuerzas, tanto de las internas como de las internacionales, era favorable al tratado. En verdad, la Argentina creció dentro del convenio y éste se convirtió en el fundamento legal del intercambio anglo-argentino, hasta el retorno al mercantilismo en la década de 1930, que tuvo sus comienzos, en tanto a la Argentina y Gran Bretaña respecta, en el acuerdo Roca-Runciman, de 1933".

No hemos de entrar a considerar el tratado en sí, cosa que, como es lógico, no hace el autor del libro que aquí nos ocupa; por lo menos no lo examina desde el punto de vista de las consecuencias económicas que tuvo para nosotros. En cambio, Ferns nos ofrece algunos detalles que rodearon su gestación diplomática entre Parish, Rivadavia y García. Creemos necesario traducir literalmente esta parte del trabajo porque ella ilumina un episodio importante del pasado argentino, sobre el que los historiadores oficiales callan unánimemente.

Se refiere Ferns al esfuerzo que todo diplomático debe realizar en casos excepcionales, como los que le tocaba al representante inglés, para obtener informaciones precisas sobre la estabilidad del gobierno con el que ha de tratar y el alcance y las miras de los funcionarios que lo componen. "En el caso de Rivadavia —expresa— esta tarea demandaba gran agudeza de percepción, pues éste era a la vez el creador imaginativo y original de una política que reunía las medidas prácticas para realizar ideales revolucionarios y una individualidad astuta, vanidosa e interesantemente ambiciosa, siempre inclinada a perfeccionar la maquinaria política personal". Tan pronto como hubo recibido a Parish ya se preocupaba del nombramiento de alguien que representase a su gobierno en Londres. Formuló la extraña pero no inexplicable elección de un súbdito británico, que era socio de la firma bancaria y mercantil londinense Hullett Brothers and Company. Esto molestó a Canning.

"Yo no puedo admitir congruentemente con mi deber público —escribe el ministro— o con el sentido del decoro a un caballero inglés de la profesión mercantil dentro de las relaciones diplomáticas como agente de un estado extranjero. No tengo ningún motivo para dudar de la probidad de Mr. Hullett; pero por su propio bien así como por el crédito del gobierno en general yo debo cuidar que en las

fluctuaciones de los valores sudamericanos, que se producen cada vez que llega información del Río de la Plata, no se provoque ninguna sospecha de que una casa comercial tiene ventajas sobre el resto a través del carácter oficial de sus socios."

"Canning insistió en que fuera designado un nativo de Buenos Aires. Su acierto puede ser juzgado por los hechos subsiguientemente revelados, según los cuales Hullett Brothers and Company fueron los promotores de diversas compañías mineras, cuyas acciones se ofrecieron al público, y resultaron también los rivales de Baring Brothers en un incidente de vastas proporciones aunque de carácter obscuro, sobre el cual existen algunas alusiones en los archivos del Foreign Office.

"Rivadavia se empeñó muy pronto, asimismo, en un esfuerzo por atraer al gobierno inglés dentro de las rencillas de la política argentina. La figura más importante en el movimiento revolucionario de la época era, desde luego, el general José de San Martín. Éste se hallaba fuera de sus funciones y sin ocupación. Rivadavia se hizo pasar ante Parish como el amigo íntimo de San Martín, a quien el corazón y el pensamiento del Libertador le habían sido revelados. Su "llegada a Inglaterra" dijo Rivadavia a Parish, "y su supuesta intención de ponerse en comunicación, si es posible, con el gobierno de su majestad podría, en este momento, ser causa de algunas dificultades". Rivadavia advirtió luego a Parish que San Martín era un monárquico, cuya ambición consistía en implantar una dinastía europea en América. El general no iba a Europa a dirigir la educación de su hija, según él públicamente afirmaba, sino a activar la causa de algún príncipe del viejo mundo. Rivadavia, sin embargo, había salvado la situación para Inglaterra."

Parish resultó un diplomático hábil, que supo comprometer los servicios de mucha gente del mundo oficial, aunque según observa Ferns, "no prestó mayor cuidado a los habitantes oscuros y modestos, pues ellos también representaban un factor en la situación."

Las tratativas del convenio fueron laboriosas, pero evidenciaron claramente los sentimientos anglófilos de la clase dirigente. Parish recompensó la intervención del gobernador, de Rivadavia y del ministro de Guerra con artísticas cajitas de rapé, entregadas en nombre de su majestad británica. Tan grande se consideró el honor de este obsequio que el representante inglés debió pedir a Londres tres más, iguales a las anteriores, con destino a quienes habían quedado molestos por el olvido; entre ellos resultó favorecido Manuel García, subsecretario de Relaciones Exteriores que intervino en la fase final del tratado. "Para las figuras menores Parish ordenó algunas buenas imágenes de su majestad con hermoso marco..., entregadas a "aquellas personas que me proveen información y están siempre dispuestas a prestarme servicios".

Una de las cuestiones que más preocuparon a García durante la sustanciación del tratado fue la de la reciprocidad de derechos. "Desde el punto de vista argentino —subraya con intención Ferns— la reciprocidad era de importancia política y emocional; en la práctica significaba bien poco, dado el carácter de la sociedad, la opinión y la ley en Gran Bretaña. Cuando García puso sobre el tapete este problema Parish instantáneamente estuvo de acuerdo en que todas las seguridades serían recíprocas". Este reconocimiento era la mejor forma de negar en la práctica lo que se acordaba en la teoría. Entre un país que había llegado a tan alto desarrollo industrial y financiero y otro que iniciaba su vida en medio de las mayores penurias las concesiones estipuladas, tales como las que otorgaban a los argentinos en Gran Bretaña iguales derechos que los que se brindaban a los ingleses en la Argentina, parecían bromas de mal gusto.

Según los datos que contiene la obra que estudiamos, en el año 1824 las exportaciones de origen inglés que entraban en el Río de la Plata excedían del millón de libras esterlinas, las que por supuesto venían en barcos de la misma nacionalidad. Inversores londinenses poseían bonos de Buenos Aires por un millón de libras y diversas compañías mineras y de inmigración se organizaban para entrar en funciones. No hay datos precisos sobre la manera en que pagaban los productos manufacturados y los servicios de esas deudas, pero todo indica que inmensas cantidades de materia prima y metálico debieron también salir del Río de la Plata con rumbo al Támesis. Este período de euforia económica, creado por el tratado de 1825, según Ferns, no mantuvo su nivel y a partir de entonces los negocios británicos sufrieron algunos tropiezos que los mantuvieron estacionarios hasta la caída de Rosas. Uno de estos fracasos está vinculado con la explotación de las minas de Famatina. También Rivadavia resultó actor principal de este episodio. Hullett and Company —agentes comerciales de Rivadavia— organizaron en Londres la Río de la Plata Mining Company para explotar aquellos yacimientos. Pero, al mismo tiempo, un grupo de políticos y terratenientes consiguió la concesión del gobierno de La Rioja con igual propósito, la que vendieron a una empresa inglesa formada por los hermanos Robertson, titulada Famatina Mining Company. Rivadavia había urgido a Hullett and Company la formación de la compañía asegurando enfáticamente que las Provincias Unidas poseían ricos depósitos de oro y plata. "Rivadavia —asegura Ferns— parece haber sido mejor político que geólogo, pues las celebradas minas de Famatina no respondieron a la descripción que él había enviado a sus agentes. Aún como político no salió muy bien parado de este incidente, ya que, en segundo lugar, las propiedades que ambas compañías se proponían trabajar eran

idénticas. Rivadavia y el gobierno de Buenos Aires habían otorgado a la Río de la Plata Company la propiedad que el gobierno y la Junta de la provincia de La Rioja habían concedido simultáneamente a la Famatina Company".

De esta época data también el préstamo de Baring Brothers, contratado por Rivadavia, en condiciones tan gravosas para el país y con las consecuencias conocidas y estudiadas por especialistas argentinos, entre los que debemos recordar a Raúl Scalabrini Ortiz.

Ferns da, asimismo, su versión sobre este asunto y examina lo que llama "el fracaso del préstamo de 1824", puesto que los acreedores ingleses tuvieron que esperar muchos años para resarcirse con creces del capital invertido. De cualquier manera tan complicado problema le sirve al autor para introducir una serie de observaciones adecuadas para orientarse en los entresijos de las finanzas oficiales y las relaciones pecaminosas que ellas han mantenido con los intereses privados.

La guerra del Brasil, las disensiones civiles y el entronizamiento de la dictadura de Rosas son, por otra parte, hechos de los cuales el libro se ocupa largamente. El bloqueo anglo-francés es tema de estudio detenido y la figura del gobernador de Buenos Aires alcanza especial relieve en un drama provocado por razones económicas e intrigas políticas de todo tipo. "Durante la dictadura del general Rosas —sostiene Ferns— cierta clase de progreso fue alcanzado sobre el cual pudieron construir las generaciones posteriores. La paz se preservó por un largo período dentro de la extensa provincia de Buenos Aires. La frontera fue empujada hacia el sur y el norte. Los disturbios sociales quedaron eliminados. La independencia nacional se vio afianzada. Se aseguró la propiedad para todos aquellos que obedecían a las autoridades públicas. El convenio sobre los derechos de los extranjeros fue respetado rigurosamente. El desarrollo de la crianza comercial de vinos añadió variedad y fortaleza a la economía. Hay pruebas de acumulación de riqueza en manos privadas de nativos y extranjeros."

Un largo capítulo es dedicado a lo que el autor llama "El comienzo de la inversión de capital inglés". El año en que el general Mitre asume el cargo de presidente de la República significa el punto equidistante en la historia de las relaciones angloargentinas. "Por coincidencia es también el punto decisivo de la historia. Su carácter cambia en esta etapa. Los diplomáticos, generales, almirantes y enviados extraordinarios cesan de figurar tan prominentemente en el curso de los hechos. Las personalidades se tornan menos importantes y los procesos sociales ocupan nuestra atención en medida creciente." Es la época de la guerra del Paraguay y de la inversión ferroviaria con su secuela de negociados en tierras, concesiones fraudulentas, garantía de dividendos a las compañías que simulaban capitales inexis-

(Sigue en página 31)

CUBA Y LA COEXISTENCIA PACIFICA

FORTLEE, Virginia (UP). — Delesseps Morrison, embajador en la Organización de los Estados Americanos (OEA), dijo que entiende que la promesa de los Estados Unidos de no invadir Cuba no significa que jamás se intentaría esta acción. Opinó que sólo se refiere a la amenaza específica que le dio razón de ser. Morrison señaló que la promesa está condicionada a la retirada de los cohetes y bombarderos soviéticos de la isla antillana y a la inspección sobre el terreno para asegurar que se han cumplido los requisitos acordados allí. Pero indicó que el hecho de que al cumplirse esto se prometa no invadir Cuba no elimina, a su juicio, la posibilidad de que se tomará esta decisión en otra oportunidad.
(“La Razón”, 7/XII/62)

LOS voceros del imperialismo yanqui no cesan de manifestar que la promesa de no invadir a Cuba, no implica que ha cesado la lucha contra Castro. La cita que sirve de acápite a la presente nota es, por cierto, bastante ilustrativa al respecto, lo mismo que las manifestaciones de políticos y comentaristas políticos yanquis, demuestran que en la primera oportunidad propicia el imperialismo volverá a poner a la orden del día la invasión de la isla.

Esta actitud encaja perfectamente en la naturaleza del imperialismo capitalista, que se basa en la explotación del hombre por el hombre y de los países coloniales y semi-coloniales por los países imperialistas, que lo obliga a mantener un fabuloso aparato opresivo militar destinado a someter por la fuerza todo intento de independencia de las clases explotadas de todo el mundo. En ese plano imperialismo y guerra son sinónimos, y así lo demuestra la historia universal. Invasiones y sometimiento por vía militar de los pueblos de Asia y Africa a principios de siglo, dos guerras mundiales, lo atestiguan fehacientemente.

El caso cubano es claro en ese sentido. Cuando la presión diplomática y económica no rinden su frutos se apela al expediente de la guerra. La independencia de Cuba y la posibilidad de la extensión de la experiencia cubana al resto del continente no es más tolerada por los intereses monopolistas yanquis y entonces se preparan para actuar una vez más “manu militari” en América Latina, esta vez con el pretexto de que Cuba poseía “armas agresivas”.

La actitud de la URSS

LA URSS actuó en “salvaguarda de la Paz”, aplicando su política de “coexistencia pacífica”. Su retroceso fue escondido tras la cortina de humo de que es preferible sacar al mundo de la perspectiva de una guerra termonuclear, y que si bien Castro queda con menos armas para su defensa está la promesa de Kennedy de “no invadir a Cuba”. Ya hemos visto más arriba los alcances de esta promesa. Y además, el imperialismo no retiró ni las bases de operaciones de los cipayos cubanos, ni la base de Guantánamo, es decir, que a cambio de una vaga promesa, los rusos aceptaron retirar las bases y proyectiles nucleares, los aviones IL28, y en momentos de escribir estas líneas los yanquis exigen el retiro de los efectivos rusos en la isla, y no sabemos que exigirán una vez que éstos efectivos hayan sido retirados. Entonces hay que llamar a las cosas por su nombre, y al retroceso, retroceso.

¿Es posible la coexistencia pacífica? Entendemos que no. Aunque tengamos deseos de “coexistir pacíficamente”, esta es una cuestión de hecho, y la observación de la realidad

nos demuestra que la coexistencia pacífica no existe, ni es posible ni probable. La humanidad se encuentra en guerra permanente desde 1932 —guerra del Chaco, de España y guerra chinojaponesa, luego la guerra mundial, las de Indochina, Israel, Corea, Argelia— y con intermitencias desde principios de siglo, y en la actualidad, terminada la guerra de Argelia, continúan las actividades de los guerrilleros en Angola, y en algunos lugares de Latinoamérica que llevan el germen de nuevas guerra de liberación contra el imperialismo.

Puede admitirse la posibilidad de coexistencia pacífica entre la URSS y los EE.UU., pero no entre los pueblos coloniales, las masas explotadas y sus opresores y verdugos imperialistas, y la situación de Cuba, entra dentro de este esquema. La política de la coexistencia pacífica es una política reaccionaria en la medida que hace forjar falsas ilusiones a los pueblos en el sentido de que se pueden evitar guerras, así lo demuestra el pacto germanosoviético que no evitó que Hitler invadiera la URSS. La política de la coexistencia pacífica es el equivalente de la paz social en el plano interno, el abandono de la política de la lucha de clases en el plano internacional, que se conjuga perfectamente con la tesis de Khrushchev de que los pueblos se pueden liberar por medio del parlamentarismo y a través de la formación de frentes populares con la burguesía liberal. Esa doctrina es perfectamente consecuente, pero falsa. El parlamentarismo burgués ha muerto, y con el cretinismo y las ilusiones parlamentarias de nuestros reformistas vernáculos que no han logrado arrastrar a las masas detrás de esos espejismos.

Esta no es una posición ultraizquierdista infantil. No negamos que en muchos casos es necesario negociar, como negocian los sindicatos sus convenios, por ejemplo, o la solución de distintos problemas, pero una cosa es negociar por razones de orden táctico, y otra cosa es erigir a la negociación de táctica en estrategia política, que otra cosa no es la coexistencia pacífica. Porque si los yanquis no son los dueños de la Argentina y los grandes monopolios los propietarios de sus principales medios de producción de cambio, hablar de paz social o coexistencia pacífica con nuestros explotadores, o creer que los podremos echar por vía parlamentaria, votando leyes, es admitir como irreversible su derecho de propiedad. Pero ellos no lo entienden así, y por eso existe el fabuloso aparato represivo-legal que defiende sus intereses, llámase NATO, SEATO u OEA, y para nosotros admitir la coexistencia pacífica (o paz social) supone someternos dócilmente a la opresión, quedándonos solamente el derecho a “presionar” de vez en cuando para obtener alguna que otra migaja.

UNO de los dirigentes comunistas italianos defendiendo la posición de Krushev en contra de la posición china comparó a la reciente actitud rusa con la paz de Brest-Litovsk celebrada con Alemania en 1918 por el gobierno revolucionario soviético. Naturalmente la situación no es la misma, y la comparación es falsa. En aquella oportunidad los rusos celebraron una paz perjudicial y desventajosa con los imperios centrales destinada a obtener la paz por separado, pero la actitud de ambos gobernantes —Lenin y Krushev— es a todas luces distinta. En primer lugar los dirigentes rusos no le dijeron a los pueblos del mundo y de la URSS que esa paz era un fabuloso triunfo del socialismo y de las fuerzas de la paz, bien por el contrario, señalaron que lo hacían forzados por las circunstancias acompañando esa manifestación con reiterados y continuos llamados a todos los pueblos del mundo a rebelarse contra sus opresores, tratando de destruir toda ilusión parlamentaria y de “coexistencia pacífica”. En cambio, Krushev trata de hacer creer a los trabajadores que el presidente Kennedy, y a través de él, el imperialismo yanqui es capaz de cumplir sus promesas de no invadir Cuba y de respetar su soberanía, y que su reciente actitud ante la agresión yanqui es una actitud positiva de defensa de la “paz”, (planteando un falso dilema de “paz o guerra”) y un triunfo del socialismo.

Lo cual es falso. Ha sido un retroceso no sólo de la URSS en cuanto a prestigio, sino para Cuba que se ve así despojada de sus armas y también de todos los trabajadores de América Latina que en la medida que se fortifica el imperialismo yanqui en el continente debilitan sus posiciones.

Los epígonos de Krushev en el país llegan al extremo de ingenuidad de creer que entre Kennedy y el Pentágono hay grandes diferencias en cuanto al fondo de la política imperialista. Veamos: “La verdad es que Kennedy sigue sometido a vigorosas presiones de quienes están descontentos por la solución pacífica del conflicto caribeño. Entre ellos grupos de generales y almirantes del Pentágono y una cantidad de Senadores y miembros de la Cámara de Representantes, opuestos a que se den garantías a Cuba (unos y otros están vinculados a las grandes empresas de armamentos). Pero para resistir esa presión, el presidente norteamericano puede apoyarse en la opinión pública que, según una encuesta de la revista “Newsweek”, el 90 % de los ciudadanos consultados se mostró opuesto a acciones agresivas contra Cuba...” (“CONVIVIR, Buenos Aires, XI/62). Ya lo vemos a Kennedy apoyado en la “opinión pública” luchando contra los grandes monopolios en favor de la revolución cubana, tal ingenuidad puede ser sólo fruto del reformismo liberaloide de nuestros comunistas que, en 1945 creían que en la Unión Industrial Argentina, la banca Bemberg, etc., y todos los sectores empresarios que respaldaron a la Unión Democrática eran... “Los sectores progresistas de la industria, del comercio, de la agricultura, de la ganadería y de la finanza” (Victorio Codovilla, “Batir el Naziperonismo”, Buenos Aires, 1946, Ed. Anteo, pág. 77). En ese mismo libro, Codovilla nos habla de los sectores **progresistas** del conservadorismo (pág. 78), que viene a ser más o menos lo mismo que Kennedy luchando contra el Pentágono.

No hacerse ilusiones es la base primera del realismo político, y no hacérselas forjar a las masas es la base de una política revolucionaria. Desde ya debemos saber que Kennedy no cumplirá su promesa si no es forzado por las circunstancias, y así lo debemos decir, y que todo acuerdo basado en una promesa no tiene gran valor, y que no podemos confiar en la palabra del imperialismo porque el imperialismo siempre agredió a los pueblos débiles, y que la única garantía es la destrucción, su expulsión de los países coloniales y semicoloniales, la ruptura de los pactos agresivos como son la carta de Río, el pacto de la OEA, etc., que no son sino cadenas que atan a los pueblos al carro de guerra imperialista destinado fundamentalmente, sólo a la guerra de bloque, sino a sofocar los intentos de independencia de los países sometidos, transformando a las FF.AA. de cada país en fuerzas policiales de represión interna y externa, dejando la “defensa nacional” para tiempos mejores.

Nuestra experiencia reciente nos muestra a FF.AA. corriendo en socorro del amo yanqui, en defensa de los intereses monopolistas desplazados de Cuba, convirtiéndose así en verdugos —o auxiliares de verdugos— del pueblo cubano, mientras el imperialismo toma posesión de nuestro país, y reciben lecciones de los nazis franceses asesinos del pueblo argelino, para la lucha antiguerrilla. Si la guerrilla es la lucha característica de la defensa popular del territorio contra el invasor extranjero, ya vemos claramente cual es el triste destino que espera a nuestras FF.AA.

No hay diferencias de fondo entre la política yanqui en Cuba y en América Latina, y la de Hitler en Europa Oriental, la de Francia, en Argelia, la de Inglaterra en Egipto, es una misma política de expansión, de pillaje y de explotación; si el imperialismo ha ido retrocediendo en el correr de este siglo es porque las masas populares lo han obligado, dondequiera que hicieron su revolución nacional (y social). No descartamos la posibilidad, y/o necesidad en determinadas circunstancias de celebrar pactos con el imperialismo destinados a evitar mayores sufrimientos a la humanidad, pero señalamos que el dilema no es paz o guerra, como los opuestos del dilema no son tampoco URSS-USA, sino que estamos en el dilema de hierro de Revolución o Barbarie, Liberación o Esclavitud, siendo sus polos opuestos el imperialismo y las masas de todo el mundo (donde la URSS y USA son simples personajes), y que la defensa del derecho del pueblo cubano a decidir su destino sólo podrá ser garantizada por una América Latina libre de sus opresores, y por una humanidad donde las aves de rapina desaparezcan.

Cuba, hoy amenazada, como Guatemala ayer, o la Argentina en 1955, fueron privadas por el imperialismo de su derecho a disponer de su destino, solo podrá hacerlo a condición de la derrota imperialista en el continente, sin atenuantes, la mejor defensa de Cuba no la harán los que quieran negociar a espaldas de los pueblos (intento de cambiar Turquía por Cuba) sino la revolución triunfante en el continente.

7 de Diciembre de 1962.

¡APARECIO!

CARLOS ASTRADA

LA DOBLE FAZ DE LA DIALECTICA

Libro esclarecedor del aspecto más de batido de la dialéctica materialista. Al desentrañar errores y tergiversaciones de Jaspers, Sartre y Merlau-Ponty, realiza una exacta ubicación histórico-científica de los problemas fundamentales de la filosofía marxista.

Librería PLATERO S. R. L.
Talcahuano 468 - T. E. 40 - 2012
Buenos Aires - ARGENTINA

ESPARTACO EN CUBA

(Dos capítulos de un próximo libro)

FIDEL CASTRO Y LOS COMUNISTAS

No puede pasarse por alto el hecho de que el grupo político que planeó y ejecutó magistralmente la Revolución Cubana (confiando inmensamente más en la capacidad revolucionaria de las masas que en cualquier esquema doctrinario u aparato dirigente) fue un grupo de intelectuales pequeñoburgueses y no el Partido Comunista de Cuba.

El hecho no es puramente casual, sin duda. No son pocos los que han buscado averiguar sus causas, y entre los últimos y de mayor autoridad está el autor de *Escuchen, yanquis*, uno de los tantos hijos de la patria de Lincoln que simpatizaron desde el primer momento con la Revolución Cubana. Wright Mills fue algo más que un meritorio profesor de la Universidad de Columbia. Vino a Cuba, vio lo que allí pasaba, buscó el cómo y el por qué y dio su testimonio sin importarle en absoluto el ser tenido en su patria por traidor o comunista. Señaló las barrabasadas bufotrágicas de Wall Street contra los pueblos y contra la historia. A la vez su limpia conciencia revolucionaria y su visión dialéctico-materialista de la historia le llevaron a señalar la rigidez añosa de los partidos comunistas del mundo y la disminución o pérdida de su idiosincracia revolucionaria. Y que su táctica preferida —la de los frentes populares— no significó casi nunca o nunca un frente de lucha de clases, constituido bajo la hegemonía de la clase obrera, sino un frente electoralista timoneado por la burguesía liberal.

Nosotros creemos que los partidos comunistas (formados en conjunto por millones de partidarios en su inmensa mayoría hombres y mujeres magníficos de fe y denuedo, dispuestos a cualquier tarea o sacrificio) deben obligarse a un cambio de actitud interior y exterior aviniéndose por lo pronto a escuchar cualquier crítica desfavorable, siempre que venga en nombre de la revolución.

A propósito, no debe dejarse en el tintero el caso Escalante, de Cuba.

Se trata, en dos palabras, de que Escalante, veterano militante comunista cubano, puesto en el cargo de Secretario General de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas) estuvo desempeñándose, no como un espejo de esfuerzo y fervor revolucionarios, sino como un modelo de fervor burocrático. Escalante, como tantos otros, no sólo llegó a creer que el partido era más importante que el pueblo, sino que él y los codirigentes eran más importantes que el partido. Su extravío llegó al extremo de intentar —en nombre de la secretaría del partido— gobernar al gobierno.

Fidel Castro se portó como el puro revolucionario moderno que es. No puso a Escalante en el *Index* político, sindicándolo como traidor y vendido al oro de Wáshington y al mormonismo político de Kennedy, no; al contrario, que ese hombre había militado veinte años en un partido víctima de todas las persecuciones y vejámenes, pero cumplió con lo suyo poniéndole

en la picota aquel pecado irredimible contra la lucha redentora de un pueblo.

La verdad revolucionaria no es un acertijo de una esfinge con senos de nodriza y garras de león, y basta eludir las telarañas para descubrirla en su profunda transparencia, según lo señala Fidel Castro: "La clase obrera es la que produce cuanta riqueza material existe en un país y mientras permita que el poder esté en manos de los patrones que la explotan... de los especuladores... de los terratenientes... de los monopolios... mientras las armas estén en manos y al servicio de esos intereses y no en sus propias manos, la clase obrera estará ligada a una existencia miserable por muchas que sean las migajas que les lancen esos desde la mesa del festín".

Cuando los jefes miran así desnudamente las cosas sin lagañas idealistas o conformistas, los legionarios de la labor y el sudor también las ven de inmediato. Esto, en nuestra América, se dio por primera vez en tierra de Martí. Por eso la cubana es la revolución de más calado de nuestro continente, hasta hoy. Por eso Fidel y el Che —sin olvidar a las demás barbas apostólicas de Sierra Maestra— están en la línea de los que usaron de almenas las cuestas de los Andes para tirar contra España. ¿Que la sierra es menos alta que la cordillera? Sí, pero el ogro que hoy pisotea nuestra América es bastante más colmilludo y barrigudo que el de antaño.

DE MONROE A KENNEDY

POCOS espectáculos más bellos y aleccionadores a la vez que el de la conducta del Gobierno de los Estados Unidos con Latino América desde los tiempos de la doctrina Monroe hasta la doctrina Pentágono de hoy. Lo mejor del espectáculo es que ha variado constantemente de forma conservándose siempre el mismo, como un río cada vez más caudaloso y desbordante.

El presidente Monroe concretó en una fórmula redonda y concisa como una medalla o una moneda, la doctrina que lleva su nombre: **América para los americanos**. Todo eso frente a los ensueños retrospectivos de los buitres y buhos de la Santa Alianza.

¿Pero cuál fué su verdadero sentido y alcance? Empezó a sospechárselo cuando en su guerra contra su vecino del Sur se quedó casi con la mitad del territorio mejicano. Recordemos que los autores del atraco filibustero contra Méjico, fueron los Estados esclavistas del Sur para mantener, contra los Estados abolicionistas del Norte, la hegemonía en la conducción del gobierno de la República, ampliando en nombre de la Biblia, la cristianísima institución.

No faltaron en la ocasión —no faltarán nunca— quienes denunciaron la infamia a la faz del mundo presente o para que constare en el futuro. Fue el primero el diputado Lincoln en un discurso del que Sarmiento decía que su texto debía ser dado a todos los estudiantes como materia de premio de lectura. La denuncia del diputado Mann, el apóstol de la educación plebeya, el Pestalozzi yanqui, fue más dura todavía. Esa protesta fue, pues, consignada por dos de las conciencias más lúcidas que tuvo Norteamérica entonces y en cualquier tiempo. Y el más alto vigía latinoamericano de la época confirmó la ultrajante denuncia: "La esclavitud —escribió Sarmiento en 1865— buscó espacio para extenderse hacia el Sur...".

Lincoln y Mann y Sarmiento creyeron —y así lo consignaron— que aquel espíritu de conquista y pillaje era una recidiva de las edades bárbaras, un último espasmo de la arcaica brutalidad esclavizadora. He aquí una de las tantas ruedas de molino con que comulgó la ingenuidad liberal. En efecto, pasarían apenas décadas y los Estados industriales modernos del Norte, la libérrima democracia abolicionista extendería su zarpa acogotadora, no ya sobre parte de Méjico, sino sobre toda la América latina.

Cosa increíble é vera. Sí, porque en América, como en Europa, estaba sucediendo lo que contra el pensamiento oficial de la burguesía, el pensamiento revolucionario había presentado ya a mediados del siglo pasado: que debido a la ley de la mecánica social moderna llamada concentración del capital, la burguesía (cada vez más rica y en posesión de todos los resortes del proceso técnico) debía ensayar un tipo de dictadura extractiva junto al cual todo lo conocido en el género hasta entonces resultaría agua de borraja.

En eso estamos, y en crescendo, desde hace más de un siglo.

Veamos a vuelo de pájaro, algunas de las modalidades expansivas del capital yanqui: Para las colonias inglesas de la América del Norte, que conocían desde el primer día la práctica del autogobierno su emancipación de la metrópoli significó un fenómeno de crecimiento normal. Era el aguilucho que renunciaba a la tutela de los padres porque habiendo entrado en el pleno dominio de sus fuerzas aquella tutela le resultaba no sólo innecesaria sino estorbante.

Para la América hispana, gobernada desde mil quinientas leguas de distancia como un reformatorio de menores, la emancipación súbita significó un fenómeno semejante al que acarrea la llegada de la primavera a las cumbres heladas: la avalancha y el torrente...

Con ello (es decir, la convulsión incesante en que se expresa la incapacidad de gobernarse a sí mismo) estaba incubándose el huevo reaccionario, o sea, el regreso a los gobiernos providenciales. Los dirigentes revolucionarios —hacendados, comerciantes, militares y curas— con rarísima excepción, eran políticamente tan analfabetos como los pueblos.

Eso era España. ¿Qué podíamos ser nosotros? Los proyectos y planes de los pocos empresarios del avance progresivo, no hallando asidero en la realidad, cayeron en el vacío. Hasta el día de hoy los pueblos latinoamericanos estaban destinados a ser sometidos rebañegamente a pequeñas minorías oligárquicas o a concesionarios unipersonales de la suma del poder.

La causa realmente popular encuentra siempre la más apostólica oposición en la minoría poseyente y dirigente. ¿Qué mucho? En

la defensa de sus intereses, esas oligarquías, colocan en segundo plano la independencia de su propia patria.

El Papa Pío VII había condenado expresamente en su tiempo la insurgencia emancipadora de los pueblos hispanoamericanos como un crimen de lesa majestad contra su amo legítimo el rey de España. Pese a ello, al otro día del triunfo, los gobiernos de esos pueblos se apresuraron a entenderse con el papado excomulgante.

No nos extraña que en Méjico (después de haber dejado mutilar por los Estados Unidos la mejor parte de su territorio en un despojo sin cotejo en Europa) su clase privilegiada, con tal de asegurar sus intereses, inténtase vender la propia independencia de su patria a otro amo extranjero.

El país estaba empobrecido y la usura de los prestamistas lo empobrecía más. El único rico de verdad era el clero y si no se lo expropiaba, la república se perdía. Ante la amenaza de los curas y de todos los reaccionarios que se unieron en sagrada alianza, prefirieron negociar la independencia de su país a un príncipe extranjero. Sin ellos ni las tropas de Napoleón III ni Maximiliano hubieran venido a Méjico. Por eso, después de la victoria, para satisfacer la vindicta pública, Juárez, junto con Maximiliano, debió fusilar a los generales mejicanos Miramon y Mejía.

La sed de oro yanqui no se aplacó con el oro de California. Además necesitábase transportar hacia el centro nordoriental de la independencia naciente el oro y el cobre y los frutos del lejano sudoeste. El istmo de Panamá estorbaba como una paja en el ojo. Se buscó eliminar ese estorbo. Primero se probó a través de la pequeña Nicaragua. Financiado por el banquero Vanderbilt, y bien visto por otros magnates del dólar, un aventurero yanqui penetró en Nicaragua en 1855 y mediante las dos armas coincidentes e infalibles que se usarían después (el soborno con los invertebrados y la violencia con los vertebrados) Walker, yanqui del tipo de Al Capone no paró hasta llegar a la presidencia de la república de Nicaragua en 1856. Sólo que las otras repúblicas del centro, en vez de poner las barbas en remojo, estrecharon codos con la hermana atropellada y Walker salió como había entrado: a empujones. Y el gobierno de Washington tuvo que tragarse la insolencia, esperando mejores ocasiones.

Ya vendrían y a porrillo.

La historia de la conducta del gobierno de Washington —por cuenta de sus mandantes, los amos del gran capital— con los distintos países de Latinoamérica es tan nutrida, truculenta y emocionante como la de Alí Babá y los cuarenta ladrones, con la diferencia de que aquí los cuarenta siempre salen triunfantes.

Cuando en 1902 se tiene seguridad de la no ingerencia de Inglaterra en las quisicosas centroamericanas, la banca yanqui vuelve a las andadas, usando como siempre de agente al presidente de turno, esta vez el coronel Roosevelt.

En 1881 el presidente Hayes, en un momento de iluminación interior, había anunciado al mundo con esa certidumbre de las grandes inspiraciones proféticas: "El Canal será el gran camino del océano entre nuestras riberas del Atlántico y el Pacífico y virtualmente constituirá una parte de la línea del litoral de los Estados Unidos". (Es decir, que lo que quede dentro de esa línea —Méjico, Centroamérica, Cuba, Haití, Puerto Rico— se bañarán con las aguas territoriales yanquis). ¿No había anunciado Monroe, el Elías de los profetas yanquis que América sería para los americanos?

En 1902 la realización del anuncio misiánico está en vísperas. Es algo que hasta los más profanos comienzan a sentirlo. Al fin se escucha la voz ungida del coronel Teodoro Roosevelt: "El Congreso ha resuelto cuerdamente que construyamos de inmediato el canal, si es posible por vía Panamá".

Es un lenguaje luminosamente comprensible. El gobierno de los Estados Unidos ha resuelto cuerdamente —es decir, sin prisa, ni violencia, ni utopía— abrir un canal a través del territorio de Colombia, una nación soberana e independiente. ¿Con consentimiento de la misma, claro está? En absoluto. Colombia se niega rotundamente. Pero este detalle menor tiene solución viable e inmediata y por ello es cuerdo: Panamá, parte integrante del territorio colombiano será estimulada con dólares y armas a declararse patrióticamente independiente; después será persuadida con amistosas razones de la alta conveniencia de ceder a los Estados Unidos una franja de suelo panameño tan angosta como el filo

de un sable. Y así se hizo, con derramamiento de dólares, es verdad, pero sin derramamiento de una sola gota de sangre.

Por cierto que algunos detalles circunstanciales no alteraron el fondo de las cosas. Recordemos que el gobierno de Washington dispuso que sus barcos impidieran el acceso de las tropas que el gobierno de Colombia mandaba contra los rebeldes de la provincia de Panamá (No se asombre el lector: es una aplicación norteamericana de su concepto de neutralidad operante...).

¿Qué el presidente Roosevelt, después de mutilar a Colombia llamó a los colombianos "necios y sanguinarios sobornadores" (porque no se dejaron sobornar), y de "liebres de monte". Años más tarde, hablando a la juventud universitaria, tuvo este honroso recuerdo para el Parlamento de Washington: "Afortunadamente, la crisis vino en un momento en que yo podía actuar sin estorbos. En consecuencia cogí el istmo, inicié el canal y dejé al Congreso que discutiera, no sobre el tratado, sino sobre mí".

Qué el lenguaje no es muy conmedido? Sí, el hombre era una mezcla de agente comercial, predicador y guapo del Far West. A causa del atraco contra Colombia en 1906 recibió merecidamente el premio Nobel de la Paz y en su gira por Latinoamérica, más tarde, fue recibido con gratitud y fervor.

Y no se piense que Panamá perdió su independencia: al contrario, la duplicó al quedar dividido en dos mitades y bajo la custodia insomne de los cañones norteamericanos. Ya veremos que esta custodia se extenderá hasta el polo antártico (Louis Guilaíne: *L'Amérique Latine et L'Imperialisme Americain*; Germán Arciniegas: *Biografía del Caribe*).

La obra cumplida, perfecta como un mármol griego, tenía una sola peca: Nicaragua, con sus lagos interiores, podría despertar mañana el sueño de otro canal interoceánico en algún mala cabeza. Había que eliminar ese peligro, es decir, invadir a Nicaragua.

Se pensó y se hizo. Por cierto no con directo y pedestre desembarco de infantes y fusiles. ¿Acaso no debe respetarse el Derecho Internacional? El método democrático fue, *mutatis mutandi*, el que se usaría más tarde con la Cuba de Castro.

Se ofreció galantemente un empréstito, es decir, una **alianza para el progreso**, al presidente de Nicaragua. Zelaya se negó dando las gracias, pues adivinó que era la lombriz en la punta del anzuelo: empréstito, convenio, derechos reservados en pro de los intereses del prestamista y al fin, el desembarco de marineros para hacer efectiva esa protección.

Entonces se sacaron los trapitos al sol: la prensa norteamericana, tan avizora, descubrió que Zelaya, no conforme con aceptar un empréstito inglés (¡violación flagrante del evangelio de Monroe!) tenía pensado facilitar el canal a los japoneses. Se descubrió también que Zelaya era un tirano que representaba su voluntad, no la del oprimido pueblo nicaragüense. Además no faltaban patriotas auténticos que mediante el estímulo guerrero de unos cuantos dólares —no llegaban al millón— se ofrecían para libertar a su pueblo y devolverle el uso de la democracia. Hasta se dió con un pundonoso militar —el general Estrada— dispuesto a sacrificarse reemplazando a Zelaya en la presidencia. Así, pues, la cosa se resolvería entre puros nicaragüenses. El patriota más activo de la cruzada libertadora era Adolfo Díaz, colega —oh casualidad— del Secretario de Estado Mr. Knox, pues uno era tenedor de libros y el otro asesor legal de la misma compañía yanqui, la **Luz and Los Angeles Mining Company**. Con desinterés ejemplar los barcos de la **United Fruit Company**, ofrecieron transportar los hombres y armas para los abanderados de la libertad a cambio de cargar bananas de regreso.

Zelaya renunció, pero su opositor y reemplazante Madraz, continuó su resistencia. Entonces fue necesario un desembarco de marineros yanquis. Después de meses de lucha, el general Estrada se vió obligado a aceptar la presidencia, aunque al cabo de dos años asumió al fin la jefatura del Estado al tenedor de libros de la **Mining Company**.

La primera medida del presidente Díaz fue gestionar un empréstito de quince millones de dólares, rechazado por el propio Senado Norteamericano en razón de no guardar las formas. Se buscaron otras: el proyecto de empréstito fué rebajado a un millón y medio de dólares y su texto, presentado en inglés, fué aprobado por los senadores nicaragüenses que ignoraban el idioma de Longfellow (Carlos Quijano: **Nicaragua. Ensayo sobre el Imperialismo de los Estados Unidos**; Manuel Ugarte **Destino de un Continente**; Máximo Soto Hall: **Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano**).

Huelga agregar que este Presidente Adolfo Díaz Iscariote anticipa con incorruptible perfección el modelo de lo que serían hasta

hoy casi todos los jefes de Estado hispanoamericanos imantados por el dólar. Como advirtieran que los nicaragüenses no dieron muestras de una gratitud muy ferviente, se dirigió al Departamento de Estado proponiendo modificar la Constitución nacional en favor de Wall Street: "los graves peligros que nos afectan pueden ser destruidos solamente por medio de una muy diestra y eficiente asistencia de los Estados Unidos, como lo que tan buen resultado ha dado en Cuba". El compatriota de Rubén Darío aspiraba a que Nicaragua disfrutase también de las delicias de la Enmienda Platt (Carlos Quijano: **Nicaragua. Ensayo sobre el Imperialismo de Estados Unidos**).

Todo esto precisaba una correcta presentación legal para acallar maledicencias. En efecto, se celebró el tratado Briand-Chamorro, aprobado por el Senado norteamericano el 18 de febrero de 1916 y del que dijo el senador Borah dirigiéndose a sus colegas yanquis: "El tratado Bryand— Chamorro es un quebrantamiento incalificable de las más elementales normas de la decencia internacional. El llamado gobierno no tenía poder ni autoridad para celebrarlo" (Vicente Sáenz: **Rompiendo cadenas**).

El remate de toda esta historia es conocido. Nicaragua se volvió una colonia yanqui más sumisa que las Filipinas. Y cuando Sandino, conciencia y mano ejecutora de su pueblo se alzó en armas, el elegido para eliminarlo fue Anastasio Somoza, ex-empleado de una empresa yanqui y a la sazón Jefe de la Guardia Nacional, bien visto y quisto por la Embajada Norteamericana y mejor visto por el Departamento de Estado cuando fue puesto en la presidencia de la República. Años más tarde al enfermarse a causa de un empacho de balas vengadoras, Eisenhower le envió su médico particular, que nada pudo hacer en pro de la democracia cristiana del Caribe porque Tacho ya estaba desfondado del todo.

Se dirá que todo esto es obra de vulgares rufianes. No, es obra de rufianes insignes.

ANOTEMOS este antecedente sancionado en las relaciones del gobierno de los Estados Unidos con las repúblicas de Centroamérica "Conforme a las condiciones de Washington, los Estados Unidos tienen mandato moral para ejercer su influencia en la preservación de la paz general de Centroamérica". ¿Suenan bien, eh? Esto, apeado de la moral a los hechos, significa que cada vez que un gobierno centroamericano no responde a los intereses del capital yanqui es declarado antidemocrático y se le niega reconocimiento, reservado sólo para los gobiernos que respeten la intangibilidad de esos intereses. Un solo ejemplo: cuando un jefe rebelde derrocó a Díaz, plenipotenciario de la traición en Nicaragua, Washington lo repugnó públicamente (Huelga advertir que cuando el mundo entró en la civilización, fué inventado el Derecho Internacional para vestir de oveja a la zorra pero sin taparle los dientes).

No es indispensable intentar aquí la biografía de todas las intervenciones pacifistas y democráticas a mano armada de los Estados Unidos en Latinoamérica. El yanqui Guytnman y el mejicano Vicente Sáenz ("**Auscultación Hispanoamérica**") recuerdan que el número de esas intervenciones entre 1900 y 1903 llegó apenas a cuarenta. Después se sobrepasó esa cifra, cambiando un poco el método, pero con iguales resultados. En vez del fusil se usó la soga de seda.

Esa es pues, a la luz de la verdad y de los hechos, la doctrina Monroe: **América para los dueños del dólar**.

Pero hay otro detalle no menos significativo. Es que la aplicación de esa doctrina no ha impedido en absoluto la ingerencia colonizadora y rapaz de las potencias europeas en América. Cuando en 1831 Inglaterra se apoderó de las islas Malvinas y Francia en 1864 invadió Méjico, la doctrina Monroe se volvió ciega y muda como un pez de los bajos fondos.

Cuando un día Inglaterra, Italia y Alemania bloquean las costas de Venezuela, bombardeando sus puertos, Roosevelt, con vigoroso olvido de Monroe, exclama: "Que les den duro en las nalgas para que esos sinvergüenzas aprendan a cumplir sus compromisos" (Germán Arciniegas: **Biografía del Caribe**).

Ahora bien —y diga el lector si faltamos en un pelo a la santa verdad— todos los distintos avatares de la doctrina Monroe, han perseguido la misma invariable meta, llamada **panamericanismo**, o **buen vecindad**, o **defensa hemisférica** o **alianza para el progreso**: esto es el contralor político militar y espiritual de la América latina para la máxima explotación económica. O dicho desde otro punto de vista: bajo las "aladas palabras", como dice Homero, la comezón mandibular y las intenciones gástricas.

Si el lobo pudiera convencer a las ovejas de la mutua ventaja de convivir pacíficamente bajo la custodia de los colmillos lobunos ello significaría el colmo de la pillería de una parte y el colmo de la ingenuidad de la otra. Y bien ese es el sistema que ha imperado hasta hoy en América.

El sistema de conferencias panamericanas fue inventado por Estados Unidos precisamente para evitar toda posible unión de las otras naciones continentales entre sí.

En 1826, cuando por cuenta del gobierno de Colombia Estados Unidos fue invitado al Congreso Panamericano de Panamá, se rehusó a concurrir. No le interesaba un pacto colectivo sino todo lo contrario que cada país aislado se dejase ajustar la covunda imperialista en pactos bilaterales hasta que llegase la hora —la de la OEA— en que pudiese juntarlos a todos bajo un yugo común.

El país que había dado la espalda al Congreso de Panamá en 1826, promovió en 1889, cuando ya podía tutearse con los grandes del mundo, una conferencia panamericana en Washington. ¿Qué se escondía (apenas, porque el neorríco le estorbaban un poco los guantes diplomáticos) bajo el palio de la hermandad continental? Una pretensión sumamente modesta: una unión aduanera que recargara de derechos a las mercaderías de Europa, por extranjeras... Los delegados hispanoamericanos desvecijaron la fórmula de Monroe oponiéndole otra más gaseosa: **América para la humanidad** (Sus voceros fueron los delegados argentinos que naturalmente tenían más obligaciones de cortesía con Londres que con Washington. Fracasado este disfrazarse con la túnica del derecho y la fraternidad, tío Sam volvió a las andadas. Desató sobre Centroamérica la ofensiva de los empréstitos —de aceptación más o menos indeclinable— fortaleciéndola con la doctrina que toda inversión yanqui lleva por garantía la marinería de desembarco.

Es la doctrina del inefable presidente Coolidge formulable así: "Cada ciudadano yanqui y cada dólar invertido está bajo el pabellón norteamericano doquier se encuentren". Lo cual, traducido al romance significaba que, como siempre, la Casa Blanca respaldaba la piratería internacional de los argonautas del dólar. Coolidge envió a Mr. Morrow (representante de la casa Morgan) de embajador a Méjico... Pero era, oh mirlo blanco, el Méjico del despertar anticlerical y antiimperialista y no aceptó el soborno ni tampoco las amenazas. El Departamento de Estado advirtió que había que cambiar de método suasorio.

Pero después de la primera panguerra y sobre todo después de la Revolución Rusa muchas cosas comenzaron a cambiar a ojos vistas. Los pueblos obedecen cada vez con menos entusiasmo a sus patrióticos gobiernos, las clases trabajadoras no guardan siempre el debido respeto a sus filantrópicos patrones, y el patrón de todos, Tío Sam se ha llevado el gran susto ante ese fantasma de medianoche a mediodía que fue la crisis de 1929. Desde entonces el panamericanismo **made in USA** va asumiendo cada vez más modales esmerados y generosos. Segregados por los trusts y los monopolios aparecen institutos abocados a defender los beneficios culturales en Latinoamérica. Naturalmente se trata de una cultura depurada de toda idea descoincidente, de todo amago de crítica y de cambio. Y por encima de todo, nada que huelga a credos herejes en el cielo o la tierra: ateísmo o bolchevismo.

La **Sociedad Panamericana**, fundada en 1912, comenzó integrándose solo con ciudadanos yanquis de alto fuste —banqueros, fabricantes y comerciantes—: Minor Keith (de la **U. Fruit Co.**) C. M. Schawb (de la **Bethlehem Steel Co.**) Peabody, Vandeslip y nada menos que J. P. Morgan en persona, aparecen al frente del Comité Ejecutivo. Después se agregó un puñado de directores de revistas y profesores reaccionarios, y, para sacrementar la mixtura, el ingrediente imprescindible de predicadores y misioneros protestantes, y más tarde, J. L. Merrill (presidente de la cablegráfica **All America**, y J. Carson (de la **Electric Bond** y capitán de trece compañías yanquis establecidas en tierras mestizas).

La sociedad nombra presidentes honorarios al Secretario de Estado y al decano de los diplomáticos de la Unión en Latinoamérica, para evidenciar sus altas vinculaciones. Como organización subsidiaria está la **Liga Panamericana de Estudiantes**.

La **Sociedad Panamericana** segregó a su tiempo una especie de anexo llamado **Concejo de Relaciones Interamericanas**, "que trabaja en armonía con la Asociación de Comercio Exterior y con el Concejo Interamericano de Arbitraje Comercial organizado en el club de los banqueros el 8 de diciembre de 1931".

Ya se ve los dividendos, la política y la cultura parecen trillizos.

El resultado de esta modernísima cruzada no sólo perjudica el

bolsillo de los consumidores de la América morena sino a sus intelectuales y estudiantes y también a los del Norte. "Esta propaganda y los liberales pagos anticipados, han corrompido la mayor parte de nuestras escuelas secundarias, colegios y universidades. Un gran número de los mal llamados educadores e instructores, guiados por un espíritu de avaricia increíble han descendido hasta trocarse en serviles agentes del monopolio de la energía eléctrica. ("Carleton Beals: **Próxima Lucha por la Conquista de Latinoamérica**). Es la función que hoy desempeña la UNESCO.

Pero esto no es suficiente. Se lanza una nueva ofensiva de fraternidad panamericana más evangélica que todas las anteriores bajo el nombre que huele a familia y a barrio: **la buena vecindad** (La **Good Neighborhood** yanqui) se siente ahora vecino bonachón no sólo de mejicanos y centroamericanos sino hasta de los argentinos y los fueguinos. Su predicador mesiánico es el segundo Roosevelt, el gran Delano.

La república del dólar segrega de cuando en cuando estos majestuosos apóstoles de la democracia, de la paz y del amor. El primero en nuestro siglo fue Woodrow Wilson, el que salvó a Europa y a Occidente de la dictadura militar y teutónica del kaiser Guillermo.

(Es cierto que Wilson fue el principal autor del poderío mundial de los monopolios yanquis, y del **Tratado de Versalles**, la más descalcificante dieta que un vencedor haya impuesto nunca a un vencido, pero esto importa poco).

Delano Roosevelt ha hecho renacer la confianza en la justicia y el derecho y la fe en la bondad humana hasta en los más escépticos, ha arrancado lágrimas de gratitud a todos los demócratas del mundo y aún a los comunistas. Su cruzada redentora fue la que decisivamente salvó al mundo del triunfo de los nazis, es decir, de la noche siberiana de la servidumbre y el horror.

Se dirá que el gran sociólogo francés Daniel Guérin denunció (**Ou va le peuple américain**) que Roosevelt consiguió hacerse elegir presidente en 1932 gracias al apoyo de los plantadores del Sudeste y que su gente electoral, J. A. Farley "fue expresamente al Sur y consiguió el apoyo del Ku-Klux-Klan".

Y que en el curso de la segunda gran guerra el presidente Roosevelt exigió la colaboración libertaria del proletariado yanqui convenciéndolo de la patriótica necesidad de renunciar a huelgas y a pretensiones de mejores jornales, mientras el dólar perdía valor y mientras los fabricantes y traficantes de armas se enriquecían espantosamente. Y que también es sabido de todos que un hijo de Roosevelt era abogado de Trujillo, el más ladrón de todos los pistoleros presidenciales. Sí, todo eso es cierto, pero aún faltan los rasgos más próceres en la figura del magno apóstol.

Por intermedio de su procónsul Summer Wells, Roosevelt tuvo en Cuba una intervención maestra: no pudiendo continuar respaldando la dictadura de Machado, contra una oposición ya unánime e inatajable, se puso de pronto al frente de la revolución para coparla y dirigirla según las conveniencias del dólar.

Es decir, para sacar al tirano sin tocar la tiranía, sino, al contrario confirmándola con sus ilimitadas concesiones al imperialismo. Desde luego el agente Wells procedió como el más correcto proxeneta: "Wells procedió a reformar la Constitución de Cuba para los cubanos —dice Beals—. Se enviaron de prisa al Sur 30 barcos de guerra norteamericanos... Roosevelt reconoció a los terroristas del A.B.C. como los legítimos representantes del pueblo cubano".

El resultado final habla más claro aún. Batista ascendido de sargento a mariscal e impuesto como el gobernante ideal para Cuba, es decir, para el dólar.

Y lo mejor para postre Roosevelt se acreditó como el más democrático de los campeones antinazis de ambos mundos. Mérito tan cuspideante (para usar el idioma de Hipólito Irigoyen) no le estorbó a él ni a su ministro Cardel Hull ser los ingredientes más activos del **Comité de NO Intervención** en que las democracias de Occidente, en sumisa colaboración con Hitler y Mussolini, dieron a Franco una ocasión que no tenía ni remotamente la de crucificar a España. Más aún: derrotados los padrinos de Franco y condenados a muerte como insoportables criminales de lesa humanidad, su agente en España, el calipigio enano gallego, fue declarado persona a las democracias cristianas.

Bien bajo tan idílicos auspicios Roosevelt predica al mundo latinoamericano por cuenta de los monopolios yanquis el Evangelio llamado **Good Neighborhood**.

Quien se fije un poco, advertirá que el más profundo artista

REPORTAJE A ANDRÉS FRAMINI

En esta sección publicaremos reportajes a figuras significativas del movimiento obrero. Comenzamos por Andrés Framini, el primer obrero elegido para gobernador de la provincia de Buenos Aires, impedido de asumir por las fuerzas reaccionarias, secretario general de la Asociación Obrera Textil, y actual propagandista del "giro a la izquierda" del peronismo.

1. — Queremos que, a grandes rasgos, nos de su visión de la situación actual.

R. — Para estar en claro sobre la situación argentina es preciso comprender que estamos librando una guerra sin cuartel contra la oligarquía, los monopolios y los grandes capitales internacionales, empeñados en mantener su dominación a costa de cualquier violencia y de cualquier inmoralidad. Se trata entonces, no de un problema económico o social, sino de la lucha de la Nación por realizar su destino histórico.

Esta es una lucha que proviene desde los mismos orígenes de la historia patria. Hoy el enemigo es infinitamente más poderoso, sutil y artero, pero igualmente perseverante en su designio de mantenernos en el atraso y en la dependencia colonial. Los tiempos, sin embargo, han cambiado decisivamente. Esta es la hora de los Pueblos y la hora final del imperialismo capitalista. Todo intento por perpetuar el régimen de la oligarquía y de los monopolios, será en definitiva inútil, como son las tentativas de hacer retroceder el proceso histórico. Podrán intentar maniobras dilatorias, podrán engañar transitoriamente a cierta gente, pero, de todas maneras su suerte está sellada.

Día a día, nuevos pueblos se incorporan al mundo de las naciones liberadas. Ahí está el ejemplo de Argelia, conquistando su independencia después de una guerra victoriosa librada contra una de las más grandes potencias mundiales. Ahí está el caso de Egipto, derrotando en la batalla del Canal de Suez a las fuerzas anglo-francesas combinadas, y ahora, entrando audazmente en la construcción de una auténtica y profunda democracia social.

Cualquier análisis, aún superficial, de la realidad nos enseña que no hay fuerza sobre la tierra capaz de contener a un Pueblo dispuesto a luchar sin concesiones por sus derechos y libertades.

Los Justicialistas ofrecimos duran-

te diez años al mundo entero, el ejemplo de una Revolución Nacional y Social sin precedentes en América. Rescatamos nuestra riqueza de manos de los monopolios internacionales; impulsamos el desarrollo de una industria verdaderamente nacional e incorporamos a los trabajadores a la conducción del gobierno y del conjunto de la vida argentina. La conspiración de las fuerzas del gran capital internacional aliadas al cipaya nativo permitieron el triunfo transitorio de la reacción.

Durante siete años ensayaron todos los métodos para destruirnos: desde la represión más cruel hasta el soborno y la infiltración. ¿Cuál es el resultado? Hoy el Justicialismo está más fuerte que nunca en el pasado. Firmemente unido y disciplinado, con una doctrina actualizada por el General Perón, que contempla las transformaciones operadas en la realidad, los Justicialistas observamos como se acerca inevitablemente el momento de la victoria del Pueblo.

2. — ¿Qué opinión le merece el reciente "conflicto" de la Aeronáutica?

R. — Es una demostración más de cuanto he afirmado anteriormente. Mientras el Justicialismo y las fuerzas populares fortalecen su unidad, avanza incesantemente la descomposición dentro del grupo que detenta el poder. Esta es una evolución incontenible. En tanto las fuerzas armadas se resistan a admitir que la única salida consiste en abrir paso al Pueblo, sin ningún tipo de restricciones, seguirán descomponiéndose, aumentarán las logias y las fracciones, la indisciplina prosperará y al final, igualmente triunfará el Pueblo. De este episodio de la Aeronáutica, lo más revelador es el hecho siguiente: cuatro aspirantes a sub-oficiales, no mayores de 19 años, al frente de sus compañeros, consiguen dominar y someter a un Brigadier General y todo su Estado Mayor. Cualquier comentario abunda.

3. — ¿Piensa que el Estatuto Político promulgado por el Gobierno per-

mite una salida electoral al Peronismo?

R. — Este Estatuto es una de las tantas trampas inventadas por el grupo que ocupa el poder para engañarse a sí mismos. Los "alegres sociólogos azules" realizaron un golpe militar exponiendo, por supuesto, las vidas de nuestros soldados, bajo un lema: "Queremos que el Pueblo Vote... camarada, ¿está usted dispuesto a luchar para que no vote?". En aquel momento advertimos claramente que se trataba de un simple recurso de propaganda. Los hechos nos han dado la razón. Los "jóvenes sociólogos" del Ministerio del Interior y sus mayores, persisten en la vieja idea de instrumentar un Peronismo castrado, desnaturalizado y negando su doctrina, su obra, su Conductor y sus tradiciones. Es decir, quieren que nuestro Movimiento acepte complacientemente actuar de comparsa en la legalización del régimen reaccionario implantado en 1955. Por supuesto que tal pretensión es tan vana como ingenua. Lo hemos afirmado muchas veces: **el Justicialismo no es un partido político más que pueda permutar su destino por un puñado de bancas parlamentarias.** El Justicialismo es un Movimiento Revolucionario cuya finalidad suprema es lograr la Liberación Nacional y realizar la Revolución Social que el Pueblo anhela.

4. — ¿Cuáles son, entonces, las tareas inmediatas?

R. — Debemos trabajar incansablemente por organizar la lucha popular desde abajo, sin exclusiones ni sectarismos. En la unidad de acción del Pueblo está el secreto de la victoria. El Movimiento Justicialista bregará por consolidar y extender esta Unidad a todos los terrenos. Tenemos un Programa: el aprobado por las 62 Organizaciones en el Plenario de Huerta Grande. Todos los que están de acuerdo con este programa tienen un puesto de lucha en la batalla que libramos contra el enemigo común.

del tablado político de nuestro tiempo no es Mussolini, ni Hitler, ni Stalin, ni Churchill sino el que supo esconder mejor su juego. Campeón de peso pesado del cinismo, Roosevelt podía servir las posiciones más letales en porcelana idealista. Así cuando promovió la reunión, del Congreso de la Paz, en Buenos Aires, en 1936, con el solo objeto de propiciar el sometimiento de las repúblicas del Sur a los intereses yanquis en su esperado y ya inevitable conflicto de guerra imperialista, y habló de las democráticas repúblicas de América y de la libre voluntad de los pueblos... en momentos en que esas democracias estaban regidas por Vargas, Trujillo, Justo, Batista, Somoza y otros héroes del grillete y la picaña eléctrica. (Qué hombres como J. J. Arévalo sigan llamando

a Roosevelt gran demócrata es una prueba más de que nuestros liberales están más en la derecha que en el centro).

En la Conferencia Panamericana de Lima de 1938 Cordell Hull, agente de Roosevelt, invocando el apocalíptico peligro nazi demostró hasta lo exhaustivo la urgencia de evitar las amenazas de los lobos de continentes remotos poniéndose bajo la protección del león continental casero... No convenció del todo, en ese terreno, pero sin el de eliminar tarifas aduaneras por parte de los republicanos del Sur en su libre comercio con los Estados Unidos que se reservan el derecho de vendernos casi todo y no comprarnos casi nada, vendernos a precios de palacio y comprarnos a precios de tugurio.

LA VOLUNTAD DE NACER

La situación del escritor, aquí, en este país. De eso se me ha pedido que escriba. Pero este país abarca mucha tierra, y, el escritor, somos mucha gente. Un poeta riojano o un dramaturgo porteño; un señor que redacta primorosamente sonetos a la manera de Petrarca, o un novelista preso, son, platónicamente hablando, el escritor argentino. Como, sin embargo, pretender con seriedad que su situación es única, unívoca. Bajarse, pues (bajarme yo) de las indistintas entilequias. No "la situación del hombre"; sí, el hombre en situación. Y el hombre que tengo a más a mano, dicen que decía Unamuno, soy yo. Que viene a ser él, claro. Pero que para mi caso, soy yo. **Por eso, como decía Unamuno, hablo siempre de mí mismo. Y yo también.**

Lo que nos pasa, por lo tanto, puede ejemplificarse así: **"Mientras escribo esto, pasa por la calle Tarija, una división de tanques rumbo a Plaza Constitución. No sé si van a combatir o vuelven"**. Lo anoté hace un mes, al empezar esta nota, y creo (porque es alegórico) que los tanques iban, no sé si contra la plaza; contra la Constitución, seguro. Esa es "la situación". Un caos. Un especie de festival siniestro, donde, de golpe, entra un loco con una ametralladora, a poner orden. Y donde el escritor, como los demás, siente que la cara le arde, que hay que hacer algo. Pero, qué. "La revolución". Sí. Como impresionar, impresiona. Quiero ver, sin embargo, a ciertos valerosos catequistas de la toma del poder, con qué argumentación responden a la primera pregunta que a uno se le ocurre en estos casos: **"¿Cómo?"**. Sólo que quien se atreva a formularla, pasa, de inmediato, a ser mirado como un sujeto capcioso, confusionista. La verdad, entretanto, es que "hacer la revolución", para muchos propietarios del bálsamo de Galaad, sigue siendo una fórmula, un ruido verbal, bajo cuyo aparato se oculta, acaso, aquella cautela de la que ya hablé en otro sitio: **"Qué sé yo lo que hay que hacer, pero, por lo menos, que no me digan reaccionario"**.

De todos modos —e incluso señalada por esa postura: la de vaticinar a cada momento la revolución—, hay, en muchos de nosotros, una patética urgencia, no sé si (en todos los casos, al menos) de transformar el mundo, pero, sí, de justificarse. Justificar la literatura. El oficio de escribir. Hemos comprendido que nuestra época no le pide permiso a los poetas o a los novelistas para asesinar a un hombre o hacer desfilar una división de tanques por la esquina de mi casa, pero somos novelistas o poetas. Sabemos, con una mezcla de vergüenza e impotencia, que no es la Sociedad de Escritores y tampoco el drama que estamos escribiendo, o la revista que editamos, lo que va a impedir que la Marina mande sus buques al Caribe, para humillarnos, colaborar con la humillación de un pueblo cuya revolución cantamos. Colaboración, de paso, tan grotesca afortunadamente que, tal vez por eso —al menos hasta este momento—, no ha merecido el repudio de ningún escritor, tal vez por eso o por otras causas, ni ha merecido, siquiera, la tramitación de un pasaporte por parte de quienes, además de afirmar también que "hay que hacer la revolución", se sientan, heroicamente, alrededor de un combinado estereofónico y, con los ojos llameantes de coraje, escuchan los siguientes versos:

**y si se atreven a tocar la frente
de Cuba por tus manos liberada
encontrarán los puños de los pueblos
sacaremos las armas enterradas**

mientras, con el gesto de derribar la cabeza de Holofernes, agarran por el pescuezo a su compañera de sofá, practican el amor libre y deciden escuchar a Brahms. Se me dirá que me voy del tema. Creo que sí. Pero siempre me pasa. Por lo demás, no me voy. He querido señalar, por un lado, el desconcierto, y, por el otro, la mala fe. Del primer caso, decía que, nazca o no de una lúcida voluntad de transformar el mundo, hay en muchos escritores una patética urgencia por justificar, al menos, la literatura. El segundo caso, comprendo, de pronto, que no me importa.

"No queremos avergonzarnos de escribir". La sentencia es de Sartre, y se aproxima bastante bien a nuestro pensamiento. Queremos vindicar nuestra antigua condición de legisladores no reconocidos, como exigía Shelley. Queremos jugarnos, comprometernos. Tan ostensiblemente algunos, que, para ser franco, da la impresión lamentable de que no lo estamos: de que no hemos integrado a nuestra "situación" de hombres cuyo oficio es de escribir la honda certeza de estar peleando por la vida, junto a los que pelean por ella y contra los otros. Ganándosela a los otros, a los que quieren dejarla como está, mezquina y sucia, los que ya no saben qué hacer para sujetar el porvenir. **Convicción, eso —he pensado muchas veces— es lo que nos faltó hasta ahora.** El convencimiento profundo de estar trabajando, o queriéndolo —hasta el límite mismo de nuestras posibilidades, hasta el último desgarrón de nuestra conciencia—, en eso intransferible, pequeño o grande **pero suyo**, donde cada hombre siente que de algún modo expresa y se juega por todos: eso es vital, lo que sea, pero hecho hasta el fondo y como quien barrena, como quien se va hundiendo en una especie de parto al revés, hacia la entraña de lo que hace. Ese fanatismo que sirve para inventar zapatos o para escribir nueve sinfonías, y por el cual, cada hombre, se justifica y da testimonio de los demás, se vuelve él mismo, total e irremplazable. Retórica, dicen. Bien. He comprobado que la pasión es retórica: que cuando uno, a los quince años, quiere hablar de un pájaro o de unos ojos, también se siente formidable, capaz de destronar el eje del Universo con un endecasílabo. Y qué. Si, al fin de cuentas, se trata justamente de eso, de recuperar, para nosotros, lo prometeico. Tal como suena. Padecemos de una modestia que, salvo en los casos en que está justificada, es nada más que miedo a la grandeza. Y la urgencia de muchos por gritar a grandes voces nuestra rebeldía, una variación sobre este mismo tema: la falta de fe. Miedo de ser auténticos. Alejo Carpentier cuenta de la perplejidad de Sartre cuando se le habló, en Cuba, del escritor comprometido. Lógico. Como si le preguntaran a Beethoven si existe la música. Por eso aspiramos a la autenticidad, y a la grandeza, en la vida y en las letras —dos términos, a caso, que son uno solo—, y por eso, habiendo comprendido lo poco gloriosa que nos resultó hasta ahora la única herramienta de trabajo que sabemos usar, estamos empezando a comprender que, o agarramos un palo, ya mismo, o la usamos como se debe. En esta encrucijada sitúo al escritor argentino; a aquél del que vale la pena hablar. Hombres, claro está, no sólo jóvenes; pero pertenecientes en su gran mayoría a una vasta y precisa juventud que busca, que exige, legitimar la existencia, reinventarle una respuesta al viejo interrogante: ser o no ser. Ser útil, o no. Vivir o medrar. El escritor, de pronto, ya no tiene alternativa: usar la literatura como se debe,

y crear un gran arte literario, son para él la misma cosa. Es, también, su modo de blandir el palo. No afirmo que el palo, o sus múltiples variantes, el máuser llegado el caso, el panfleto clandestino, la bomba o el meduloso ensayo, deban ser despreciados por el escritor, quien, justamente porque es un escritor, y no una adelfa, pertenece en principio a la especie humana: el literato es un hombre y se enamora y usa corbata y puede practicar tiro al blanco y tener fuertes bíceps; creo, incluso (seriamente) que debiera, salvo en la parte de la corbata, que es optativa, poseer el resto de esos atributos.

Pero lo otro, el arte literario, no se hace desarrollando los fornidos músculos, sino el espíritu. Ya lo sé. La palabra "espíritu" suena grotesca. La culpa, sin embargo, no es de ella: ni tampoco del espíritu. La culpa es de nosotros, o, quizá, de quienes nos precedieron. Robustos catedráticos del desprestigio se han pasado la vida prostituyendo las claras, las inocentes palabras. Recuerdo cuando, con Liberman, escribimos por primera vez Humanismo y, para peor, citamos a Thomas Mann, la injuria más alta nos pegó en el cóxis. Pero insisto: engrandecer el espíritu. O su equivalente conceptual, como quiera se llame. Esa es la cuestión de fondo, la situación. ¿Qué situación?: la de haber comenzado y la de tener, por lo tanto, que acabar de entender esto. Venimos declarándonos (y declamándonos) rebeldes, comprometidos: hagamos, ahora, la gran literatura rebelde. La gran literatura a secas. Hable de los celos o de la locura, de los frigoríficos o del peronismo, nadie va a poder disfrazar su propia visión del mundo, su tendencia. Menos que nadie, el escritor comprometido. Si no estuviéramos en este país, no haría falta dar un ejemplo: pero, veamos. Los celos o el crimen son invariantes humanas: aislados no son isabelinos, ni renacentistas, ni góticos. Pero, es cierto o no que el drama de **Otelo** no tiene nada que ver con el de **La Sonata a Kreutzer**. El crimen, los celos, se historizan, en cada caso, a un tiempo: a una tendencia. No elijo a Tolstoy al azar. El supo mejor que nadie descifrar los más sinuosos hondones del corazón humano y ser testigo de su historia; demostró hasta qué punto, hablando de la pasión o de la muerte, es posible fulminar la hipocresía de una clase; excecra un sistema de educación que reducía a la mujer a la calidad de vistoso objeto de mercado; maldecir la vasta infamia de la guerra. El hombre que escribe **La Guerra y Paz** y el que escribe **La Muerte de Iván Ilich**, son el mismo gigantesco hombre; el que también escribe sus dramas campesinos, y, por qué no, hasta sus cuentos fantásticos. Las respuestas que nos daba Tolstoy, claro, no sirven a la tentativa de crear, como cada época reclama de sus artistas, los valores éticos y estéticos de la nuestra; pero su ejemplo, en lo que hace a la inmensa parábola que abarcó su espíritu, permanece vertical como un mehir, apuntando en la única dirección del arte: ese arte arraigado en su tiempo y en su historia, lúcido y tendencioso, que, por caminos que le sean propios y que lo distingan de la política, la ciencia, la filosofía, puesto que a todas integra, comunique los sentimientos más altos que puede alcanzar la humanidad; se erija implacable testigo de los hombres en sus rasgos más universales y profundos; aspire a ser comprendido por todos. Ese arte, al decir de Kropotkine, que no sólo es verdaderamente necesario, sino, también, posible. Una especie de hipóstasis entre Tolstoy y Lenin, entre Balzac y Marx, allí está, aproximadamente, la síntesis modesta a que deben aspirar la literatura comprometida. Qué otra cosa, si no. Para qué escribir si se imagina menos. Que lo consiga el escritor o no, ésa es otra cuestión. Pero, asimismo, cuando proclamamos la necesidad de transformar radicalmente el sistema económico actual, de engrandecer, hasta su último límite humano, la condición del hombre, no nos an-

damos fijando si la humanidad va a tener fuerzas o tiempo para replantar, en la tierra, el Paraíso Perdido. No andan los guajiros conjeturado si, en la próxima elección de los EE. UU. un presidente histérico decide bombardear Cuba y se enojan varios millones de chinos y vienen los rusos, y adiós, bello planeta donde nos gustaba beber vino y las muchachas reían. No. Las obras grandes nacen de intenciones desmesuradas. Nadie va a construir nunca un rascacielo de crema. A esto hemos llamado el doble compromiso del escritor; lo he repetido muchas veces, voy a ilustrarlo. Algo así como "la gracia y la dignidad" unidas, en las que veía Schiller la cumbre de la posibilidad humana, pero aplicadas al arte. Cualquiera de las dos hipóstasis que ya dije, o la otra, anterior, que se le ocurrió a Engels y en uno de cuyos términos reinaba Shakespeare. Lo ético y lo estético. El pacto con el diablo. La revolución y la belleza. Método viejo y eterno que empleaban los griegos para hacer sus cosas. Con él se escribió el Martín Fierro, también.

En esta situación, como de recién nacido, situación que siempre es Los Orígenes del hombre estupefacto ante su proyecto, ante el sueño de su obra, considero al escritor argentino. Hombres jóvenes que se han tomado en serio la literatura y el país: que se sientan nacionales, no nacionalistas, y creadores, no literatos; que aman la cultura, no la erudición; que quieren ser universales, no turistas. Hombres que han comprendido o están comprendiendo su múltiple responsabilidad: ante la historia, ante el arte, ante ellos mismos. No desdeñan las enseñanzas del pasado; toman de él lo que conviene a su experiencia de hoy, de ahora en este sitio. Podrá arguirse, quizá, que esto, más que una realidad visible es una expresión de buenos deseos, o, incluso, un tramposo embellecimiento de mi propia actitud ante la literatura. Lo admito sin nervios. Puedo, sin embargo, nombrar a cien muchachos que están en condiciones de escribir lo mismo, que me lo están dictando. Y bastaría, pienso, con que hubiera cinco, con que se realizara uno. Hombres que miran a Estados Unidos, a América Latina, a Francia, a España o a Italia, con bastante más naturalidad de la que (al parecer) se las miraba hace unos años. Porque ni Victoria Ocampo ni el grupo Sur son ya los apoderados de la inteligencia europea, ni, en la izquierda, cree la gente que escribir mal, abominar de Borges en lo que tiene de válido —de útil—, despreciar la cultura y propiciar el box, sean en el terreno de las letras, un sistema infalible de hacer grandes libros revolucionarios. Yo, personalmente, sospecho más bien que es casi el sistema de hacer libros reaccionarios, feos, inaguantables. La barbarie de la cultura. Su paradoja.

Más que recién nacido, como digo por ahí, debiera decir que el escritor argentino está recién naciéndose, dándose a luz por prepotencia de trabajo, como quería Arlt, por prepotencia de juventud. Quizá defienda a los que tengo cerca, puede ser. Pero hago como todo el mundo, juzgo las cosas desde mí; no desde los razonables 500 años que hacen falta para iluminar, con justicia, el arte y la literatura de un pueblo. Me baso, pues, en mi experiencia, como cada cual en la suya. Cuatro años de dirigir una revista con gente que oscila entre los veinte y treinta años, polémicas y coincidencias con estudiantes de nuestra generación, ciertos primeros libros, alguna película, muchos cortos metrajes, un concurso literario donde intervinieron escritores ya hechos y el primer premio se tuvo que dividir entre cinco desconocidos, uno sólo de los cuales pasaba los treinta años, todo eso está queriendo querer, como dicen en mi pueblo.

Existen, además, claves históricas. Hay una precisa juventud nacida bajo el peronismo, que, ahora, comienza a tener vigencia. Hombres y mujeres, por

(Sigue en página 31)

Algunas ideas sobre el significado del capital accionario

¿QUE REPRESENTA UNA ACCION?

LA suma de acciones de una sociedad representa su capital, la diferencia entre lo que la sociedad posee y lo que debe. Una acción es un título de propiedad sobre una determinada proporción del capital cuya magnitud está en función del número de partes (acciones) en que se ha dividido al conjunto del capital. En nuestro medio, por lo general, cada título representa m\$*n*. 100.— de capital; a esto se lo denomina "valor nominal".

Como nos vamos a ocupar de la circulación de los títulos en el mercado, nos interesa saber porque éstos pueden considerarse mercancías, en qué consiste su valor y su valor de uso, y qué elementos influyen en la determinación de su precio, tanto el conocido como "valor nominal" como, especialmente, el "valor efectivo" o precio de cotización.

DIFERENCIA ENTRE LAS ACCIONES Y LOS BIENES FISICOS QUE ESTAS REPRESENTAN

HEMOS dicho que una acción es un título de propiedad sobre una determinada proporción del capital. Supongamos por el momento que el acto neto de que se trata esté constituido exclusivamente por bienes físicos (inmuebles, maquinarias, herramientas, dinero en efectivo, instalaciones, materias primas, productos elaborados y en curso de elaboración, etc.). Siendo títulos de propiedad las acciones circulan en tanto sustituyen en la circulación a los bienes que representan. ¿En qué medida son mercancías los bienes físicos que constituyen el soporte del título y los mismos títulos?

La mercancía es un objeto externo en el que se advierte **valor de uso y valor**. El **valor de uso** de una mercancía es su capacidad de satisfacer una necesidad humana, su utilidad. El **valor de cambio** —forma de manifestarse del **valor**— es la relación cuantitativa o proporción en que se cambia un objeto por otro. Pero para que un bien adquiera la categoría de mercancía es necesario que se produzca **para el cambio** y que pase a manos de otro por medio de un **acto de cambio**.

Las acciones representan a los bienes; existen porque existen aquellos pero no son lo mismo. La distinción proviene de que las acciones son títulos de propiedad sobre una determinada masa de bienes físicos, pueden **sustituirlos en la circulación**, pero sólo en tanto se considera a esa masa de bienes como **capital**.

Los bienes representados por las acciones, como objetos físicos, son **mercancías en cuanto entran en el proceso de cambio**. Si se mantuvieran inmovilizados contendrían valor de uso y valor pero éste último no podría manifestarse como valor de cambio al no existir el hecho del cambio; consecuentemente, no serían mercancías.

Pero como bienes **afectados a un capital** se distinguen de cualquier otro objeto físico en que su propiedad no solo implica la posesión, sino que consiste, además, en una especie de monopolio sobre un **medio de producción**, lo cual, en la sociedad capitalista, se traduce en la explotación del trabajo ajeno, en el poder de extraer plusvalía a quien no posee la propiedad del objeto y de los medios de trabajo.

Como bienes físicos que entran a formar parte de un capital, puede decirse de ellos que el proceso del cambio los transforma en capital-mercancía, como transfiguración de la forma líquida del capital, como reverso del capital-dinero. Mediante esa transfiguración operada en el cambio pueden ingresar en la esfera de la producción, donde, por su calidad de medios de producción, están destinados al consumo productivo.

El proceso de producción los convierte en producto, que constituye otro tipo de capital-mercancía, que se distingue porque lleva dentro de sí la plusvalía arrancada en el proceso productivo, que sólo se podrá realizar mediante otro acto de cambio, mediante el retorno de la mercancía a la circulación en busca de su transfiguración en capital-dinero.

Descomponiendo la unidad del proceso de producción en un proceso de trabajo y un proceso de valorización, y visto el primero como aplicación del trabajo humano a determinados medios de producción con el propósito de lograr un producto útil (valor de uso), mientras el proceso de valorización consistiría en el proceso de trabajo entendido como trabajo abstracto encaminado a crear valores de cambio, podemos decir que el conjunto del capital entra en su totalidad en el proceso de trabajo, pero en el proceso de valorización sólo entra por su desgaste, por el valor en giro. En el proceso final de cambio donde el producto se convertirá en dinero habrá sucedido que los bienes físicos que constituían el soporte del capital solo intervendrán en la proporción de valor por la que han girado; el resto es capital inmovilizado.

Las acciones representan a los bienes físicos pero sólo en su calidad de capital. Plasman el valor que los bienes —como medios de producción— tienen incorporados, haciendo abstracción de su valor de uso. Son algo así como la corporización del valor de un determinado capital. La abstracción del valor desvestido de su forma concreta, de su valor de uso, le confiere a los títulos el ser lo más representativo del capital. El dinero es la **modalidad** general del valor, por eso el capital-dinero es la forma más específica del capital. La liquidez que pierde el capital en su forma mercancía la recupera en su forma de acción, con la ventaja de que conserva el sello de la propiedad, sello que se disuelve en el dinero, expresión social de la riqueza.

Los bienes representados por las acciones tienen un **valor de uso real**, y su **valor** —como capital— se revela de modo ideal en el precio de la acción. Pero el **título tiene su propio valor de uso**, que consiste en ser representante de un medio de producción, pero no de un medio de producción identificado como un determinado bien físico, sino como título de propiedad sobre un capital que no importa la forma específica que adopta. Interesa su **valor** en la medida en que refleja la magnitud del capital que se maneja.

Pero la acción, representando una masa de bienes que constituyen un capital, alquiere personalidad propia. Siendo la sombra de un bien real, en tanto título de posesión de ese bien como capital, se desentiende de aquél. Se corporiza como capital y circula. Se despersonaliza tanto del medio de producción, que adquiere su propia personalidad y es-

establece sus propios circuitos de circulación, ajena por completo a la circulación del medio de producción que, en última instancia, es su justificación. Sustituyendo al medio de producción en la esfera de la circulación, se condena, empero, a vagar eternamente por ella, puesto que carece de presencia física para ingresar a la esfera de la producción. Esto último lleva implícito algo muy importante para su poseedor que —como capitalista— ve cerrada también para siempre su influencia en la esfera de la producción, es decir, en el lugar donde se produce la captación de la plusvalía. El acceso a ese paraíso quedará reservado exclusivamente para el capitalista que controle directamente el proceso de producción. (*) Esta desintegración y su correspondiente dualismo se evidencian en el hecho de que la acción establece sus propias leyes de circulación, ajenas a la circulación del medio de producción. De esta manera la proporción entre títulos inmovilizados y títulos en circulación no tiene nada que ver con la proporción entre la inmovilización y el giro del capital que representan.

Los títulos representando a los bienes se independizan de ellos configurando una **abstracción de la categoría capital**. Tiene capital quien tiene acciones y tiene el control del capital quien tiene la mayoría de las acciones. De esta dualidad y de cómo las acciones cobran vida propia seguramente pueden dar fe aquellos empresarios que alguna vez se han visto defenestrados de la dirección del establecimiento por algún cambio imprevisto del paquete accionario. **Las acciones se convierten así en el vehículo fundamental de traspaso de poder económico en la sociedad capitalista**. El mercado donde esas transacciones se realizan cobra una importancia inusitada y los precios que en él se establecen son uno de los barómetros que con más precisión indican las oscilaciones de la actividad económica.

LA FORMA PRECIO Y LOS ACTIVOS NOMINALES REPRESENTADOS POR LAS ACCIONES

EL precio es la expresión monetaria del valor de una mercancía. Es el exponente de la proporción de cambio de una mercancía con el dinero, lo cual de ninguna manera quiere decir que refleje la magnitud de valor de la mercancía. Precisamente siendo el precio el elemento fundamental de equilibrio en una sociedad regida por la anarquía de la producción, sólo podía cumplir con esa función a condición de permitir tal flexibilidad que las distorsiones fueran una consecuencia inevitable.

Algunas de esas distorsiones se originan en la circulación por el mercado de distintos elementos que no tienen valor incorporado, pero a quienes el hecho de su circulación los sujeta a la ley del cambio, con lo que adquieren la correspondiente expresión monetaria.

En el análisis del significado de las acciones hemos supuesto que éstas representaban títulos de propiedad sobre bienes físicos en forma de medios de producción. Sin embargo, **las acciones representan, en realidad, el patrimonio neto de la empresa, que puede incluir en términos de precio elementos que carezcan de valor**. Un ejemplo típico lo constituyen los activos nominales (llave del negocio, patentes y marcas, concesiones, etc.)

Los bienes físicos tienen un valor incorporado, y los elementos que indicamos no. Pero las acciones, en tanto diluyen la estructura interna del capital despersonalizando sus componentes, los mezclan. En una acción no se puede distinguir la especie de activo que hay tras ella. Esto significa que si en un bien físico cualquiera es posible el cálculo del tiempo de trabajo socialmente necesario que lleva incorporado, en una acción es imposible, por lo menos en forma directa. Los títulos interesan exclusivamente por el precio.

EL PRECIO DE LAS ACCIONES

Pero el precio al que se efectúa la compra-venta incluye sólo el precio del capital como suma de elementos (activos netos físicos y nominales), sino también **el precio de algo que distingue a la acción como expresión típica del capital. Se trata del precio de la expectativa sobre su posible rendimiento**.

Las condiciones del capitalismo convierten a los elementos integrantes del capital en títulos jurídicos con fuerza para reclamar con ellos una determinada cuota de plusvalía. En el precio de las acciones coexisten, entonces, un precio que no es otro que el de los elementos materiales y nominales que forman el capital, y un precio por el rendimiento que es posible esperar de ese capital. Sucede que, en las condiciones del capitalismo, **el valor de los medios de producción y de los otros elementos integrantes del activo neto, se confunden con su condición de capital**. Si se vende una máquina cualquiera, es posible que el precio de venta tenga en cuenta su posible rendimiento como capital, pero en la acción, desaparecida la presencia física del medio de producción, lo determinante es su precio como capital. De esta manera en todo título es posible distinguir **dos precios**, el "valor nominal" y el "valor real" o "valor efectivo".

El **valor nominal** de una acción es el precio de la porción de capital que representa, vista como suma de elementos materiales y nominales. Es un precio estático, sin proyección futura, y también un precio originario, salvo revalúo.

El **valor efectivo** es el precio del capital como tal, o sea el precio de los elementos que lo componen más el precio por su posible rendimiento. Es un precio dinámico porque surge del enfrentamiento de la oferta y de la demanda de acciones en plaza.

La importancia fundamental que tiene la delimitación y el análisis de los elementos componentes del precio de las acciones está dado por el papel nivelador que corresponde a esos precios dentro de la economía capitalista. Es sabido que la redistribución de la masa de plusvalía debida a la diversa composición orgánica del capital en las distintas ramas de la economía, se opera en función de la tasa de beneficio, sobre la cual pesa una tendencia general hacia la nivelación, más o menos cumplida según el grado de monopolización existente en cada rama. Y bien, **en el mercado de valores es el lugar donde se opera ese proceso**, precisamente porque en él se oferta y se demanda —bajo forma de acciones— capital como tal, haciendo abstracción de sus elementos componentes. La mayor o menor posibilidad de obtener tasas de beneficio satisfactorias se reflejan en el precio de las acciones, que será alto cuando las posibilidades sean promisorias, y bajo cuando no lo sean.

La investigación económica marxista, generalmente apartada del problema del precio en la sociedad capitalista, ha dejado de lado, así, voluntariamente, el estudio del precio de las acciones, que se nos revela como uno de los elementos que con más sensibilidad captan la tendencia general de la actividad económica. Precisamente la actual faz de la crisis económica argentina difícilmente pueda encontrar un índice más sensible que el de la actividad bursátil para reflejar la agudización del proceso de de-

Claro que el proceso señalado no se opera por capricho del pequeño núcleo de propietarios de acciones con funciones de control de la producción, verdadera oligarquía financiera, sino que es consecuencia del desarrollo del capitalismo. La contradicción fundamental entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, al desplegarse, determina en última instancia la contradicción insoluble entre el crecimiento de la capacidad productiva y la contracción relativa de la demanda. De esta falta de absorción de la producción,

terioro con tanta intensidad y con tanta cronicidad. Pero se carece del instrumento que afine, que seleccione y explique los datos de referencia, porque las únicas investigaciones sobre la relación existente entre el precio de las acciones, la tasa de interés y la tasa de beneficio han sido monopolio de la economía política burguesa, la cual, por supuesto, no pasa de la descripción fenomenológica.

LAS ACCIONES COMO MONEDA RESTRINGIDA — INFLACION Y DESPLAZAMIENTO DE LA RELACION DE FUERZAS DENTRO DE LA BURGUESIA

LA sociedad anónima es la forma jurídica por excelencia que permite la extensión del dominio del capitalismo, acelerando, a la vez, el proceso interno de concentración y centralización del capital, e introduciendo ciertos elementos que multiplican sus contradicciones. El capital, bajo las condiciones de la propiedad privada, toma la forma de un capital social. El desarrollo del capital accionario implica su socialización dentro de los límites del capitalismo. La condición que permite llevarlo a cabo es la existencia del mercado de valores, que, al desarrollarse, consume cada vez en mayor escala la contradicción entre la propiedad de las acciones y el control de la producción. Desaparece la dirección de la producción de manos de una gran parte de la clase capitalista y el proceso económico pasa a ser controlado por una verdadera oligarquía financiera que asienta su dominio en la posesión del "paquete" accionario. La propiedad de las acciones y la dirección de la producción se divorcian para reaparecer unidos en un nivel mucho más alto. El propietario de las acciones se convierte en un simple prestamista atomizado por el mercado, mientras que el capitalista que ejerce la dirección de la producción suele ser también un prestamista, pero capaz de controlar un capital líquido tal que, a través de él, puede dominar la producción.

Para la dirección de la empresa el proceso de acumulación de capital toma la forma de circulación de $D - M - D'$. En ella, el capital-dinero (D) se invierte en la compra de medios de producción, tomando la forma de capital-mercancía (M). Al término del proceso productivo del capital mercancía ha dejado de ser un conjunto de medios de producción para convertirse en producto portador del plusvalor extraído al obrero; por un nuevo proceso de cambio, el capital recupera su forma dinero (D') incrementada ahora cuantitativamente por el volumen de la plusvalía obtenida.

Pero para el capitalista excluido de la dirección, la circulación de su capital —tomando la misma forma— adquiere otro significado. En ella el capital-dinero (D) se transforma en títulos de posesión de un capital (M), no ya en los medios de producción, porque la mera posesión de los títulos sin el control de la producción lo aleja del proceso productivo. Sin embargo, al final del período el título le rindió un interés, recuperando así el capital su forma dinero (D') también en el volumen de la plusvalía a la que el título de posesión da derecho.

Esta forma de circulación —donde M es un título— lleva en germen la posibilidad de sustituir total o parcialmente la faz dinero del capital. En efecto, si las sociedades deciden el pago de dividendos en acciones, el dinero deja de ser —por lo menos parcialmente— el resultado final de la circulación de este tipo tan peculiar de mercancía como es la acción. Se trataría entonces de un pago en especie que reduciría las fases del proceso a $M - M'$, donde M serían los títulos que se poseen como capital inicial y M' el incremento habido en la posesión de títulos

como consecuencia de la plusvalía que éstos llevan incorporada después de cumplido el período. unida a las consecuencias del desarrollo de la inflación, se desemboca en la falta de capital-dinero (D) y en el exceso de capital-mercancías (M). Es natural, entonces, que las empresas traten de retener el capital-dinero, y para ello recurran al pago en acciones, que es una forma especial de capital-mercancía.

La generalización del proceso de acumulación de capital a través de una forma de circulación que excluya la forma dinero, por lo menos en una proporción considerable para un vasto sector de la clase capitalista, implica, entre otras cosas, y sin el propósito de examinarlo ahora:

1) Alejamiento del capital-dinero de manos de los capitalistas cuyo peso en el dominio del capital no es lo suficientemente importante como para tener acceso a la dirección de la producción.

2) La generalización del pago con acciones en el seno de la clase capitalista determina **que los títulos pasen a convertirse en mercancía-dinero**. El curso de este dinero podrá verse restringido a determinado tipo de operaciones dentro del ámbito de la burguesía, pero su convertibilidad en dinero es relativamente fácil, ya que la liquidez del mercado de valores es mucho más alta que la de cualquier mercado de bienes.

3) El uso de las acciones como dinero restringido para determinado tipo de pagos pone, sin embargo, en manos de la oligarquía financiera un medio con el que —dentro de determinados límites— aquella puede postergar la faz depresiva del ciclo valiéndose de un proceso inflacionario que traslada a las clases no capitalistas el peso de la crisis, dado que los poseedores de acciones cuentan —en última instancia— con el mercado de valores.

En un régimen de producción donde el equilibrio sólo puede imponerse ciegamente, sin normas de ninguna clase, los factores que empujan a la nivelación se manifiestan a través de las estructuras más endebles, en los puntos más críticos. Si en los últimos tiempos en nuestro país la distorsión se desarrolló con una fuerza inusitada en la estructura del capital accionario, en gran medida debido al empapelamiento de la plaza por acciones que fueron utilizadas para pagar dividendos ficticios, era de esperar que las contradicciones generadas estallarían allí con más fuerza, y que lo hicieran precisamente en el momento en que empezaran a manifestarse signos de contracción en la actividad productiva y perturbaciones graves en la esfera del cambio. La ubicación y el desarrollo de ese proceso en la totalidad de la estructura económica argentina —tarea que estamos encarando en un trabajo en preparación— explicarán el "ineplicable" crack del mercado de valores, a la vez que señalarán las dos opciones que la burguesía tiene para superarlo: por un lado la devaluación inmediata y la profundización de la faz depresiva del ciclo mediante el corte de numerosas actividades productivas; por otro lado, la postergación —aunque sea transitoria— de la devaluación instaurando nuevas defensas cambiarias, y trasladando las distorsiones al campo monetario.

Por el momento nos interesa destacar la importancia que tienen estos procesos en el desplazamiento de la relación de fuerzas entre las distintas clases sociales. En los últimos tiempos, las perturbaciones habidas en el mercado de valores tienen que haber acelerado la concentración y la centralización del capital mediante la expropiación de capitalistas realizada en beneficio de la oligarquía financiera, y, además, deben haber implicado un importante traslado de poder de compra hacia la burguesía desde los sectores no poseedores de capital en acciones.

Buenos Aires, 7 de diciembre de 1962.

(*) Teniendo en sus manos la cantidad de acciones que posibilite tal control.

CARLOS ASTRADA: LA DOBLE FAZ DE LA DIALECTICA

ASTRADA, en apretada y rica síntesis encara un aspecto importante de la filosofía marxista, ubicándola exactamente en el marco histórico y científico. Su lectura es necesaria; por lo tanto a continuación publicamos su prólogo y su epílogo que son altamente ilustrativos acerca del enfoque del libro.

Desde la dialéctica del pensamiento griego primitivo (los presocráticos) con sus resonancias materialistas en Heráclito, que identifica el universo con el fuego como ley fundamental del constante cambio y lucha de los contrarios, símbolo que expresa la idea abstracta de la realidad, hasta Hegel y Marx, la dialéctica ha venido presentando una doble faz con primacía en la primera y última etapa de su evolución de la faz materialista. Esta doble faz hasta Hegel, antes de su período sistemático, ha constituido la vertebración de la dialéctica y ha impelido su despliegue.

Una vez ahondada y explicitada por Marx, en su real alcance, la teoría del reflejo en su formulación hegeliana, el problema de la dialéctica como método y como concepción, se decide en el sentido de la dialéctica materialista.

Los siete primeros capítulos que integran la primera parte ("La Doble Faz de la Dialéctica y la Dialéctica Materialista") del presente trabajo, abordan tanto su aspecto histórico como en el sistemático el problema de la dialéctica, en su proyección actual. Ellos, en forma muy sintética, señalan el vasto dominio de aplicación de la dialéctica materialista, la que ha logrado validarse y demostrar su fertilidad al hilo del proceso histórico, abarcándolo en la multiplicidad de sus contenidos, tanto en el terreno de las ciencias como en el acontecer social.

Desde Heráclito hasta Hegel, la dialéctica ha sido una dialéctica unitaria, en la que lo idéntico está sujeto a una progresión temporal en la cual se transforma cualitativamente. Pero desde Marx se abre camino una dialéctica en la que las cualidades contradictorias son múltiples. La contradicción se manifiesta no solamente entre los elementos de la base económica, sino también entre éstos y los de la superestructura, y también entre los elementos mismos de ésta última. Por ejemplo, contradicción de las fuerzas productivas con las relaciones de producción y consumo, en vista a su identidad, aunque dialécticamente mantienen su diferencia entre sí; uno y otro son medios, como dice Marx: "cada uno es inmediatamente su contrario". Desde luego que para Marx las contradicciones económicas son las decisivas, y esto orienta a la dialéctica en un sentido materialista.

Una ahondada y brillante aplicación de la dialéctica de la pluralidad simultánea de las dualidades contradictorias ha sido realizada por Mao Tse-tung, al analizar la situación de los diferentes estratos y sectores del pueblo chino en lo que atañe a la lucha revolucionaria y a la construcción del socialismo. El último capítulo de la primera parte de este libro expone precisamente la concepción de la dialéctica de la simultaneidad de las contradicciones en Mao Tse-tung, señalando su entronque filosófico en el pensamiento de Marx, en lo atinente no sólo al enfoque materialista sino incluso a la primacía dialéctica de la contradicción.

Con respecto a la posición filosófica de Mao Tse-tung, escribe Hou Wai-lu: "Con la difusión del marxismo en China, Mao Tse-tung es la culminación de la sabiduría del pueblo chino". (*A Short History of Chinese Philosophy*, Prólogo, Foreign Languages Press, Pekin 1959). Efectivamente, Mao Tse-tung, que —aparte de ser un gran poeta— es un buen conocedor de Marx y de la filosofía moderna europea, sobre todo del materialismo francés y del alemán del siglo XVIII, es heredero de la gran tradición de la filosofía del humanismo chino. En lo que respecta a la asimilación del marxismo y los aportes universales de la cultura occidental Mao Tse-tung escribe: "No se puede plagiar pura y simplemente. Es un punto de vista erróneo realizar una "occidentalización total" sin crítica alguna... En lo que se refiere a la aplicación del marxismo en China, es necesario unir de manera conveniente la

verdad general del marxismo y la realización concreta de la Revolución China. Esto quiere decir que el marxismo no será útil si no adquiere una forma nacional. Por cierto que no puede aplicarse de manera subjetiva y formal; los marxistas subjetivos y formales no hacen otra cosa que burlarse del marxismo y de la Revolución China. La cultura china debe tener su propia forma nacional. Una forma nacional, un contenido nuevo, democrático, he ahí nuestra nueva cultura de hoy". ("Una Cultura Nacional Científica y Popular", *Selección de Trabajos*, p. 216, La Habana 1951). Y en lo que atañe al entronque de lo nuevo con lo tradicional nos dice: "La nueva cultura actual de China proviene igualmente del desarrollo de la vieja cultura. De esta manera debemos romper su continuidad. Pero este respecto confiere a la historia un lugar científico determinado. Consiste en honrar el desarrollo de la dialéctica histórica, pero no en alabar lo antiguo para condenar lo presente, como así tampoco en aprobar todos los elementos emponzoñados del feudalismo. Es por esta razón que nuestra posición no tiende a conducir las masas populares y a la juventud estudiantil a mirar hacia atrás, sino a dirigir sus miradas hacia adelante" (op. cit., p. 217).

Hay en los pensadores de aquella corriente milenaria de la cultura china elementos que se avienen, en parte, con el materialismo. Tal es el caso de Lao-tsú, que a pesar de ser un idealista típico en su *Tao Te King* (*La Senda y su Poder*) incorpora algunos elementos materialistas y hasta esquemas dialécticos en su doctrina. Como lo señala Hou Wai-lu, Lao-tsú "considera "la senda" o "verdad" como un trascendental absoluto. Sin embargo, él trata las leyes naturales que gobiernan la producción y desarrollo de todas las cosas en combinación con el "poder", y de este modo muestra que acepta algunos elementos del materialismo". (Op. cit., p. 8). Según Lao-tsú, en medio del proceso a que están sometidas todas las cosas se opera una serie de "transformaciones" o "mutaciones" del "sentido" que se manifiesta en las mismas. En la sentencia 42 del *Tao Te King* se dice: "El sentido produce la unidad; la unidad produce la dualidad; la dualidad produce la triplicidad; la triplicidad engendra todas las criaturas" (Trad. de Richard Wilhelm; también versión alemana de la misma sentencia en *Laotsees Verkündung*, p. 53 de Joseph Tiefenbacher, Stuttgart). En esta sentencia es evidente el esquema de una dialéctica que se despliega más allá de la dualidad contradictoria para anudarse de nuevo en una unidad creadora, fuente de incesante multiplicidad. Tal como nos dice Hou Wai-lu, en el *Tao Te King*, Lao-tsú descubre y analiza las contradicciones antagonistas entre varias cosas. Esto muestra que su filosofía contiene rudimentos de dialéctica, pero él intenta resolver las contradicciones por métodos subjetivos" (*A Short History...* p. 9, ed. cit.).

La filosofía marxista no es sólo una teoría económica sino también una teoría integral del mundo cuyos grandes lineamientos fueron esbozados por Marx en el Prólogo a *Zur Kritik der politischen Ökonomie* con estas palabras: "El modo de producción de la vida material condiciona el proceso social, político y espiritual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino su ser social el que determina a su conciencia".

Las ideas de Marx, integrándose en un todo unitario de problemática abierta y adaptable a nuevas situaciones, abarcan diversos aspectos fundamentales: una filosofía teórica, el **materialismo dialéctico**, una teoría de la historia, el **materialismo histórico**, el que entra a una concepción de la sociología, que lo es también de la política, en la que la primera desemboca en virtud del concepto de praxis social; y una antropología, el **humanismo marxista**. Ya hemos presentado y valorado en otros lugares (*Hegel y la Dialéctica*, *El Marxismo y las Escatologías*, *Marx y Hegel*, *Humanismo y Dialéctica de la Libertad*) la dialéctica hegeliana, esto es, su faz idealista centrada en el sistema, y el tránsito a la dialéctica marxista; la concepción materialista de la historia en relación con las escatologías; los supuestos metodológicos del mate-

rialismo dialéctico, como así también la teoría antropológica y el concepto de trabajo y alienación en Marx.

En el presente libro, al abordar en su entronque histórico y proyección sistemática el problema de la **Doble Faz de la Dialéctica**, enfocamos de nuevo, pero en un sentido integral, la filosofía del marxismo, con sus antecedentes doctrinarios. Su fertilidad y prospección están incidiendo en el pensamiento universal contemporáneo y lo orientan en la totalidad de sus aspectos esenciales. Es que tal cual lo enuncia Ernst Bloch "la filosofía marxista es la filosofía del futuro, por consiguiente también del futuro en el pasado; de esta suerte, recogida en esta conciencia frontal, ella, confiada en el acaecer, conjurada con lo nuevo, es, de modo viviente, teoría praxis de la conceptualizada tendencia. Y queda siendo decisivo que la luz en cuyo resplandor el totum procesal e inconcluso es representado y promovido se llama *docta spes*, esperanza concebida de manera dialéctico-materialista" (*Das Prinzip Hoffnung*, Teil I-V. Vorwort, p. 8, 1959).

La esperanza sabia, cognoscente, la *docta spes* (ésta es la conclusión a que llega Bloch en *Die Selbsterkenntnis Erläuterungen zu Hegel*, 1949) es el agente dialéctico, "lo que avanza a través de todos los obstáculos y de todas las "cosificaciones"... no es nada más ni nada menos que la esperanza". Esperanza cuyo saber acoge la mediación del proceso histórico. Hay, pues, la esperanza dialéctico-materialista, la esperanza en la dialéctica mediatizada por el devenir histórico. Pero la esperanza como agente dialéctico tiene su propia dialéctica de la esperanza (capítulo que aún no ha sido escrito). Es por su propia dialéctica y a través de sus alternativas, de un mínimo y un máximo de esperanza, incluso mediante sus transitorias frustraciones, que la esperanza abre su surco en la conciencia de los hombres, la que va reflejando, con todas sus peripecias, el proceso histórico como marcha hacia un contenido dialéctico mediado por el proceso mismo, como avance hacia un mundo mejor: un *Novum* abierto y siempre inconcluso.

EPILOGO

(DOBLE FAZ, DOBLE FILO)

La doble faz de la dialéctica es y fue también, alternadamente, por la alcuria que traía, su doble filo. El filo de una espada forjada por Heráclito, promovida a método por Fichte, templada, en su aplicación, por Hegel, y aguzada por Marx para practicar

la más honda incisión en la trama viva de la realidad histórica, develándonos el sentido de su devenir total.

Desde que Fichte (en *Grundlage der gesamten Wissenschaftslehre*, 1794) elaboró y fundamentó, como forma de desarrollo del pensamiento, y desde el punto de vista del idealismo subjetivo, el método sintético (germen de la estructura dialéctica), que procede por análisis y solución de las contradicciones, la dialéctica —dentro del ámbito de la problemática del idealismo alemán— presentó una faz o filo idealista. Luego, el método dialéctico alcanzó más extenso y fructífero empleo con Hegel, en la dimensión del idealismo objetivo. Con todo, empero, su filo idealista comenzó a mellarse, a embotarse.

En su fundamentación y empleo, más estrictos, la dialéctica recorre un camino que conduce desde *Grundlage der gesamten Wissenschaftslehre*, de Fichte, a través de *Wissenschaft der Logik* de Hegel, a *Das Kapital* de Marx. Pero, en este trayecto, la dialéctica, revertida por Marx hacia la vertiente del acaecer real, presenta su auténtico filo, su verdadera y plena faz, la materialista, con decidida primacía de ésta sobre su anterior faz idealista. Y mientras se aguza cada vez más su filo materialista, el filo idealista se herrumbra y, ante el contenido, la "materia", del acaecer social-histórico se vuelve enteramente romo, no corta.

Si se afila un cuchillo —dice Fechner— es para cortar, Marx y Engels afilaron la espada de la dialéctica, aguzaron su filo materialista, para cortar en la pulpa misma de la realidad histórica de la economía burguesa. Así, pudieron apartar lo que en esta pulpa es caedizo, y lo que se encontraba en estado de descomposición, a fin de poner al descubierto los últimos entresijos reales, económicos, del devenir procesal de la sociedad capitalista, y determinar el rumbo ulterior de su marcha, formulando, a la vez, la certera prognosis de su caducidad.

Hoy la dialéctica, con su cortante filo materialista, permite a la ciencia y a la filosofía efectuar en la heterogénea urdimbre de la sociedad burguesa, en la actual etapa del imperialismo monopolista, las necesarias —inevitables— y profundas incisiones que irán exhibiendo la entraña medular de su estructura, en rápido cambio, vocada, en virtud de un devenir cualitativo, superador —constituido por grandes saltos dialécticos— a su extinción, y, con ésta, al alumbramiento de la nueva sociedad, incubada en su seno.

LAS "IDEAS" DEL "CLUB DE LA LIBERTAD"

EN pleno 14 de Julio, el día de la toma de la Bastilla, en las "Memorias" de una Aristócrata feudal", una marquesita, se lee: "14 de julio, día enteramente aburrido, no pasa nada; por distraerme haré un verso a mi canario, que lo quiero tanto". Ya había comenzado el proceso de la Revolución Francesa y se perfilaban sus episodios decisivos, la marquesita, aunque no se lo supiera explicar, creía que el régimen de que era beneficiaria era inmutable, de acuerdo a categorías eternas. Sin embargo, tras grandes sacudimientos sociales, advino la burguesía al área histórico, asentó altanera su planta sobre el suelo de Europa, el mundo moderno fue moldeado por su sistema económico y político, y el feudalismo pasó a ser un recuerdo del pasado.

Ahora, en un país, de un continente cuyas minorías dirigentes creen en poder sustraerlo a todo proceso de cambio, unos "caballeros" que hablan de principios, doctrinas e ideas como de sus estancias se congregan en un "Club de la Libertad" y declaran que propician "Una política económica que en todos sus aspectos concuerde con las leyes inmutables de la moderna ciencia económica" (*La Prensa*, 18/12/62). ¿Moderna ciencia económica? Puede ser, si la situamos a principios del siglo XIX; pero si es moderna, entonces no es inmutable, porque de lo contrario queda-

ría siendo feudal o esclavista (o latifundista), sin llegar a la modernidad, ¡Qué "idea" tienen estos "caballeros" de lo moderno!

Lo que pasa es que estos "caballeros" se dividen en tres clases: los que tienen algunas "ideas", los que tienen estancias, y los que, por tener estancias, creen que tienen ideas, ahora han fundado el "Club de la Libertad" de una libertad prefabricada y abstracta, pero que pertenece a sus intereses supervivientes. En torno a esta "libertad" han gelatinizado un vasto programa de varios puntos. Este "programa" de acuerdo a la "moderna e inmutable ciencia económica", es también basto, como corresponde a los que confunden ideas con estancias.

"Club de la Libertad" es, en este caso, como decir Cabaret de la Libertad, Boite de la Libertad o Dancing de la Libertad, que cabe llamarlos así porque los concurrentes se toman en ellos muchas "libertades", hasta la de tener "ideas" sobre la libertad. Aquellos que así usan el rótulo "libertad", han reducido a ésta a un Club más, para holgorio de sobresaltos inquilinos de una "ciencia-económica" inmutable. Debido a esta circunstancia, algún día, a pesar de estar bien apoltronados, caerán en la cuenta que lo "inmutable" está también sujeto a mudanza en este pícaro mundo.

Basilio Nóstico

(Viene de página 25)

lo tanto, que poseen una perspectiva de la que carecen muchos intelectuales, honestos y lúcidos, quienes aún no han sabido aproximarse al problema quizá más hondo del país: el que está mereciendo (entre otras cosas) literatura; algo parecido, pero mejor, a lo que sólo pudo hacer Martel con la crisis del 90; eso que sí hizo Hernández con el gaucho. O Payró, con los años anteriores a la crisis. Todos ellos (sin olvidar el talento, claro) gracias a la perspectiva con que juzgaban los hechos que narraron. Muchachos y muchachas, lo que digo, que perteneciendo a las corrientes ideológicas de izquierda, no están tampoco contaminados por ese resentimiento —muchas veces anticomunismo frenético— que perdura todavía en intelectuales y artistas defraudados por la única experiencia socialista que podían enjuiciar, la de Rusia durante Stalin, y que para nosotros pertenece al pasado: un pasado doloroso, sí, cruel muchas veces por exigencia histórica, muchas, por deformidad, que no olvidamos pero que tampoco nos ciega para juzgar el presente. Y que no es la única, sino otra experiencia: más lejana, más extraña a nosotros que la de

Cuba. Realidad, la de Cuba, que —si admite un parangón— tiene acaso el efecto fecundo, esperanzado, que pudo tener para los hombres nacidos antes de iniciarse el siglo, la revolución del 17; con el poderoso agregado de que la de hoy es más nuestra, más de América. No hay un lenguaje que se interponga o una literatura cuya clave desconozcamos: la historia, incluso, nos emparenta desde el colegio primario con Martí, el de la charrasca y el de los versos; lo que no sucedió, ni podía suceder, con Pedro el Grande o Puschkin. A Fidel Castro lo hemos visto comiendo chorizos en la costanera: a Guillén, en bata, sentado en la cama del Hotel Atlantic. Aquellos otros no conocían la barba de Lenin, ni la camisa de Maiacowski.

Todo esto, estoy seguro, tiene que ver con “la situación del escritor argentino”. El de hoy para mañana, aquél, en quien emperradamente creo, que ahora, mientras yo termino de escribir esto, comienza tal vez a imaginar la encuadernación de su primer libro, o el sonido de la voz de la muchacha que representará su drama, o se está queriendo tirar de cabeza por el balcón, porque no puede corregir su poema irremplazable.

(Viene de pág. 16)

tentes y otras estratagemas parecidas.

Particular interés tiene, además, el capítulo sobre la crisis de la Casa Baring, que provocó el colapso financiero de 1890, como consecuencia de la falta de control en los gastos públicos y en las inversiones, la especulación desenfrenada y la indiferencia del gobierno por el patrimonio nacional. “En todo intento para entender la crisis de Baring —dice Ferns— debe tenerse siempre presente que el esfuerzo extremadamente duro, con una recompensa real muy baja para quienes trabajan en el agro, en los corrales, mataderos y playas ferroviarias, fue el fundamento de su resolución. Este trabajo produjo los bienes comerciables que finalmente habilitaron al gobierno argentino y a las compañías ferroviarias para satisfacer a las clases inversoras, o a una buena parte de ellas”.

Manifiesta el autor en el capítulo final, anticipándose a ciertas críticas cada vez más agudas a medida que las categorías financieras de la sociedad occidental son sometidas a rigurosa prueba, que “el término **imperialismo** es ampliamente usado en la Argentina y en otras partes al discutir la vinculación entre ambos países. La Argentina no ha pertenecido nunca, por supuesto, al imperio británico, pero es, o fue, parte del imperio informal de Gran Bretaña. La Argentina se halla dentro de la esfera de influencia inglesa. Inglaterra explota a la Argentina. Así se presenta la argumentación y ésta es creída en gran medida; las actitudes que determinan la acción surgen, pues de esta forma de pensar

“Hay entonces una instancia a favor por la amplia inversión inglesa en la Argentina, y existe otra en contra. La evidencia sugiere, sin embargo, que ninguno de estos casos ha sido suficientemente relacionado con los hechos.

“¿Puede el término imperialismo

ser aplicado a las relaciones anglo-argentinas? Si aceptamos la proposición según la cual imperialismo significa el hecho del control a través del poder político, entonces el veredicto para Gran Bretaña es indiscutiblemente “Not Guilty” (no culpable). El único intento completo realizado por Inglaterra a fin de establecer el dominio político en el Río de la Plata fracasó y a partir de ese fracaso desarrolló una tendencia que reconoció específicamente que el poder político ejercido en y sobre Argentina o cualquier otro país de Sudamérica resultaba un medio ineficaz para alcanzar el objetivo inglés de una vinculación financiera y comercial beneficiosa. La ecuación política anglo-argentina que reconoció a Gran Bretaña y a la Argentina como variables independientes, no se derivó del idealismo liberal de Canning, sino de los hechos materiales aprendidos sobre el campo de batalla y discernibles para quienquiera que estuviese familiarizado con la característica del ambiente y del pueblo de la Argentina”.

Esta es la parte más débil del libro del profesor Ferns. No vamos a polemizar con él porque los argumentos que expone, según acabamos de ver, carecen de fuerza, en nuestra opinión, y aparte de que prueban lo contrario de lo que quieren demostrar, nacen, sin duda, de su propia formación intelectual. Es imposible pretender que un hombre que no escribió para los argentinos trate este tema colocándose en la perspectiva histórica que a nosotros nos resulta más adecuada a la realidad. Todos sabemos que no se necesita la ocupación material de un país para dominarlo y explotarlo. Por el contrario, el sutil sistema financiero inglés ha logrado más éxitos en este sentido que cuantos ejércitos intentaron aventuras militares de conquista en la historia del mundo. Y en la Argentina particularmente fue la tercera invasión, surgida de la enseñanza de

jada por la lucha armada, la que ocupó el país sometiéndolo al influjo invisible de la economía imperial.

Ante los ojos ingleses, y de algunos argentinos que aman a Inglaterra “con amor personal”, debemos estar agradecidos por el vasallaje impuesto, pues de esa manera obtuvimos progresos y civilización y se abrió la pampa a los beneficios de la cultura europea. La verdad de este aserto sería completa si en retorno de las ventajas recibidas no se nos hubiera enajenado económica y espiritualmente. El profesor Ferns echa mano, con ligeras variantes, al mismo razonamiento que, según Alfred E. Taylor, resultaba grato a los protestantes evangelizadores, quienes solían “defender la esclavitud de los negros en nuestras colonias con el pretexto de que el esclavo obtenía así las oportunidades para la salvación, de la que no podía haber gozado como pagano libre en su África nativa”.

Sin embargo, insistimos, con las salvedades formuladas, y otras que quedan a cargo del atento lector, que **Great Britain and Argentina in the Nineteenth Century** es una contribución de primera clase para el conocimiento de nuestro pasado, sobre todo por la claridad con que se detiene a considerar la gravitación del aspecto económico en la vida de ambas naciones. Se ha dicho que gran parte de nuestra historia está sepultada en los archivos del Foreign Office, lugar desde donde se manejaban todas las intrigas diplomáticas y financieras del mundo en el instante en que nacía nuestra república. Ferns ha utilizado esos documentos con largueza y honradez. Por eso su libro, bien escrito y mejor documentado, resulta de inapreciable valor para rever muchos juicios de la historia oficial, interesada siempre en lustrar las estatuas de héroes civiles y militares que han sido promovidos a la inmortalidad demasiado apresuradamente.

INTRODUCCION AL ENSAYO SOBRE REALISMO

COMENCEMOS con el estado de ánimo general: la niebla del misticismo, que en el pasado envolvía los singulares fenómenos literarios en un color y calor poético, creando en su torno una atmósfera llena de interés y de intimidad, hoy se ha aclarado. Las cosas están ahora ante una luz clara, viva, para muchos también cruda y fría. Esta luz ha sido aportada por el marxismo. El marxismo, tomando cada fenómeno en sus raíces materiales, en sus conexiones históricas, reconociendo las leyes de su desarrollo y demostrándolas desde las primeras raíces hasta las flores, disipa de cada fenómeno aquella niebla irracional y mística que expresa un estado de ánimo puramente sentimental.

Esta iluminación influye sobre muchos, en un primer momento como una desilusión. Y es inevitable que así ocurra. Porque es muy difícil mirar la realidad a los ojos, tal como es verdaderamente y nadie acierta al primer golpe. Ello comporta no sólo una gran fatiga, sino también un serio esfuerzo moral. Y en el primer período de la conversión la mayor parte de los lectores deplorarán sus falsos pero poéticos sueños, destinados a esfumarse. Solamente más tarde se hará claro, cuánto mayor contenido humano —y por lo tanto cuánta más genuina poesía— se oculta en la aceptación de la realidad en su dura verdad, en el ensimismarse con ella, y en el obrar en correspondencia de esta verdad.

Detrás de este cambio de ruta se esconde sin embargo también algo más. Me refiero a la concepción pesimista del mundo que, en la situación social del período que va de la primera a la segunda guerra mundial, tenía raíces muy profundas. Y no es casual que por todas partes se han encontrado pensadores que han profundizado con el tiempo, que han construido su concepción del mundo sobre el concepto filosófico de la desesperación. Comenzando por los alemanes Spengler y Heidegger, una parte considerable de los más influyentes pensadores de los últimos decenios partía de posiciones similares.

Desgraciadamente también ahora hay tinieblas, por todas partes, incluso demasiadas. Quienes se abandonan a la desesperación, encontrarían motivos más que suficientes en la misma vida cotidiana. El marxismo no conforta a nadie despreciando las dificultades, la oscuridad material y moral que circunda la humanidad. La diferencia es solamente ésta —pero éste “solamente” significa todo—: que el marxismo ve y reconoce la dirección principal de la evolución humana en sus leyes. Quienes han alcanzado este grado de conocimiento, saben ya —a pesar de todas las tinieblas del momento— de donde hemos venido y adonde nos dirigimos. Y a los ojos de quien sabe esto, el mundo cercano cambia de aspecto: él percibe una evolución lógica y coherente allá donde la filosofía de la desesperación deplora la muerte de un mundo, el colapso de una civilización, él distinguirá el trabajo de un nuevo mundo que está por nacer, y tratará de aliviar los dolores de parto.

Se podría rebatir a todo esto —y me he hecho objeciones de este género— que todo esto es mera filosofía y sociología: ¿qué tiene todo esto que ver con la teoría y la historia de la novela? Sin embargo creemos que tiene y no poco.

Queriendo formular la pregunta desde el punto de vista histórico-literario, ella sería así: ¿es Balzac o en vez Flaubert la verdadera culminación de la novela del siglo XIX, su autor más típicamente clásico? Aquí el juicio no es puramente cuestión de gusto, sino que implica todas las cuestiones prejuiciales de la estética de la novela. Se pregunta si es la unidad o bien la separación entre el mundo externo y el mundo interno lo que constituye la base social de la grandeza artística de la novela, de su eficacia universal: si la novela moderna culmina en Gide, Póust y Joyce, o bien había alcanzado ya mucho antes su culminación ideológica y artística en Balzac, en Tolstoy y hoy solamente pocos grandes artistas se acercan a esta culminación, artistas que —como Tomas Mann— van contra la corriente. Las dos diferentes concepciones estéticas se fundan en dos filosofías opuestas de la historia, proyectadas sobre la esencia y sobre la evolución histórica de la novela. Y porque la novela es el género literario dominante de la civilización burguesa moderna, la alternativa también para la evolución de toda la literatura, o más bien de toda la civilización. La pregunta en términos de filosofía de la historia es ésta: ¿el camino de la civilización moderna conduce para arriba o para abajo? Es cierto que ella ha atravesado y está atravesando épocas oscuras. Pero es tarea de la filosofía de la historia decidir si este oscurecimiento del horizonte expresado adecuadamente por primera vez en la “Educación Sentimental” es un destino fatal e irrevocable, o bien es solamente como un túnel que, aunque largo, tiene todavía un camino de salida.

La estética y la crítica burguesa no han descubierto ningún camino de salida de la oscuridad. Ellas consideran la poesía únicamente como una iluminación de la vida íntima, una clara visión de la desesperación social en el mejor de los casos como un canto consolatorio, una milagrosa proyección de lo interno). De esta concepción filosófica de la historia se desprende necesaria y lógicamente que ella considera la obra capital de la vida de Flaubert, en la “Educación Sentimental”, como la más grande obra maestra de la narrativa moderna. Esta concepción abraza naturalmente todos los detalles de la obra literaria. Citaré un solo ejemplo: el contenido ideal y psicológico verdaderamente grandioso del epílogo de La Guerra y la Paz es aquel proceso que después de las guerras napoleónicas conduce la más evolucionada minoría de la nobleza intelectual rusa (naturalmente una minoría restringidísima) a la revuelta decabrista, preludio trágicamente heroico de la secular lucha por la liberación del pueblo ruso. De todo esto la vieja filosofía de la historia y la vieja estética no se han acordado. Para ellas, el epílogo no revelaba que las tintas desteñidas de la desolación flaubertiana, el fracaso de la inútil inquietud juvenil, de los entusiasmos inútiles, su ahogamiento en la descolorida prosa de la vida familiar burguesa. Y esto es así en casi todo el análisis particular de la estética burguesa.

La oposición del marxismo a las concepciones históricas de los últimos cincuenta años, cuya sustancia, desde el punto de vista de la concepción del mundo, consiste en negar la historia como ciencia de la evolución lineal de la humanidad implica un conciso con-

traste objetivo respecto de todos los problemas de la concepción del mundo y de la estética. Nadie puede esperar de mí que en el cuadro de este prefacio exponga un, aunque sea breve, resumen de la filosofía de la historia del marxismo. No tenemos más que remover algunos prejuicios inveterados, para comprendernos con los lectores, por así decir, o sea, que los lectores puedan seguir, sin preconceptos la aplicación del marxismo hecha aquí a algunos importantes problemas de la historia literaria y de la estética; y que ellos no expresen un juicio definitivo antes de haber ensayado esta aplicación con los hechos mismos. La filosofía de la historia del marxismo, como doctrina general que muestra el camino recorrido por la humanidad desde el comunismo primitivo hasta hoy y cuál es la perspectiva de la evolución que aún nos ocupa, representa una guía histórica. Pero su indicación, fundada en el reconocimiento de las leyes históricas, no significan un recetario para aquello que se refiere a los fenómenos singulares y a las singulares etapas; el marxismo no es un "Baedeker" de la historia, él sólo indica la línea principal seguida por la evolución histórica. La certidumbre última que él nos da, es que la evolución de la humanidad en último análisis no se resolverá, no podrá resolverse, en la nada.

Naturalmente la función indicatriz del marxismo no se agota con esta definición. El indica el camino también en lo que respecta a todas las particularidades, de todas las cuestiones del día. A la individualización constante del camino principal, une una valoración teórica y práctica de la necesaria tortuosidad del camino; él es una firme y sólida filosofía de la historia, construida sobre la base de un conocimiento y de un análisis elástico de la historia. Esta —aparente— doble naturaleza, que en realidad no es más que la unidad dialéctica de la concepción materialista del mundo, es también el hilo conductor de la estética y de la teoría literaria marxista.

Aquellos que no conocen del todo el marxismo, o que lo conocen sólo superficialmente, y de oídas, quedan estupefactos del respeto que los verdaderos grandes representantes de esta doctrina tienen por la herencia clásica, retrocediendo y refiriéndose continuamente a ella. Sin entrar demasiado en particularidades, se puede decir que, por ejemplo en la filosofía, este respeto se manifiesta por la herencia de la dialéctica hegeliana, frente a las varias corrientes de la filosofía más moderna. Pero se trata de puntos de vista superados hace tiempo, gritan los representantes del modernismo; se trata de un anticuado y despreciable retozo del siglo XIX, repiten aquellos que sobre el plano ideológico —consciente o inconscientemente, voluntaria o involuntariamente— han preparado el terreno a la ideología fascista, su separación pseudo-revolucionaria del pasado (en realidad: su separación de la civilización y del humanismo). Miremos un poco sin prevenciones el fracaso del pensamiento de la más reciente filosofía: observemos un poco cómo la mayor parte de los pensadores de hoy está obligado a recurrir a los escombros dispersos de la dialéctica (escombros que en ésta su caótica dispersión resultan falseados y deformados), si quieren decir de la vida de hoy algo que sea siquiera lejanamente esencial, observamos un poco las modernas tentativas de síntesis y de visión de conjunto filosófico: tristes, miserables caricaturas de la verdadera dialéctica, ya caída en el olvido.

No es una casualidad que los grandes marxistas aún en sus estéticas hayan permanecido fieles a la herencia clásica. Esta herencia clásica no significa en ellos ningún retorno a aquel pasado que ellos mismos, como necesaria consecuencia de su filosofía de la historia han entendido irrevocablemente pasado e irresu-

citabile. El respeto de la herencia clásica significa, también en la estética, que los grandes marxistas fijan la mirada sobre la verdadera calle maestra de la historia, sobre la línea principal de su evolución, sobre la verdadera órbita recorrida por la historia, de la cual ellos conocen la fórmula y precisamente porque la conocen no intentan cambiar de dirección en cada curva, para tomar contacto con ella, distinto de aquel que, ignorando la línea principal en virtud de la negación teórica de su existencia, suelen hacerse los pensadores modernos.

La herencia clásica significa para la estética aquel arte sublime que retraduce íntegramente al hombre, al hombre total en la totalidad del mundo social. También en este caso es la filosofía general, el humanismo proletario, que determina la impostación del problema principal de la estética. La filosofía marxista de la historia analiza al hombre "total", la historia de su evolución, las realizaciones parciales respectivamente el despedazamiento de su totalidad en las varias épocas, y se ingenia para individualizar las ocultas leyes de estos fenómenos; la intención del humanismo proletario es de restablecer en la vida misma el hombre "total", el hombre completo, de hacer cesar en la realidad práctica la deformación y la trituration de la existencia humana causada por la sociedad clasista. Son éstas las perspectivas teóricas y prácticas que determinan aquellos criterios en base a los cuales la estética marxista se remonta a los clásicos y al mismo tiempo descubre nuevos clásicos en medio de las polémicas literarias del presente.

Los griegos, Dante, Shakespeare, Goethe, Balzac, Tolstoi son todos igualmente expresiones adecuadas a las singulares grandes etapas de la evolución humana y guías y modelos en la lucha ideológica para la formación del hombre "total".

Estos puntos de vista nos permiten comprender la evolución cultural y literaria del siglo XIX. A la luz de estos puntos de vista aparece manifiesto que los verdaderos continuadores de la novela francesa, preparados así magníficamente a comienzos de siglo, no ha sido Flaubert y mucho menos Zola, sino la literatura rusa (y escandinava) de la segunda mitad del siglo.

Traduciendo en términos de estética pura el contraste, definido desde el punto de vista histórico-filosófico, entre Balzac y la novela francesa de la mitad del final del siglo, alcanzamos el contraste entre realismo y naturalismo. Hablar en este caso de un contraste a muchos les podrá parecer una paradoja. Una parte notable de los lectores y de los escritores de hoy se ha habituado al alternarse de la moda entre la pseudo-objetividad del naturalismo y la ilusoria subjetividad del sicologismo y del formalismo abstracto. Y si, en general, estos lectores y escritores atribuyen un valor al realismo cada uno considera el propio radicalismo artificioso, como si él se fundara en el realismo y fuese una nueva subespecie del realismo mismo. En realidad sin embargo el realismo no es enteramente un "camino medio" entre la falsa objetividad y la falsa subjetividad, sino, al contrario, es el verdadero *tertium datur* resolutivo frente a los pseudo-dilemas que derivan de los problemas impropriamente impostados de aquellos que sin una brújula erran desorientados en el laberinto de los tiempos actuales. Realismo significa reconocimiento del hecho que la creación no se funda sobre una extracta "media", como cree el naturalismo ni sobre un principio individual que se disuelve a sí mismo y se desvanece en la nada, sobre una expresión exasperada de aquello que es único e irrepetible. La categoría central, el criterio fundamental de la concepción literaria realista es el tipo, o sea aquella particular síntesis que, tanto en el campo de los caracteres, como en el de las situacio-

nes, une orgánicamente la generalidad y la individualidad. El tipo deviene tipo no por su carácter medio, y tampoco solamente por su carácter individual, aún profundizado, sino por el hecho que en él confluyen y se funden todos los momentos determinantes, humana y socialmente esenciales, de un período histórico; por el hecho que él presenta estos momentos en su máximo desarrollo, en plena realización de sus posibilidades inmanentes, en una extrema representación de extremos que concreta las culminaciones y los límites de la plenitud del hombre y de la época.

El realismo verdaderamente grande percibe por lo tanto el hombre completo y la sociedad completa, en vez de limitarse a alguno de sus aspectos. Una dirección artística caracterizada por la interioridad unilateral o la extraversion puramente unilateral aparecerá —desde el ángulo visual de este criterio— como deformación o depauperización. Realismo significa, por consiguiente, plasticidad, claridad, existencia autónoma de los personajes y de las relaciones entre los personajes.

Ello no comporta efectivamente la negación del colorismo, del dinamismo síquico y moral, inseparable del mundo moderno. Se opone solamente a un culto del color, del momentáneo estado de ánimo, que comprometa el carácter integral de las figuras y de la tipicidad objetiva de los personajes y de las situaciones. Esta oposición ha adquirido en el realismo del siglo XIX una importancia decisiva. Mucho antes aún de hacer su aparición en la vida literaria Balzac había ya expuesto proféticamente toda la complejidad problemática de ello en la tragicomedia titulada la "Obra maestra desconocida". En ella se trata de la tentativa de un pintor de crear por medio del éxtasis colorista e impresionista caro al arte moderno, una nueva plasticidad clásica: tentativa que se resuelve en un caos completo. El cuadro del héroe tragicómico Frennhöfer es un inimaginable caos de colores, en el cual se distingue únicamente —casi un residuo casual— una pierna femenina perfectamente modelada. Un parte relevante del arte moderno renuncia también a la lucha de un Frennhöfer, contentándose de encontrar con la ayuda de nuevas teorías estéticas una justificación de su caos sentimental.

El problema estético central del realismo es la adecuada reproducción artística del hombre "total". Pero como en toda profunda filosofía del arte, el punto de vista estético, coherentemente pensado hasta el fondo, lleva a la superación de la estética pura: el principio artístico mismo en su más profunda pureza, está saturado de momentos sociales, morales, humanísticos. Las exigencias de la creación realista del tipo se oponen tanto a aquellas corrientes, en las cuales asume un relieve excesivo el lado fisiológico de la existencia humana y del amor (como en Zola y en su escuela), cuanto a aquéllos que subliman el hombre en procesos puramente síquicos. Una tal posición, sobre el plano de la valoración estética formal, sería indudablemente arbitraria, porque —únicamente desde el punto de vista del "bello escribir"—no se podría comprender porque el conflicto erótico con los inherentes conflictos morales y sociales, debería ser de orden superior confrontado a la espontaneidad elemental de la pura sexualidad. Solamente cuando nosotros consideramos el concepto del hombre completo como tarea social e histórica asignada a la humanidad solamente cuando reconocemos la función del arte en el fijar las etapas más importantes sobre el camino de aquella tarea en toda la riqueza de los factores en ella operantes; solamente cuando la estética prefija al arte la tarea de iluminar guiar a la humanidad, solamente en este caso el contenido de la vida podrá disponerse sobre planos más esenciales y menos esenciales, sobre planos que

ponen a la luz el tipo e indican el camino, y otros que necesariamente lo dejan en la oscuridad. Solamente en este caso se comprenderá; que una descripción aunque particularizada y literariamente perfecta, de procesos puramente fisiológicos —sea que se trate del acto sexual o de tormentos o sufrimientos— comporta una nivelación de la esencia social-histórica y moral de las figuras. Ella no es un medio, sino más bien un obstáculo en el camino de expresar de manera artística los conflictos humanos más esenciales, más indicativos y más íntimamente conectados con la causa del humanismo y de expresarlos en toda su complejidad y plenitud, y es por eso que los nuevos contenidos y los nuevos medios de expresión aportados por el naturalismo han engendrado no el enriquecimiento de la gran literatura, sino por el contrario su emprobecimiento, su reducción.

Ideas aparentemente análogas fueron ya sostenidas en la polémica, vueltas muy rápidamente contra el naturalismo de Zola. Pero si el sicologismo mismo tenía razón en la crítica concreta de Zola y de su escuela, él contraponía por otra parte al exceso de naturalismo un exceso opuesto, no menos errático de naturalismo un exceso opuesto, no menos errático. La vida síquica, la intimidad del hombre no ilumina efectivamente, las líneas esenciales de los conflictos esenciales, si no es concebida en una fusión orgánica con los momentos históricos y sociales. Separada de éstos, abandonada por todos a sí misma y a la propia dialéctica inmanente, ella constituye un aspecto no menos abstracto, una expresión no menos desfigurada y deformada del "hombre total" que aquella que nos ofrece el fisiologismo naturalista.

En este caso la situación, particularmente si se considera a la luz de las modas literarias de hoy, aparece a primera vista menos evidente que en el caso del naturalismo. Cada uno reconocerá que los coitos, digamos, entre Dido y Eneas o entre Romeo y Julieta, descriptos a la manera de Zola, se parecen entre sí mucho más que los conflictos eróticos descriptos por Virgilio y Shakespeare, los cuales arrojan luces también sobre una inagotable riqueza de época, de civilización, de tipos humanos. La pura intimidad está aparentemente en neto contraste con la nivelación, precisamente porque es tal, es también extremadamente abstracto. También aquí se puede aplicar la espirituosa paradoja de Chesterton: "La clarificación interna es la peor iluminación". Es manifiesto a cada uno de nosotros que el brutal fisiologismo de los naturalistas y los groseros esquemas de los escritores de tendencias ejercen violencia sobre la representación de la individualidad del "hombre total". Es mucho menos evidente, pero no por esto es menos verdadero objetivamente, que la pedantería psicológica de la escuela opuesta, la transformación del hombre en una caótica corriente de fantasía, destruye igualmente toda posibilidad de plasmar poéticamente la figura humana. La marea de asociaciones a la manera de Joyce, fluctuante sin límites de un cauce, crea personajes igualmente poco vivos como los ideales y las caricaturas, fríamente concebidas por Upton Sinclair.

Nos falta espacio para poder desarrollar aquí y resolver este problema en toda su amplitud. Pero debemos solicitar entonces la atención del lector sobre otro punto de vista importante, y hoy generalmente superado, que aclara como una viva representación del hombre total es posible únicamente cuando el escritor se orienta hacia la creación del tipo. Se trata de la conexión orgánica e inescindible entre el hombre privado y el individuo social, partícipe de la vida pública. Sabemos que éste es uno de los problemas más dolorosos de la literatura moderna, y no de ayer, sino desde que se constituye la sociedad burguesa moderna. En la superficie de la vida social parece que los dos términos son netamente distintos

el uno del otro; cuanto más claramente se va delineando la sociedad burguesa moderna, tanto más se acentúa la apariencia del carácter atómico del individuo: la apariencia, o sea, que la vida síquica, la verdadera vida privada, se desarrolla según leyes propias, autónomas, que sus realizaciones y tragedias se hacen siempre más independientes de la circunstancia vida social. Y correspondientemente con esto, en el polo opuesto, surge la apariencia que un conque en abstracciones patéticas, cuya expresión adecuada con la vida pública no puede manifestarse más cuando no podría ser más que la retórica o la sátira.

Un examen apasionado de la vida, el abandono de estas falsas tradiciones de la nueva literatura, nos pueden hacer reconocer fácilmente el verdadero estado de los hechos. Nos pueden conducir a aquella visión que tiene vida verdadera en los grandes realistas de principio y mitad de siglo y que ha hecho decir a Gottfried Keller: "Todo es política". Con estas palabras el gran escritor suizo no ha querido decir que todo sea directamente política: su idea —que es también la de Balzac y la de Tolstoi— es que toda acción, todo pensamiento y sentimiento del hombre —sea que éstos tengan o no conciencia, sea que quieran o no saberlo— está inescindiblemente fusionado con la vida de la sociedad, con las luchas de la sociedad, o sea con la vida de la sociedad, con las luchas de la sociedad, o sea con la política: objetivamente de esta ellos toman el impulso y en esta, objetivamente van a desembocar.

Ahora, los verdaderos grandes realistas no sólo reconocen y perciben esta situación, sino que la afirman como exigencia: saben que la falsificación de la realidad objetiva, causada naturalmente por factores sociales —el seleccionamiento del "hombre total" en hombre público y privado— significa la deformación, la mutilación de la esencia humana. Por lo tanto no sólo con grandes ilustradores de la realidad, sino también como humanistas ellos protestan contra esta inevitable falsificación, contra esta configuración espontáneamente constituida de la sociedad capitalista. Mientras como escritores ellos cavan en lo profundo para extraer el tipo real, revelan al mismo tiempo a la sociedad el calvario moderno de la "totalidad" del hombre.

En los grandes realistas por consiguiente, como Balzac o Tolstoi, también en este problema, frente a los dos excesos opuestos de la literatura moderna, se perfila un *tertium datur* que desenmascara como abstracciones poéticas y empobrecimiento de la verdadera poesía de la vida tanto la mezquina naturaleza social de las novelas de tendencias ingenuas, cuanto la presunta riqueza del desenfrenado abandono a la vida privada.

Y con esto estamos junto al problema de la actualidad del gran realismo. Toda gran época es una época de transición, la unidad plena de contradicciones de la crisis y de la renovación, de la putrefacción y del renacimiento: un nuevo orden social y un nuevo tipo humano no se forma más que en el curso de un proceso unitario aunque sea grávida de contradicciones. En semejantes épocas críticas de transición, son indeciblemente graves la tarea y la responsabilidad de la literatura. A tal responsabilidad no puede responder más que el verdadero gran realismo; la forma de expresión habitual y preferida de la moda, no hace más que impedir siempre más a la literatura ocupar el lugar al cual históricamente es predestinada. Necesariamente nadie se maravillará si desde el punto de vista de esta exigencia se revelaran por lo tanto contra el sicologismo, que se refugia en la esfera de lo "privado". Causará sorpresa más bien que estos estudios míos tomen rígidamente posición contra Zola y su escuela.

La razón principal de tal sorpresa está en el hecho

de que Zola ha sido un escritor de izquierda y sus métodos literarios predominan sobre todo, si no de manera exclusiva, en la literatura de izquierda. Podría por lo tanto parecer que nosotros incurrimos en una grave contradicción política, exigiendo por un lado la politización de la literatura, atacando por otro lado las espaldas de la más enérgica y batalladora literatura de izquierda. Pero esta contradicción no es más que una futil apariencia: alcanza sin embargo a iluminar el verdadero nexo entre concepción del mundo y literatura.

El problema que ahora se toca fue considerado por primera vez (prescindiendo de los críticos democráticos rusos) por Engels, precisamente en su cotejo entre Balzac y Zola. Engels demostró que Balzac, por cuanto su concepción del mundo político era el legitimismo, en su obra se había alcanzado precisamente el más cruel desenmascaramiento de la Francia monárquico-feudal, al potente y poéticamente impresionante reconocimiento de su condena a muerte. Este hecho suscita a primera vista nuevamente la falsa impresión de la contrariedad. Podría parecer en efecto que, en el caso de los grandes y serios realistas, fuera indiferente la concepción del mundo, la toma de posición política. Y hasta un cierto punto es así efectivamente. Porque a los fines de la autoconciencia del presente y para la historia, lo que es de decisiva importancia es la imagen que la obra nos da del mundo, aquello que ella proclama, mientras es totalmente secundario el que todo esto coincida con las opiniones del autor.

Con ello naturalmente se plantea un grande y serio problema de estética. Aquello que Engels, escribiendo de Balzac, llama el "triunfo del realismo" alcanza hasta las raíces de la creación artística realista, revela que el verdadero realismo significa: sed de verdad, fanatismo por la realidad del gran escritor, cuya moralidad consiste en la honestidad de escritor.

Un escritor realista de la estatura de Balzac, cuando el íntimo desarrollo artístico de las situaciones por él dispuestas y de las figuras por él creadas entran en contradicción con sus prejuicios más caros o con sus más sagradas convicciones, no hesitará ni un instante en dejarlas de lado y escribir lo que él ve en la realidad.

Esta crueldad frente a la propia imagen subjetiva del mundo, es la más profunda ética literaria del gran realista. muy distinta en ello de los pequeños escritores, los cuales alcanzan casi siempre a conciliar la propia concepción del mundo con la realidad, o sea a imponer aquélla a la imagen correspondientemente falsificada y alterada de la realidad. Estas dos formas de la moral del escritor están estrictamente conectadas con las dos formas de la creación auténtica y de la pseudo-creación. Las figuras creadas por los grandes realistas, una vez concebidas en la visión de sus autores, viven una vida independiente de él: obran y se forman en aquella dirección, sufren el destino que prescribe la dialéctica interior de su sustancia social y síquica. No es un verdadero realista, no es un escritor verdaderamente notable aquel que alcanza a dirigir y regular el curso de la evolución de los propios personajes.

Todo esto no obstante no es más que una mera descripción del fenómeno. La moral del escritor determina qué cosa hará él viendo la realidad de éste o de otro modo. De ello sin embargo no resulta todavía cómo él ve y qué cosa ve. Aquí surgen precisamente los más importantes problemas de la determinación social de una creación artística. Las diferencias fundamentales entre los varios modos de creación artística dependen del hecho que algunos escritores participan verdaderamente de la vida social tomando parte en su lucha, otros en cambio quedan como espectadores u observa-

dores de aquello que adviene en torno a ellos. Tales diferencias determinan procesos creativos totalmente contrastantes; los advenimientos o las experiencias que solicitan la creación de la obra de arte serán de estructura diversa y, correspondientemente, también la formación de la obra de arte serán de estructura diversa. Que después un escritor viva en la sociedad o pertenezca al tipo puramente observador, en general no depende de factores psicológicos o tipológicos, sino de la evolución de la sociedad, que determina —naturalmente no de modo automático y fatal— el desarrollo particular de cada uno.

Más de un escritor de tendencia contemplativa fue arrastrado por la vida social de su época a la más intensa participación. Zola, por sus disposiciones individuales, habría sido llevado a la acción, pero su época ha hecho de él un observador, y cuando él todavía escuchaba el reclamo de la vida, era demasiado tarde desde el punto de vista de su evolución como escritor.

Pero todo esto respecta entonces al lado formal —aunque no más aquel abstractamente formal— de nuestro problema. La cuestión adquiere contenido e importancia esencial solamente desde el momento que nos ponemos a examinar concretamente: ¿en qué posición se encuentra el escritor? ¿Qué cosa ama y qué cosa odia? Sólo así alcanzamos la exégesis más profunda de la verdadera concepción del mundo del escritor y al problema de su valor poético. La contradicción que hasta ahora nos aparecía como contradicción entre la concepción del mundo del escritor y la fiel ilustración del mundo visto, adquiere ahora un significado más claro, presentándose precisamente como un contraste entre un plano más profundo y un plano más superficial de la concepción del mundo del escritor.

Los realistas de la grandeza de Balzac o Tolstoi, en sus últimos problemas, parten siempre de los mayores y más actuales problemas de la vida del pueblo, su pathos artístico es alimentado siempre por los padecimientos entonces más dolorosos del pueblo; éstos determinan también qué cosa y cómo ellos ven su visión poética. Aunque en el curso del proceso creativo, como habíamos visto, su concepción del mundo formulada en conceptos, se contradice con el mundo visto, representado en forma de visión, esto quiere decir solamente que en el primer modo ellos no han sabido formular su verdadera concepción del mundo: su adhesión a los grandes problemas de su época, su íntima comprensión del sufrimiento del pueblo, la profunda degradación espiritual y moral que tal pasaje produce necesariamente en todos los estratos de la sociedad. Al mismo tiempo Balzac ha intuido no menos profundamente que esta transformación no sólo era socialmente inevitable, sino que era también —en último análisis— de carácter progresivo. Balzac ha intentado encontrar un sistema de esta contradicción de su experiencia, un sistema basado sobre una especie de legitimismo católico y embellecido con el utopismo de ciertos conservadores ingleses. Este sistema fue siempre desmentido por la realidad social de su época y por la misma visión balzaquiana que reflejaba aquella realidad. En esta desmentida sin embargo se expresaba la real verdad: la profunda intuición de Balzac en torno al carácter dialécticamente progresivo de la evolución capitalista.

El gran realismo y el humanismo popular constituyen por lo tanto una unidad orgánica. Efectivamente, examinando los escritores clásicos de aquella evolución social que determina nuestra época, comenzando por Goethe y Walter Scott hasta Gorki y Thomas Mann, encontraremos en todos —mutatis mutandis—, esta misma estructura de los problemas fundamentales. Los grandes realistas han resuelto naturalmente

de modo diverso este problema fundamental, cada uno según su época y su personalidad artística. Pero a todos es común ya sea el estar radicados en los grandes problemas del pueblo de su época, ya sea la realidad. La evolución de la sociedad, desde el inexorable representación de la verdadera esencia de tiempo de la gran revolución francesa en adelante, procede de manera que similar calidad de los escritores choca inevitablemente contra la moda literaria y el gusto del público de su época. En todo este período ningún escritor ha podido ser grande si no es combatiendo contra las corrientes del día. De Balzac en adelante, la resistencia opuesta por la vida de cada día a las más profundas tendencias de la literatura, de la cultura y del arte, ha ido reforzándose siempre más.

Allí han estado sin embargo siempre escritores singulares que en la laboriosidad de su vida han obedecido, también contra su época, al mandato de Hamlet: tener (o poner) delante del mundo un espejo y, con la ayuda de la imagen reflejada, promover la evolución de la humanidad y el acierto del principio humanístico en una sociedad de caracteres tan contradictorios, que, mientras por un lado crea el ideal de la totalidad del hombre, por el otro lo destruye en la práctica.

Estas observaciones muy esquemáticas eran necesarias para poder extraer nuestra conclusión final. Pero el mundo ha tenido tanta necesidad de una literatura realista, como en nuestros días. Y necesariamente la tradición del gran realismo nunca ha estado sepultada bajo una tal masa de prejuicios social y artísticos, como hoy día. Por eso mi llamado a Balzac y a Tolstoi me parece pleno de actualidad. No para ponerlos como ejemplos de imitar, como modelos. Seguir un ejemplo no es imitación; solamente conduce al justo reconocimiento de la tarea y al estudio de las premisas necesarias para resolverlo. Así Goethe fue de ayuda a Walter Scott, Walter Scott a Balzac, Balzac a Dostoievski. Pero Walter Scott, no obstante, no ha imitado efectivamente a Goethe, como Balzac no ha imitado a Walter Scott, como Dostoievski no ha imitado a Balzac. El camino concreto de la solución a seguir por parte de los escritores se reconoce sólo en el ardiente amor del pueblo, en el profundo odio por sus defectos concretos, y por sus verdaderos enemigos en la revelación despiadada de la realidad y al mismo tiempo en la indescriptible fe en la evolución de la humanidad y de la nación. Si hoy, cuando en cualquier parte se aspira a una literatura que aclare la actual situación, cuando la gran literatura realista parece destinada a desarrollar una función directiva que nunca alcanza, en la renovación democrática de las naciones, si hoy nosotros nos remitimos a Balzac y a Tolstoi, y los oponemos al solismo, creemos lograr con ello una tarea de actualidad, combatiendo los prejuicios sociológicos y estéticos que han impedido a numerosos excelentes escritores alcanzar el más alto realismo accesible a ellos. Lo sabemos; la evolución de la literatura y de los escritores fue impedida por fuerzas sociales con fines demasiado evidentes y concretos, o sea por la reacción de un cuarto de siglo, que ahogó finalmente en la diabólica muela del fascismo. La liberación política y social ha llegado, pero la niebla de la reacción pesa todavía sobre el pensamiento de las grandes masas, obstaculizando su clarificación. Esta situación difícil y peligrosa adosa un gran responsabilidad a la literatura. Pero para los escritores no es suficiente la clarificación política y social. Es indispensable también la clarificación literaria y la solución de los problemas sobre los cuales quiero aportar alguna modesta contribución.

Budapest. diciembre de 1945.

GYORGY LUKACS.